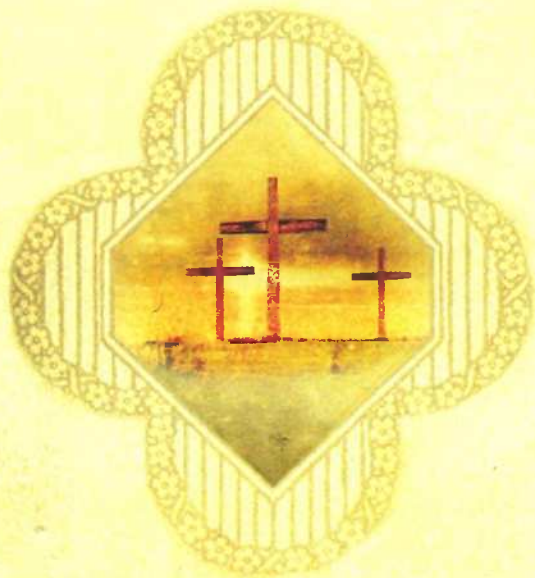


EXPERIMENTE
— *las* —
PROFUNDIDADES
— *de* —
JESUCRISTO



JEANNE GUYON

*Y esta es la vida eterna: que te conozcan a tí,
el único Dios verdadero, y a Jesucristo,
a quien tú has enviado.*

— JUAN 17:3

Este es uno de los libros clásicos espirituales más influyentes que se han escrito; los historiadores, estudiosos y teólogos reconocen el grandioso impacto que *Experimente las profundidades de Jesucristo* ha tenido en la historia cristiana. Madame Guyon fue considerada de manera generalizada, aún por sus mismos enemigos, como una de las más reconocidas mujeres de la historia de la iglesia. Will Durant, en el Volúmen XI, de su *Historia de la Civilización*, hace referencia al impacto de la vida y escritos de Jeanne Guyon en la historia de Francia

En cierta época este libro fue quemado públicamente en Francia y, sin embargo, también ha sido recibido por aquellos cristianos que se dedican a investigarlo como uno de los más provechosos y poderosos libros cristianos que se han escrito.

Jeanne-Marie Bouvier de la Motte-Guyon, fue conocida simplemente como “Madame Guyon”, vivió toda su vida en Francia, y es considerada una mística que practicaba la quietud y la contemplación, escribió varios libros, poesías e influenció directamente en François Fénelon, quien fue el más famoso de sus discípulos.

Jeanne Guyon, y sus escritos han jugado una parte importante en las vidas de más cristianos famosos que, quizás, cualquier otro escritor, por ejemplo: Watchman Nee se ocupó de que este libro fuera traducido al chino y lo puso al alcance de todos los recién convertidos de la congregación “El pequeño rebaño”; el Conde Zinzendorf; Juan Wesley; los primitivos Quáqueros; Hudson Taylor, todos lo recomendaron favorablemente a los creyentes en cada época.

Este libro lo introducirá a una relación completamente nueva y mucho más profunda con Jesucristo.



PENIEL

Libros para siempre
www.peniell.com

ISBN-10: 987-557-338-3
ISBN-13: 978-987-557-338-5



9 789875 573185

EXPERIMENTE
— *las* —
PROFUNDIDADES
— *de* —
JESUCRISTO

JEANNE GUYON



PENIEL

BUENOS AIRES - MIAMI - SAN JOSÉ - SANTIAGO

www.peniell.com



©2011 Editorial Peniel
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma sin el permiso escrito de Editorial Peniel.

Las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina Valera 1960, a menos que se indique lo contrario.
© Sociedad Bíblica Internacional.

EDITORIAL PENIEL

Boedo 25
Buenos Aires, C1206AAA
Argentina
Tel. 54-11 4981-6178 / 6034
e-mail: info@peniel.com
www.peniel.com

Diseño de cubierta e interior:
ARTE PENIEL • arte@peniel.com

Publicado originalmente en inglés con el título:

Experiencing the Depths of Jesus Christ

© Jeanne Guyon

Published by SeedSowers Publishing House
4003 N Liberty St, Jacksonville, FL 32206, USA
All rights reserved.

Guyon, Jeanne

Experimente las profundidades de Jesucristo . - 1a ed. - Buenos Aires : Peniel, 2011.

160 p. ; 21x14 cm.

Traducido por: Ester Revuelta

ISBN 10: 987-557-318-3

ISBN 13: 978-987-557-318-5

1. Vida Cristiana. I. Revuelta, Ester, trad. II. Título

CDD 248.5

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

RECONOCIMIENTO

Leer el original de este libro fue como encontrar una pintura muy antigua, ya descolorida, que habían dejado a un lado debido a que sus rasgos, hacía ya mucho tiempo, se habían hecho difíciles de distinguir bajo las interminables capas de barniz. Quien observaba esa pintura podía ver que, quizás, alguna hermosa obra de arte podía estar debajo de esa superficie, pero que restaurarla a su belleza original, sin ninguna duda, constituiría una tarea formidable.

Así era el “pequeño libro” de Jeanne Guyon. Poco a poco, capa tras capa, hubo que quitar el barniz, hasta que finalmente emergió una obra maestra excepcional y exquisita.

Fueron Linda y Vicki, dos muy queridas y jóvenes mujeres del Estado de Tennessee, quienes se dedicaron a remover minuciosamente esas incontables capas que oscurecían la profundidad y simpleza de este libro. Por primera vez, los pensamientos de Jeanne Guyon han revivido en un lenguaje claro y moderno.

Todos los que podemos leer y disfrutar de estas páginas estaremos siempre agradecidos a la formidable tarea de estas jóvenes.

C O N T E N I D O

Prefacio.....	7
1. De lo superficial a lo profundo.....	11
2. Lanzamiento.....	15
3. Las profundidades, aun para los analfabetos.....	21
4. El segundo nivel.....	27
5. Períodos de sequía.....	31
6. Entrega.....	35
7. Entrega y sufrimiento.....	41
8. Entrega y revelación.....	45
9. Entrega y una vida santa.....	49
10. La vida puertas adentro.....	53
11. Hacia el centro.....	57
12. Oración continua.....	63
13. Abundancia.....	69
14. Silencio	71
15. Una nueva mirada a la confesión de pecados.....	75
16. La escritura.....	81
17. ¿Pedidos en la oración?.....	83
18. Distracciones.....	85
19. Tentación.....	87
20. Consumidos.....	89
21. Silencio, en las profundidades.....	95
22. El estado constante.....	109
23. A los obreros cristianos.....	117
24. El máximo logro cristiano.....	125
25. Desde la prisión.....	137
Epílogo.....	141

P R E F A C I O

Escrito en la última parte del siglo XVII

Este pequeño libro, concebido con gran simpleza, no fue escrito para su publicación. Lo redacté para unos pocos individuos que deseaban amar a Dios con todo su corazón. Pero debido al beneficio que recibieron por la lectura del manuscrito, muchos me pidieron una copia personal. Debido a esos pedidos este pequeño libro fue entregado a la prensa.

He dejado al libro con su simpleza original. No contiene críticas a las enseñanzas de otros que han escrito respecto de temas espirituales. Al contrario, es un refuerzo de esas enseñanzas.

Ahora someto el libro entero al juicio de los hombres eruditos y experimentados solamente con un pedido: Por favor, no se detengan en la superficie, más bien formen parte de mi principal propósito al escribir. Ese propósito es inducir al mundo entero a amar a Dios y servirlo en una forma que es más fácil y simple de lo que nadie se pueda imaginar.

He escrito intencionalmente para todos aquellos queridos, sencillos seguidores de Jesucristo que no están capacitados para hacer investigaciones profundas e intensivas pero que, no obstante, desean estar completamente entregados a Dios.

El lector que se acerca a este libro, sin prejuicios, encontrará, escondida detrás de las expresiones más simples, una unción secreta.

Esta unción lo estimulará a ir detrás de esa felicidad interior que todos los discípulos del Señor deberían desear alcanzar y disfrutar.

He afirmado que la *perfección* es muy fácil de obtener, y esto es verdad. Jesucristo es la *perfección*, y cuando lo buscamos dentro de nosotros mismos, Él es hallado fácilmente.

Pero, tal vez, usted contestará: “¿No dijo acaso el Señor: *‘Me buscaréis, y no me hallaréis?’*” (Juan 7:34). ¡Ah! Pero el Señor, que

no se puede contradecir a sí mismo, también dijo: *“Buscad, y hallaréis”* (Mateo 7:7).

Sin embargo, es verdad que, si buscas al Señor, pero todavía no estás dispuesto a dejar de pecar, no lo encontrarás. ¿Por qué? Porque lo buscas en un lugar donde Él no está. Por lo tanto, se dice, “morirás en tus pecados”.

Pero si te tomas el trabajo de buscar a Dios en tu propio corazón, y abandonas sinceramente tus pecados para poder acercarte a Él, infaliblemente lo hallarás.

Estoy consciente de que la perspectiva de vivir una “vida de piedad” es atemorizante para la mayoría de los cristianos. Y la oración se ve como un logro muy difícil de conseguir. En consecuencia, la mayoría de los creyentes están demasiado desalentados en el mismo punto de partida, como para tomar el primer paso en esa dirección. Es verdad que si usted considera la dificultad de cualquier nuevo emprendimiento, puede ser que eso le produzca desesperación y lo vuelva reacio para comenzar. Por otra parte, lo deseable de una aventura de esa naturaleza, y la idea de que se puede lograr con facilidad, puede hacer que usted se lance a lograrlo con vigor.

Por lo tanto, este libro alumbra el camino hacia la conveniencia, el placer, las ventajas y facilidad de estos dos temas: la oración y la piedad.

¡Oh! ¡Si tan sólo una vez nos convenciéramos de la bondad de Dios hacia sus hijos y de su deseo de revelarse a ellos! Ya no buscaríamos más nuestros propios deseos egoístas. No nos desalentaríamos tan rápidamente para perseguir lo que Él está tan deseoso de darnos.

El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?

Solamente necesitamos un mínimo de coraje y perseverancia. En realidad, tenemos suficiente de los dos para nuestros asuntos terrenales, pero ninguno en absoluto para aquella única cosa que realmente importa (Lucas 10:42).

Algunos de ustedes podrían dudar de que Dios, en realidad, sea tan fácil de encontrar. Si es así, no tome simplemente mi palabra. En lugar de eso, pruebe por sí mismo aquello que le propongo. Porque estoy segura de que su propia experiencia le convencerá de que la realidad es mucho más grande de lo que yo le he dicho.

Amado lector, lea este pequeño libro con un espíritu sincero y honesto. Léalo con humildad en su mente, sin inclinación a criticar. Si lo hace, no dejará de cosechar provecho de él. *He escrito este libro con el deseo de que usted pueda entregarse completamente a Dios.*

Por favor, reciba este libro con ese mismo deseo en su propio corazón.

Este libro no tiene otro propósito que el siguiente: invitar al simple a que como un niño quiera acercarse a su Padre... Un Padre que se deleita al ver la humilde confianza de sus hijos y se aflige ante su desconfianza.

Por lo tanto, con un deseo sincero por su propia salvación, no busque nada en este libro excepto *el amor de Dios*. Con una expectativa así seguramente obtendrá ese amor.

No digo que este camino sea mejor que el de algún otro. Solamente declaro honestamente, por mi propia experiencia y la de otros, el gozo encontrado al seguir al Señor de esta manera.

Existen muchos otros asuntos que podríamos tocar, cosas de gran importancia espiritual, pero debido a que no están en relación inmediata con nuestro tema principal, el de experimentar a Jesucristo, han sido omitidos. Sin duda, no se encontrará nada aquí que pueda ofender, si solamente se lee este pequeño libro con el mismo espíritu con el cual fue escrito. Además, con toda seguridad, aquellos que hagan seriamente una prueba de este camino descubrirán que he escrito la verdad.

¡Oh, santo Jesús, eres solamente tú el que amas al simple e inocente. Es tu “delicia habitar en medio de los hijos de los hombres”, (Proverbios 8:31) con los que están dispuestos a volverse “pequeños”! (Mateo 18:3). Tú eres el único que puedes hacer que este pequeño libro tenga algún valor. Amado Señor, escríbelo sobre los corazones de aquellos que lo lean, y llévalos a buscarte en el interior de ellos mismos. Es allí donde tú descansas, como en el pesebre, y esperas recibir pruebas de su amor, para entregarles testimonio del tuyo a la vez. ¡Oh! Es verdad que la falla es de ellos por no experimentar todo lo que tú estás tan deseoso de dar. Y sin embargo, ¡oh, Niño Todopoderoso, Amor increado, Palabra silenciosa y que lo contiene todo! Realmente depende de ti que puedas ser amado, disfrutado y entendido. Tú puedes hacerlo, y sé que lo harás en este pequeño libro, porque te pertenece enteramente a ti; vino completamente de ti; y es a ti a quien únicamente señala.

Jeanne Guyon
Grenoble, Francia
aprox. 1685

De lo superficial a lo profundo

Al tomar este libro, puede sentir que, sencillamente, usted no es una de esas personas capaces de tener una experiencia profunda con Jesucristo. La mayoría de los cristianos no sienten que *ellos* han sido llamados a tener una relación profunda, íntima con su Señor. Pero, todos hemos sido llamados a las profundidades de Cristo, tan seguramente como hemos sido llamados a la salvación.

Cuando hablo de esta “profunda, íntima relación con Jesucristo”, ¿qué quiero decir? En realidad, es muy simple. Es sólo volverse y rendir su corazón al Señor. Es la expresión del amor a Él dentro de su corazón.

Recordará que Pablo nos anima a “orar sin cesar” (1 Tesalonicenses 5:17). El Señor también nos invita a “velar y orar” (Marcos 13:33, 37). Podemos ver por estos dos versículos, así como por muchos más, que todos vivimos de este tipo de experiencia, de esta *oración*, así como vivimos por amor.

Cierta vez el Señor habló y dijo: “*Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico...*” (Apocalipsis 3:18). Amado lector, hay oro disponible para usted. Ese oro se puede obtener mucho más fácilmente de lo que usted se pueda imaginar jamás. Está disponible para *usted*.

El propósito de este libro es iniciarlo en esta exploración y este descubrimiento.

Le hago una invitación. Si está sediento, venga a las aguas vivas. No desperdicie su tiempo precioso cavando pozos que no tienen aguas en su interior (Juan 7:37; Jeremías 2:13).

Si desfallece de hambre y no encuentra nada que lo satisfaga, entonces, venga. Venga, y se saciará.

Usted que es pobre, venga.

Usted que está afligido, venga.

Usted que está abrumado con su carga de miserias y el peso de su dolor, venga. ¡Sera consolado!

Usted que está enfermo y necesita un médico, venga. No dude porque tenga enfermedades. ¡Venga ante su Señor y muéstrele todas sus enfermedades y sanarán!

¡Venga!

Amado hijo de Dios, su Padre tiene sus brazos de amor completamente abiertos para usted. Arrójese en medio de ellos. Usted que como oveja se ha desviado y errado lejos, vuelva a su Pastor. Ustedes, pecadores, vengan a su Salvador.

Especialmente, me dirijo a aquellos que son muy simples y que no han tenido la posibilidad de recibir educación; también a aquellos que no pueden leer y escribir. Tal vez, usted piense que justamente es la persona *menos* capacitada para tener esta experiencia permanente de Cristo, esta oración de simpleza. Puede pensar de usted mismo como de alguien que se encuentra a la mayor distancia de una profunda experiencia con el Señor; pero, en realidad, el Señor ¡lo ha elegido *especialmente!* Usted es el *más* indicado para poder conocerlo bien.

Por lo tanto, que nadie se sienta que ha quedado afuera. Cristo nos ha llamado a todos.

¡Oh, sí, supongo que hay un grupo que ha quedado afuera!

Que no venga aquel que no tiene corazón. Como verá, antes de venir, hay una sola cosa que debe hacer: debe entregar primeramente su corazón al Señor.

“Pero, no sé cómo entregar mi corazón al Señor”.

Bueno, en este pequeño libro aprenderá qué significa entregar su corazón al Señor y cómo hacerle ese regalo a ÉL

Permítame preguntarle, entonces, ¿desea conocer al Señor de una manera profunda? Dios *ha transformado* esa experiencia, ese andar, en algo posible para usted. Lo ha hecho así a través de la gracia que les ha dado a *todos* sus hijos redimidos. Lo ha hecho por medio de su Espíritu Santo.

¿Cómo puede, entonces, venir al Señor para conocerlo con esa profundidad? La oración es la clave. Pero tengo en mente un cierto tipo de oración. Es un tipo de oración muy simple y que, sin embargo, es la que tiene la llave hacia la perfección y la virtud, cosas que se encuentran únicamente en el mismo Dios. El tipo de oración que tengo en mente lo libraré de la esclavitud de cada uno de los pecados. Es una oración que desatará sobre usted cada una de las virtudes piadosas.

Como ve, la única manera de ser perfecto es caminar en la presencia de Dios. La única forma en que usted puede vivir en su presencia, en un compañerismo ininterrumpido, es por medio de la oración, pero un tipo muy especial de oración. Es una oración que lo guiará a la presencia de Dios y lo mantendrá allí en todo tiempo; una oración que se puede experimentar bajo cualquier condición, lugar y tiempo.

¿Existe este tipo de oración? ¿Existe verdaderamente una experiencia así con Cristo? ¡Sí, existe una oración así! Una oración que no interfiere con sus actividades externas o rutina diaria. Existe un tipo de oración que la pueden practicar reyes, sacerdotes, soldados, labradores, niños, mujeres, y aun los enfermos.

Permítame anticiparme a decir que este tipo de oración de la que le hablo, no es una oración que se origine en su mente. Es una oración que comienza en el corazón. No viene desde su entendimiento o pensamientos. La oración ofrecida al Señor desde su mente, simplemente, no sería adecuada. ¿Por qué? Porque su mente es muy limitada. La mente puede prestar atención solamente a

una cosa por vez. ¡La oración que sale del corazón no se interrumpe con el pensamiento! Llegaré tan lejos como para decir que nada puede interrumpir esta oración, *la oración de simpleza*.

Oh, sí, existe *una* cosa. Los deseos egoístas pueden hacer que esta oración cese. Pero aun así, no hay que desalentarse, porque una vez que ha disfrutado a su Señor y probado la dulzura de su amor, encontrará que aun los deseos egoístas ya no tienen más ningún poder. Descubrirá que es imposible hallar placer en nada excepto en Él.

Me doy cuenta de que algunos de ustedes pueden sentir que son muy lentos, que tienen pobre comprensión y que son poco espirituales. Amado lector, no existe nada en este universo que sea tan fácil como lograr este disfrute de Jesucristo. ¡Su Señor está más presente para usted de lo que usted mismo está! Además, el deseo del Señor de entregarse a sí mismo es *mayor* que *su* deseo de apoderarse de Él.

¿Cómo, entonces, comenzará? Necesita solamente una cosa. Necesita únicamente saber cómo buscarlo. Cuando ha encontrado la manera de buscarlo, descubrirá que este camino a Dios es más natural y sencillo que tomar aire.

Por medio de esta “oración de simpleza”, este *experimentar* a Cristo en la profundidad de su ser, podrá vivir para Dios con menos dificultades e interrupciones que las que ahora experimenta con el aire que respira. Si esto es verdad, entonces me pregunto: ¿no sería pecado dejar de orar? Sí, sería pecado. Pero una vez que ha aprendido cómo buscar a Jesucristo y cómo aferrarse a Él, descubrirá que el camino es tan fácil que ya nunca más descuidará esta relación con su Señor.

Continuemos, entonces, y aprenda esta simple manera de orar.

Lanzamiento

Me gustaría dirigirme a usted como si fuera un principiante en Cristo, alguien que busca conocerlo. Al hacerlo, permítame sugerirle dos maneras de venir al Señor. Llamaré a la primera: “orar La Escritura”; y a la segunda: “contemplar al Señor” o “esperar en su presencia”.

“Orar La Escritura” es una manera única de relacionarse con La Escritura; comprende dos cosas: lectura y oración.

Debería comenzar de la siguiente manera:

Tome La Escritura; elija algún pasaje que sea simple y bastante práctico. Seguidamente, venga al Señor. Venga quieta y humildemente. Allí, delante de Él, lea una pequeña porción del pasaje de La Escritura en el pasaje que ha abierto.

Sea cuidadoso cuando lee. Reciba completa, suave y cuidadosamente lo que lee. Gústelo y digiéralo a medida que lo lee.

Es posible que en el pasado, su hábito fuera, que al leer, pasara rápidamente de un versículo a otro de La Escritura hasta terminar todo el pasaje. Tal vez, buscaba encontrar el punto principal del pasaje.

Pero cuando venimos al Señor “para orar La Escritura”, no se lee rápido sino lentamente. No pasamos de un pasaje a otro, hasta que no hemos *apreciado* el mismo corazón de lo que acabamos de leer.

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

Entonces, puede ser que quiera tomar esa porción de La Escritura que le ha afectado y transformarla en oración.

Luego de que haya apreciado alguna parte del pasaje y después de que sepa que ha extraído la esencia de esa porción y todo el sentido profundo que tiene, entonces, muy lenta, suavemente y con calma comience a leer la próxima porción del pasaje. Se sorprenderá al descubrir que cuando su tiempo con el Señor haya finalizado, habrá leído muy poco, probablemente no más que media página.

“Orar La Escritura” no se evalúa por *cuánto* lea, sino por la *manera* en que lo haga.

Si lo lee rápidamente, sacará poco beneficio. Será como una abeja que simplemente roza la superficie de una flor. En lugar de eso, en esta nueva manera de leer con oración, usted debe llegar a ser como la abeja que penetra en las *profundidades* de la flor. Se zambulle profundamente en su interior para sacar el néctar más profundo.

Por supuesto, existe un tipo de lectura de La Escritura para los eruditos y para estudio, pero no es este el caso. Ese tipo de lectura de estudio no le ayudará cuando se trate de asuntos ¡que son *divinos!* Para recibir algún provecho profundo, íntimo de La Escritura, debe leer como acabo de describirlo. Sumérgase en las mismas profundidades de las palabras que lee, hasta que la revelación, como un dulce aroma, surja en usted.

Estoy bastante segura de que si sigue este curso, poco a poco llegará a experimentar una oración muy rica que fluirá desde su ser interior.

Pasemos ahora al segundo tipo de oración, que he mencionado anteriormente.

El segundo tipo de oración, que describí como: “contemplar al Señor” o “esperar en el Señor”, *también* usa La Escritura, pero no es, en realidad, un tiempo de lectura.

Recuerden que me dirijo a ustedes como si fueran recién

convertidos. Esta es la segunda manera para ir al encuentro de Cristo. Y este segundo camino a Cristo, aunque usará La Escritura, tiene un propósito diferente en sí, al de “orar La Escritura”. Por esa razón, debería dedicar un tiempo aparte en el que pueda venir, simplemente, para esperar ante Él.

Al “orar La Escritura” usted busca encontrar al Señor mientras lee, en las palabras mismas. En ese camino, por lo tanto, el contenido de La Escritura es el punto de concentración. Su propósito es tomar todo lo que contiene el pasaje que le revelará al Señor.

¿Cómo es este segundo camino?

En “contemplar al Señor” usted viene al Señor de una manera totalmente diferente. Quizás, en este momento, necesite compartir con usted acerca de la dificultad más grande que tendrá al esperar delante del Señor. Tiene que ver con su mente. La mente tiene una tendencia muy fuerte a desviarse y alejarse del Señor. Por lo tanto, cuando venga delante de su Señor a sentarse en su presencia, a contemplarlo, use La Escritura *para aquietar su mente*.

La manera de hacer esto es, en realidad, bastante simple.

Primero, lea un pasaje de La Escritura. Una vez que sienta la presencia del Señor, el contenido de lo que ha leído ya no es lo más importante. La Escritura ha cumplido su propósito; ha aquietado su mente y lo ha llevado hasta Él.

Para que pueda verlo con mayor claridad, permítame describir la manera en que usted viene al Señor por medio del simple acto de contemplar y esperar delante de Él.

Al comenzar, aparte un tiempo para estar con el Señor. Cuando Él venga, hágalo quietamente. Vuelva su corazón a la presencia de Dios. ¿Cómo se hace? Esto, también, es bastante simple. Usted se vuelve a Él por *fe*. Por fe usted cree que ha llegado a la presencia de Dios.

Luego, en tanto que sigue delante del Señor, comience a leer alguna porción de La Escritura. Mientras lee, haga una *pausa*.

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

La pausa debería ser suave. Se ha detenido para poder poner su mente en el Espíritu. Ha dirigido su mente *internamente* a Cristo.

(Siempre debe recordar que no hace esto para comprender alguna parte de lo que ha leído; sino más bien, lee a fin de lograr que su mente vaya desde lo externo hacia las partes más profundas de su ser. No está allí para aprender o leer, sino que está allí ¡para experimentar la presencia de su Señor!).

Mientras que está delante del Señor, mantenga el corazón en su presencia. ¿Cómo? Esto también se hace por fe. Sí, por fe puede mantener su corazón en la presencia del Señor. Ahora, mientras espera delante de Él, vuelva toda la atención hacia su espíritu. No permita que su mente se disperse.

Si su mente comienza a distraerse, simplemente, lleve su atención nuevamente hacia el interior de su ser. Quedará libre de la dispersión, liberado de cualquier tipo de distracción externa, y volverá a estar cerca de Dios.

(El Señor se encuentra *únicamente* dentro de su espíritu, en lo escondido de su ser, en el Lugar Santísimo; es allí donde habita. Cierta vez, el Señor prometió venir y hacer morada en su interior (Juan 14:23). Prometió que allí se iba a encontrar con aquellos que lo adoran y que hacen su voluntad. El Señor *se encontrará* con usted en su espíritu. Fue san Agustín quien dijo en una oportunidad, que había perdido mucho tiempo en el comienzo de su experiencia cristiana, al tratar de encontrar al Señor externamente, en lugar de ir hacia su interior).

Una vez que su corazón se ha vuelto internamente al Señor, recibirá una impresión de su presencia. Podrá observar su presencia más agudamente, porque sus sentidos externos estarán muy calmos y quietos. Su atención ya no estará más en las cosas externas o en los pensamientos superficiales de su mente; en lugar de eso, suave y silenciosamente, su mente comenzará a ocuparse de lo que ha leído y de ese toque de su presencia.

Oh, no es que va a pensar en lo que ha leído, sino que se *alimentará* con lo que ha leído. Por el amor que siente por el Señor, esforzará su voluntad para que mantenga su mente en quietud delante de Él. Una vez que ha llegado a este estado, debe permitir que su mente descanse.

¿Cómo podría describir lo que hay que hacer después?

En este estado tan pacífico, *trague* lo que ha probado. Al principio esto le puede parecer difícil, pero, tal vez, podría explicarle lo simple que es. ¿No ha podido disfrutar algunas veces del gusto de una comida muy sabrosa? Sin embargo, a menos que estuviera dispuesto a tragar esa comida, no le hubiera sido posible recibir ningún tipo de nutrición. Lo mismo sucede con su alma. En este estado quieto, pacífico y simple, sencillamente reciba lo que haya allí de nutritivo.

¿Y las distracciones?

Digamos que su mente comienza a divagar. Una vez que ha sido tocado profundamente por el Espíritu del Señor, si se distrae, sea diligente y lleve su mente dispersa de vuelta hacia el Señor. Esta es la forma más fácil del mundo para vencer las distracciones externas.

Cuando su mente se distrae, no intente tratar con ella cambiando el pensamiento. Verá que, si presta atención a lo que piensa, solamente va a irritar y confundir más a su mente. En lugar de eso *retírese* de su mente! Vaya una y otra vez hacia el interior, a la presencia del Señor. Al hacer esto le ganará la guerra a su mente dispersa y, sin embargo, ¡no se habrá metido directamente en la batalla!

Antes de cerrar este capítulo, me gustaría destacar uno o dos puntos más.

Hablemos de la revelación divina. En el pasado, su hábito de lectura pudo haber sido ir de un tema a otro. Pero la mejor manera de *entender* los misterios que están escondidos en la revelación de Dios, y para poder *disfrutarlos* completamente, debemos permitir

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

que se impriman profundamente en el corazón. ¿Cómo? Usted puede hacerlo al mantenerse en esa revelación tanto tiempo como sienta al Señor. No se apresure para ir de un pensamiento a otro. Quédese con lo que *el Señor* le ha revelado; permanezca allí tanto tiempo como sienta que el Señor también está allí.

Cuando comience esta nueva empresa, por supuesto, encontrará que es difícil traer a la mente bajo control. ¿Por qué? Porque a través de muchos años de hábito, su mente adquirió la capacidad de andar por todo el mundo a su gusto; de esta manera, lo que digo aquí, es algo que debe servir como una disciplina para su mente.

Tenga la seguridad de que a medida que su alma se acostumbre cada vez más a retirarse hacia lo interior, este proceso se volverá más fácil.

Existen dos razones por las que descubrirá que cada vez le resultará más fácil llevar la mente bajo sujeción al Señor. Una es que la mente, luego de mucha práctica, formará un nuevo hábito: ir hacia lo profundo de su ser interior. La segunda es que ¡usted tiene un Señor lleno de gracia!

El principal deseo del Señor es revelarse a usted, y para que Él pueda hacer eso, le da abundante gracia. El Señor le concede la experiencia de disfrutar de su presencia. Lo toca, y su toque es un deleite tal que, como nunca antes, usted es atraído internamente hacia Él.

Las profundidades, aun para los analfabetos

Me gustaría dirigirme en este capítulo a aquellos que, quizás, no pueden leer*. Debido a que no pueden hacerlo, es posible que se sientan en una posición más débil que la de la mayoría de los cristianos. Pueden sentir que no están preparados para conocer las profundidades de su Señor. Pero en realidad, ustedes están realmente bendecidos. La bendición no es tener la capacidad de leer, sino que es ¡la *oración* la que *puede* transformarse en su lectura! ¿No sabe acaso que el más grandioso libro es *Jesucristo* mismo? Él es un Libro que ha sido escrito por fuera y por dentro. Él le enseñará a usted todas las cosas. ¡Léalo!

Lo primero que debe aprender, querido amigo, es que “*el reino de Dios está entre vosotros*”(Lucas 17:21).

Nunca busque el Reino en ningún otro lugar que no sea en su interior. Una vez que se ha dado cuenta de que el Reino de Dios está dentro de usted y que lo puede encontrar allí, simplemente venga al Señor.

*. Si usted puede leer, no saltee este capítulo porque, igualmente, ¡será de mucha ayuda! Por favor, recuerde que hasta el siglo pasado la gran mayoría de la población mundial no podía leer, y Jeanne Guyon se dirigió a ellos. Si le lee este libro a alguien que no puede hacerlo, le resultará de *enorme* ayuda.

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

Al hacerlo, venga con profundo sentido del *amor*; venga a Él *suavemente*; venga a Él con un profundo sentido de *adoración*.

Al venir a Él, humildemente reconozca que Él es todo, Confíesele que usted es nada.

Cierre sus ojos a todo lo que le rodea; comience a abrir los ojos interiores de su alma, dirigiéndolos a su espíritu. En una palabra, ponga toda la atención en las partes más profundas de su ser interior.

Usted únicamente necesita creer que Dios habita en su interior. Creer esto, y solamente esto, lo llevará hasta su santa presencia. No permita que su mente se disperse con lo que está alrededor, sino manténgala en sumisión todo lo que sea posible.

Una vez que esté en la presencia del Señor, quédese en quietud y silencio delante de Él. Y ahora, allí en su presencia, simplemente comience a repetir la oración del Señor.

Al comenzar, diga la palabra: "Padre". Al hacerlo, permita que el significado completo de esa palabra toque profundamente su corazón. Crea que Dios, que vive en su interior, sin duda, está deseoso de ser su Padre. Derrame su corazón ante Él como un niño pequeño derrama su corazón ante su padre. *Nunca* dude del profundo amor del Señor por usted. Invoque su nombre y permanezca delante de Él silenciosamente durante un breve instante. Quédese allí, y espere a que el Señor le permita conocer su corazón.

Al venir a Él, venga como un niño débil, uno que está sucio y muy lastimado, un niño que ha sido herido por haber caído una y otra vez. Venga al Señor como uno que no tiene fuerza propia; venga a Él como uno que no tiene poder para limpiarse por sí mismo. Humildemente ponga su penosa condición delante de la mirada de su Padre.

Mientras espera allí delante de Él, ocasionalmente exprésele una palabra de amor para Él y una palabra de pesar por su pecado. Luego, simplemente espere un tiempo. Entonces, luego de la

espera, sentirá que es el momento de continuar; cuando llegue ese momento, simplemente continúe con la *Oración* del Señor.

A medida que diga las palabras: “*Venga tu Reino*” (Mateo 6:10), pídale al Señor, el Rey de gloria, que reine en usted. Entreguese a Dios. Hágalo para que Él pueda hacer en su corazón, aquello que usted hace tanto tiempo ha tratado de hacer y ha fallado. Reconozca delante de Él su derecho a gobernarlo.

En algún momento de este encuentro con su Señor, sentirá profundamente en el interior de su espíritu, que simplemente es el tiempo de permanecer en silencio delante de Él. Cuando tenga ese sentir, no cambie a la próxima palabra, no lo haga mientras ese sentir continúe en usted. Como ve, es el mismo Señor que lo mantiene en silencio. Cuando ese sentido de espera delante de Él haya pasado, continúe con las siguientes palabras de la *Oración* del Señor: “*Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra*” (Mateo 6:10).

Al orar estas palabras, humíllese delante del Señor, y pídale vigorosamente que cumpla su entera voluntad en usted y a través de usted. Rinda su corazón en las manos de Él. Rinda su libertad en sus manos. Ríndale al Señor su derecho a hacer con usted como Él quiera.

¿Sabe cuál es la voluntad de Dios?

La voluntad del Señor es que sus hijos lo amen. Por lo tanto, cuando ora: “Señor, sea tu voluntad”, en realidad, le pide al Señor que le permita *amarlo*. ¡Entonces, comience a amarlo! Y cuando lo haga, ruéguele que Él le otorgue su amor.

Todo esto que acabo de describirle sucederá muy dulcemente, y ocurrirá durante toda la oración.

Miremos ahora otra posibilidad.

Puede haber una ocasión mientras está con el Señor, en que desee dejar por un tiempo, la *Oración* del Señor. Tal vez, desee venir a Él como su *pastor*.

Venga a Él, entonces, como la oveja que busca a su pastor

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

para conseguir su *verdadera* comida. Al venir a Él, diga algo como: “Oh, amante Pastor, tú alimentas a tu rebaño contigo mismo, y tú realmente eres mi pan diario”.

Es apropiado que traiga todas sus necesidades a su Señor. Pero haga lo que haga, hágalo con la plena confianza de que a Dios lo encuentra dentro de usted.

Me doy cuenta de que usted puede ser uno de los que siguen un patrón o ritual en sus oraciones. No debería preocuparse por los rituales que ha aprendido. No hay necesidad de usar oraciones repetidas o memorizadas. En lugar de eso, simplemente repita la *Oración* del Señor como lo acabo de describir. Producirá abundante fruto en su vida.

Amado hijo de Dios, todos sus conceptos sobre quién es Dios realmente no significan nada. No trate de imaginar cómo es Dios. En vez de eso, simplemente, crea en su presencia. Nunca intente imaginar lo que Dios hará. No existe una manera en que Dios entre dentro de sus conceptos. Entonces, ¿qué debe hacer? Trate de contemplar a Jesucristo buscándolo en su ser más interior, en su espíritu.

Cerremos este capítulo, para observar una tercera manera en la cual puede comenzar un encuentro más profundo con su Señor.

Puede venir al Señor buscándolo como su Médico. Tráigale a Él todas sus enfermedades para que las pueda sanar. Pero al venir, no lo haga con ansiedad o inquietud. Y cuando venga, deténgase de tanto en tanto. Este período de espera silenciosa ante el Señor, gradualmente *¡irá en aumento!* Además, sus propios esfuerzos para orar decrecerán cada vez más y más. Eventualmente, llegará el tiempo en que Él obtendrá el control completo, cuando usted se rinda continuamente al obrar de Dios en su interior.

Como puede ver, lo que ha comenzado como algo muy simple *¡crecerá!* Y lo hará hasta transformarse en una relación muy real y vital entre usted y el Dios viviente.

Cuando la presencia del Señor realmente llegue a ser su

experiencia, descubrirá que ha comenzado, en forma gradual, a amar este silencio y el descanso pacífico que viene con su presencia.

Hay un deleite maravilloso en su presencia. Este deleite maravilloso de su presencia le ayudará a entrar, incluso, ¡a otro *nivel* de oración!

Continuaremos con este segundo nivel de oración en el próximo capítulo. Es una profundidad de oración que la pueden experimentar todos los creyentes, tanto el simple como el erudito.

El segundo nivel

Ahora usted sabe algo acerca de *Orar La Escritura y Contemplar al Señor o Esperar en su presencia*. Supongamos que ha practicado estas dos maneras de venir al Señor. Digamos que ha atravesado el nivel de menor aptitud y ha entrado a una experiencia real.

Consideremos a continuación un nivel más profundo de experiencia con el Señor; es decir, un nivel más profundo de oración. Algunos describen este segundo nivel como una experiencia de “fe y quietud”. Otros se han referido a esto como “oración de simpleza”. Prefiero este último nombre.

Digamos que se ha acostumbrado a orar La Escritura y a esperar quietamente mientras siente la presencia del Señor, y que estas dos actitudes se han hecho parte de su vida. Si esto es así, habrá descubierto que ahora es mucho más fácil venir al Señor y conocer su presencia. Pero quisiera recordarle, una vez más, que lo que está escrito anteriormente es para *aquellos que recién comienzan a conocer a Cristo*.

Cuando recién comenzó, era muy difícil hacer volver a su mente de la dispersión. Era difícil regresar continuamente al interior

*. Estoy consciente, amado lector, de que nada lo va a detener para leer el libro de una sola vez; no obstante, el capítulo 4 fue escrito para que lo lea después de que se haya establecido un fuerte cimiento en los capítulos 1-3. Y eso le tomará un buen tiempo.

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

de su espíritu. Poco a poco, estos asuntos se han hecho más naturales y simples. Y ahora la oración ha llegado a ser sencilla, suave y natural, a la vez que un gran deleite. Gradualmente puede reconocer que la oración es el verdadero camino, el camino *real*, para encontrar a Dios. Y una vez que lo ha encontrado, proclamar gozoso: "... *Tu nombre es como unguento derramado*"(Cantares 1:3).

Podría pensar que lo alentaré a seguir en este camino exitoso; sin embargo, en lugar de eso, lo voy a alentar a cambiar de curso sólo un poco. Al hacer eso, una vez más llegará a un punto en que es posible que se desanime un poco. Iniciar una nueva senda para explorar al Señor significa siempre ¡encontrar algunas dificultades desde el comienzo! Por lo tanto, lo animaré a que mantenga un corazón creyente a partir de este momento y en adelante. No *deberá* desalentarse. *Habrá* algo de dificultad en el camino cuando busque entrar en una relación más profunda con el Señor.

Ahora, después de estas palabras, veamos ese nuevo nivel de oración.

En primer lugar, venga a la presencia del Señor por fe. Mientras está allí delante de Él, vuelva hacia el interior de su espíritu hasta que su mente esté serena y se encuentre en perfecta quietud delante de Él. Ahora, cuando toda su atención, finalmente, se ha dirigido a su interior y su mente está puesta en Él, simplemente permanezca en quietud delante de Él durante un poco de tiempo.

Tal vez, comenzará a disfrutar al sentir la presencia del Señor. Si ese es el caso, *no trate de pensar* nada. No trate de *decir* nada. ¡No trate de *hacer* nada! Mientras sienta la presencia del Señor, *simplemente quédese allí*. Quédese exactamente como está.

La conciencia de su presencia lentamente comenzará a crecer. Cuando esto suceda, exprese algunas palabras de amor al Señor o simplemente invoque su nombre. Haga esto quieta y suavemente con fe en su corazón. Al hacerlo, ¡una vez más será llevado a la dulzura de su presencia! Descubrirá que ¡regresa a ese suave lugar de deleite que acaba de experimentar! Una vez más la

dulzura de su presencia será completa; *nuevamente* quédese quieto delante de Él.

No debe tratar de moverse en tanto que El está cerca.

¿Cuál es el punto? El punto es este: hay fuego en su interior que se apaga y aumenta. Ese fuego, cuando se apaga, debe ser suavemente aventado, pero *únicamente* con suavidad. Tan pronto como el fuego comience a encenderse, nuevamente *detenga* todos sus esfuerzos. De otra manera, puede llegar a apagar la llama.

Este, entonces, es el segundo nivel de oración: un segundo nivel de experimentar a Jesucristo.

Cuando haya llegado al final de este momento, siempre permanezca allí delante del Señor, quietamente, durante un breve tiempo. También, es muy importante que toda su oración sea hecha con un corazón que cree. Orar con fe en su corazón es más importante ¡que *ninguna otra cosa* que tenga que ver con la oración!

Antes de terminar este capítulo, me gustaría hablar con usted, sólo un momento, sobre el motivo que tiene su corazón al buscar al Señor. Después de todo, ¿por qué *viene* al Señor? ¿Viene a El por su dulzura? ¿Viene porque es un deleite estar en la presencia del Señor? Permítame recomendarle un camino más excelente.

Cuando venga al Señor a orar, traiga un corazón lleno de amor puro; un amor que no busque nada para sí mismo. Traiga un corazón que no busque nada *de parte* del Señor. Traiga, solamente, un corazón que desee agradarle y hacer su voluntad.

Permítame ilustrar esto. Considere al siervo. El siervo cuida muy bien de su amo; pero si lo hace solamente para recibir alguna recompensa, no es digno de ninguna consideración. Por lo tanto, amado cristiano, cuando venga a su Señor a orar, no venga por el deleite espiritual. Ni siquiera venga para experimentar al Señor.

Entonces, ¿qué? Venga simplemente para *agradarle*.

Una vez que esté allí, si Él elige derramar alguna bendición grandiosa, recíbala. En cambio, si en vez de eso, su mente divaga, también reciba *eso*. Si el tiempo de oración le resulta difícil, reciba

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

eso. Gozosamente acepte lo que Él desea darle. Crea que ¡cualquier cosa que suceda es lo que *El* desea darle!

Déjeme repetirle eso ¡porque es muy importante! Es especialmente importante para cualquier crecimiento que experimente en Cristo. Crea por fe, que cualquier cosa que suceda, eso es lo que Él desea para usted en ese momento.

Cuando haya venido al Señor de *esta* manera, descubrirá que su espíritu está en paz sin importar su condición. Cuando haya aprendido a venir al Señor con esta actitud, no se sentirá perturbado si el Señor se retira de usted. Los tiempos de sequía espiritual serán iguales para usted que los tiempos de abundancia. Tratará a ambos del mismo modo. ¿Por qué? Porque habrá aprendido a amar a Dios simplemente porque lo ama, no por los dones que Él le otorgue, *ni siquiera por su preciosa presencia*.

Períodos de sequía

En el capítulo cuatro tocamos el tema de los “períodos de sequía”. Si se dispone a entrar en el territorio espiritual que se describió en estos primeros capítulos, debe saber que lo esperan épocas de sequía. Sería sabio de su parte, entonces, tratar este tema por un poco más de tiempo.

Amado lector, debe darse cuenta de que Dios tiene un único deseo. Verdaderamente nunca podrá entender un período de sequía a menos que entienda cuál es el deseo de Dios. El deseo de Dios es entregarse a sí mismo al alma que realmente lo ama y que lo busca intensamente. No obstante, es verdad que este Dios que desea entregarse a sí mismo, con frecuencia se esconderá de usted, ¡justamente de usted que lo busca!

Ahora bien, ¿por qué Dios haría algo así? Amados santos de Dios, ustedes deben aprender los caminos de su Señor. El suyo es un Dios que con frecuencia se esconde. Y lo hace con un propósito. ¿Cuál? *Su propósito es sacarlo de su pereza espiritual*. El propósito por el que se aleja, es para hacer que usted lo persiga.

El Señor Jesús busca por todas partes a aquel cristiano que permanezca fiel y amante, aun cuando Él se retire. Si el Señor encuentra un alma así de fiel, cuando regresa, recompensa la fidelidad de su hijo. Derrama sobre su hijo fiel abundante bondad y un tierno cuidado de amor.

Entonces, hay aquí, algo que usted debe entender.

Tendrá inevitablemente tiempos de sequía espiritual. Esta es una de las maneras en que se mueve Dios.

Pero el hecho de que tendrá sequía espiritual *no* es el tema. La pregunta importante es, ¿qué va a *hacer* en tiempos de sequía? En este punto debe aprender algo sobre las tendencias naturales. Sería algo natural para usted, durante una estación de sequía, intentar *probarle* su amor al Señor. Durante una estación de sequía espiritual descubrirá que intentará probar su fidelidad al Señor; lo hará por la fuerza. Inconscientemente, esperará que por medio de este esfuerzo personal pueda persuadirlo a que regrese más rápidamente.

No, querido cristiano, créame, esta no es la forma de responder a su Señor en épocas de sequía.

¿Qué tendrá que hacer, entonces?

Debe esperar el regreso de su Amado con *amor impaciente*. ¡Agregue a ese amor *autonegación* y *humillación*! Aunque el Señor se haya escondido a sí mismo, permanezca constante delante de Él. Allí delante de Él, derrame su amor apasionadamente sobre Él. Sin embargo, agregaría, hágalo siempre pacíficamente.

Pase tiempo con Él en adoración y silencio respetuoso.

Al esperar en el Señor así, le demostrará que es a Él solamente a quien busca. Como ve, le demostrará que no es el disfrute egoísta que recibe por estar en su presencia lo que hace amarlo. Le demostrará que no es por el placer que experimenta; su único motivo *es porque lo ama*.

Hay una cita en los Apócrifos que habla de esas épocas:

No se impaciente en épocas de sequía y oscuridad; permita que se retiren y demoren las consolaciones de Dios; acérquese a Él, espere con paciencia y así su vida crecerá y se renovará.

Por lo tanto, hijos del Señor, sean pacientes en la oración durante esas épocas de sequía.

Permítame hacerle una pregunta: ¿qué pasaría si el Señor lo llamara para que pase *durante toda su vida esperando* su regreso? ¿Cuál sería su reacción si eso fuera lo que el Señor hubiera asignado para usted por el resto de su vida? ¿Qué *haría*?

Haga esto.

Espere en Él con un espíritu de humildad, un espíritu entregado, con contentamiento y resignación. Pase el tiempo en ese maravilloso tipo de oración que le mencioné en el capítulo 4. Venga delante de Él quieta y pacíficamente, y lleve su mente a la presencia de Él, aunque su presencia lo evadiera.

Mientras hace estas cosas, acompañelas con súplicas de desconsolado, dolido, amor y con expresiones de profundo deseo para que su amado regrese.

Deseo asegurarle que si se conduce *de este modo*, complacerá grandemente el corazón de Dios. Una actitud así lo impulsará a regresar a usted mucho más rápidamente que cualquier otra.

Entrega

Al comenzar este libro tratamos acerca de cómo conocer las profundidades de Jesucristo. Nuestro comienzo fue bastante simple. Primero, consideramos “*orar Las Escrituras*” y luego la sencillez, simplemente, de “*contemplar al Señor*”. Luego de haber perseguido este nivel de experiencia con el Señor por un período *considerable* de tiempo, usted, entonces, debería estar listo para continuar hacia una experiencia de un nivel más profundo con Él, y de conocimiento de ÉL Pero en este encuentro más profundo con el Señor , que vimos en el capítulo 4, deberá salir del ámbito de la sola oración; o, para decirlo con mayor claridad, no bastará solamente con apartar una o dos veces al día para orar con el Señor.

En este momento, deben entrar en su corazón actitudes completamente nuevas hacia la totalidad de su vida. Si va a orar más de una sola vez al día, otras partes de su vida, y aun su perspectiva completa de la vida, tendrán que ser alteradas. Esta nueva actitud debe surgir por una razón muy especial: para que pueda ir más profundo, aun mucho más, a otro nivel con su Señor.

Para hacer esto, debe tener una actitud renovada hacia usted mismo como también hacia el Señor; es una actitud que debe ir mucho más profundamente que ninguna otra que haya conocido previamente.

Para hacer esto, le presento una nueva palabra. Esa palabra es *abandonarse*.

A fin de penetrar hacia una experiencia mucho más profunda con Jesucristo, se requiere que comience a entregar la totalidad de su existencia, presentándosela a Dios. Tomemos, por ejemplo, los sucesos diarios de la vida como ilustración. Debe creer completamente que las circunstancias de su vida, es decir, cada minuto de su vida, así como el curso entero de la misma, cualquier cosa, sí, *todo* lo que sucede, le ha llegado a usted por la voluntad de Dios y su permiso. Debe creer completamente que todo lo que le ha sucedido viene de parte de Dios y es exactamente lo que necesita.

¿Recuerda que en un capítulo anterior vio cómo debe comenzar primero para tener una disposición así? Para empezar, puede aceptar que cada momento de oración, sea un tiempo glorioso con Él o uno en el que su mente divague, es exactamente lo que Él deseaba para usted. ¡Luego aprenda a ampliar la perspectiva hasta que esto abarque *cada* segundo de su vida!

Una mirada así hacia sus circunstancias y la fe para con su Señor le hará tener *contentamiento* con *todo*. Una vez que crea esto, comenzará a tomar todo lo que viene a su vida como de la mano de Dios, no del hombre.

¿Quiere verdadera, sinceramente entregarse a sí mismo a su Dios?

Entonces, debo recordarle seguidamente que una vez que ha hecho la donación, no puede pedir que le devuelvan lo que regaló. Una vez que el regalo ha sido presentado, ya no le pertenece más al que lo da. Este pequeño libro está escrito para contarle cómo experimentar las profundidades de Jesucristo, pero conocerlas no es simplemente un método, es una actitud que dura toda la vida. Es un asunto de estar envueltos en Dios y poseídos por Él.

Hemos hablado de abandono y de entrega. La *entrega* es un asunto de suma importancia si es que desea progresar en el conocimiento de su Señor. El *abandono* es, en realidad, *la llave* hacia *el atrio interior*, la clave de las insondables profundidades. La entrega

es la llave hacia la vida espiritual íntima. El creyente que sabe cómo abandonarse al Señor pronto llegará a ser perfecto.*

Digamos que alcanza este estado de abandono. Una vez que lo alcanzó, debe continuar así, en forma permanente e inamovible. De otra manera, llegar allí y permanecer sólo brevemente es de poco valor. Una cosa es alcanzar este estado; otra, es permanecer en él.

Sea cuidadoso. No escuche la voz de su razonamiento natural. Justamente espere que, sin dudas, ese pensamiento surja en su interior. No obstante, debe creer que *usted puede* abandonarse completamente al Señor durante toda su vida, y que ¡Él le dará la gracia para permanecer así! Debe confiar en Dios “*esperanza contra esperanza*” (Romanos 4:18).

Una fe grandiosa produce una entrega grandiosa.

¿Qué es abandonarse? Si podemos llegar a entender qué es, tal vez, podamos volvernos mucho mejor. Abandonarse es entregar todas nuestras preocupaciones. Abandonarse es entregar todas nuestras necesidades. Esto incluye las necesidades *espirituales*. Déjeme repetir eso, porque no es fácil de entender.

Abandonarse es dejar a un lado, para siempre, *todas* sus necesidades espirituales.

Todos los cristianos *tienen* necesidades espirituales; pero el creyente que se ha abandonado al Señor, ya no se da más el lujo de estar consciente de sus necesidades espirituales. Más bien, se entrega de manera absoluta a lo que Dios dispone.

¿Se da cuenta de que todos los cristianos han recibido la exhortación a abandonarse?

El mismo Señor ha dicho: *..No os afanéis por el día de mañana (...) vuestro padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas*” (Mateo 6:32, 34). Nuevamente La Escritura dice: “*Reconócelo*”

* Jeanne Guyon no tenía en mente la perfección *de no tener ningún pecado*, sino una vida y una voluntad que se viva en absoluto, en perfecto concierto con la voluntad de Dios, constantemente, bajo todas las circunstancias, en todo tiempo.

en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas" (Proverbios 3:6). "*Encomienda a Jehová tus obras, y tus pensamientos serán afirmados*" (Proverbios 16:3). Otra vez, en el libro de Salmos dice: "*Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará*" (Salmo 37:5).

El verdadero abandono debe cubrir dos mundos en su totalidad, dos ámbitos completos.

Debe existir un abandono en su vida concerniente a todo lo *externo*, las cosas prácticas. En segundo lugar, debe también existir un abandono de todo lo *interior*, las cosas espirituales. Debe venir al Señor y entregarle *todas* sus preocupaciones. Todos sus intereses deben ir a las manos de Dios. Olvídense de usted, y desde este momento en adelante, piense *únicamente en Él*.

Al hacer eso durante un largo período de tiempo, su corazón permanecerá *despegado*; ¡su corazón estará libre y en paz!

¿Cómo practica el abandono? Se hace diariamente, cada hora y a cada momento. El abandono se practica al perder *continuamente* su propia voluntad en la voluntad de Dios; ¡al zambullir para siempre su voluntad en las profundidades de la voluntad *de Él*!

¿Y cómo comienza? Debe rechazar cada deseo personal que le venga tan pronto como aparezca, sin importar cuán bueno sea ese deseo personal ¡ni lo beneficioso que parezca!

El abandono debe llegar a un punto en el que usted esté completamente indiferente consigo mismo. Puede tener la seguridad de que de una disposición así, surgirá un maravilloso resultado.

El resultado de esta actitud de la voluntad, en realidad, lo llevará al más maravilloso momento que se imagine. Es el punto en el que queda completamente libre de usted y ¡está en libertad para unirse a la voluntad de Dios! Solamente deseará lo que Él desea, es decir, lo que Él *ha deseado* durante toda la eternidad.

Llegar a abandonarse es, simplemente, entregarse a lo que el Señor desea, en todas las cosas, sin importar lo que sea, de dónde venga, o cómo afecte su vida.

¿Qué es el abandono? Es olvidar su pasado; es dejar el futuro

en las manos de Él; es dedicar el presente completa y totalmente a su Señor. El abandono es estar satisfecho con el momento presente, sin importar lo que ese momento contenga. Estará satisfecho porque sabe que cualquier cosa que tenga ese momento, contiene, en ese instante, el plan eterno de Dios para usted.

Siempre sabrá que ese momento es la absoluta y total *declaración* de la voluntad de Dios para su vida.

Recuerde, jamás debe culpar al hombre por nada. No importa lo que suceda. No fue ni el hombre ni las circunstancias los que produjeron una situación adversa.

Debe aceptar todo (excepto, por supuesto, su propia pecaminosidad) como algo que viene de su Señor.

Rinda no solamente lo que el Señor hace con usted, sino su *reacción* a lo que Él hace.

¿Desea ir hacia las profundidades de Jesucristo? Si desea entrar en este estado más profundo de conocimiento del Señor, debe buscar no solamente el conocimiento de una oración más profunda, sino también el abandono en todos los aspectos de su vida. Esto significa ir extendiéndose hasta que su nueva relación incluya vivir veinticuatro horas al día completamente entregado a Él. Comience a rendirse para que Dios lo guíe y trate con usted. Haga esto ahora mismo. Ríndase y permítale hacer exactamente tal como a Él le agrada, tanto en su vida *interior* al experimentarlo, como en la *exterior* al aceptar que las circunstancias vienen de Él.

Entrega y sufrimiento

Me gustaría hablar con usted sobre el abandono, pero en este capítulo veamos cómo a una consagración como esta, le afecta cuando llega el sufrimiento a su vida.

Debe ser paciente con todos los sufrimientos que Dios le envíe. Si su amor por el Señor es puro, lo amará tanto en el Calvario como en el Monte Tabor. El Señor Jesús amó a su Padre en el Monte Tabor donde fue transfigurado, pero no lo amó menos en el Calvario donde fue crucificado. Entonces, sin dudar, usted debe amar al Señor del mismo modo en el Calvario, porque fue allí donde Él hizo el más grandioso despliegue de su amor.

Existe una posibilidad de cometer un error concerniente a su entrega al Señor, al esperar y confiar que siempre será cuidado, amado y bendecido espiritualmente por Él. Usted, que se entregó al Señor durante alguna época agradable, por favor, tome nota de esto: si se entregó a Él para ser *bendecido* y *amado*, no puede repentinamente darse vuelta e irse a otra época, ¡en el momento en que es *crucificado*!

Ni tampoco encontrará ningún consuelo humano cuando esté puesto sobre la cruz. Cualquier consuelo que le llegue cuando conozca la cruz, viene de parte del Señor.

Debe aprender a amar la cruz. Aquel que no la ama, no ama las cosas de Dios (Mateo 16:23). Es imposible que usted ame verdaderamente al Señor sin amar la cruz. El creyente que ama la

cruz, encuentra que aun las cosas más amargas que puedan venir a su camino son dulces. La Escritura dice... *al hambriento todo lo amargo es dulce*" (Proverbios 27:7).

¿Cuánta hambre de Dios desea tener? Tendrá hambre de Dios y lo encontrará, en la misma proporción en que tenga hambre de la cruz.

He aquí un verdadero principio espiritual que el Señor no negará: Dios nos da la cruz, y después la cruz nos da a Dios.

Como verá, ahora hemos salido del ámbito de un cierto período de tiempo separado para orar; nos hemos movido al ámbito que involucra la experiencia completa del creyente. Digámoslo aquí y ahora: Puede tener la seguridad de que vendrá un progreso espiritual interior, cuando también haya en su vida un verdadero progreso en el conocimiento de la experiencia de la cruz. El abandonarse a Cristo y la experiencia de la cruz van mano a mano.

Entonces, ¿cómo tratará al sufrimiento? O para decirlo de otro modo, ¿cómo responderá a la obra del Señor por medio de la cruz en su vida?

Responda así. Tan pronto algo venga bajo la forma de sufrimiento, en ese mismo instante, la resistencia natural brotará en algún lugar de su interior. Al llegar ese momento, inmediatamente abandónese a Dios. *Acepte el asunto*. Allí mismo entréguese a Él en sacrificio.

Al hacer esto, en su momento, hará un maravilloso descubrimiento. Y es este: Cuando la cruz llega a su vida, no será ni por aproximación la carga que primeramente temió que fuera. Recíbala como de parte de Dios, sin importar de qué se trata. La carga es mucho más ligera así.

¿Por qué es mucho más ligera la cruz cuando la aceptamos de este modo? Porque habrá *deseado* la cruz, y se habrá acostumbrado así mismo a recibir todo de la mano del Señor.

No malentienda estas palabras, no le acabo de describir una forma para evitar la cruz. Aunque usted se abandone completamente

al Señor y resigne completamente su yo al sufrimiento, esto no le impedirá sentir el peso de esa cruz. Si no ha sentido la cruz, entonces, no habrá sufrido. Sentir el *dolor* de sufrir es una de las principales partes del sufrimiento. El dolor es un aspecto de la cruz que es imposible eludir. Sin el dolor, no existe la cruz en absoluto. El sufrimiento está entretelado en la naturaleza de la cruz. El dolor está en el centro cuando conocemos más el sufrimiento. Por favor, recuerde que su Señor eligió soportar la violencia más extrema que la cruz podía ofrecer.

Algunas veces puede llevar la cruz con debilidad; otras, con fortaleza. Llévela de cualquier modo pero ¡llévela! Ambas, debilidad y fortaleza, deberían ser lo mismo para nosotros, porque llevamos la cruz según la voluntad de Dios.

Entrega y revelación

Continuemos con este asunto de la entrega. Algunos han preguntado: “Si me abandono completamente al Señor, ¿significará eso que no tendré una nueva revelación de Jesucristo?”.

¿La entrega finaliza la revelación?

No. No lo hace. Al contrario, el abandono es el medio que el Señor usará para darle su revelación. La revelación que reciba le llegará como una *realidad*, más que como un *conocimiento*. Esto *únicamente* es posible por medio de la entrega o abandono.

Debe recordar *a quién* es que se entrega.

Es a su Señor Jesús al que debe abandonarse en sus manos. Es también al Señor a quien seguirá como *El Camino*; es este Señor a quien escuchará como *La Verdad*, y es de parte de este Señor que recibirá *La Vida* (Juan 14:6). Si lo sigue como *El Camino*, lo escuchará como *La Verdad* y Él le dará vida como *La Vida*.

A medida que llega la revelación, algo sucede. Jesucristo, realmente, deja una huella de Él mismo sobre su alma. Cada vez que Él viene, deja en usted, una nueva y diferente marca de su naturaleza.

Pronto habrá muchas expresiones diferentes de su naturaleza impresas en su ser.

Tal vez, ha escuchado que debería *pensar* sobre las diferentes experiencias de Jesucristo. Pero es mucho mejor que cargue, que lleve, esas experiencias de Jesucristo *dentro* suyo.

Así fue en la vida de Pablo. Él no consideró los sufrimientos de Cristo; no tuvo en cuenta las marcas de sufrimiento del cuerpo del Señor. En vez de eso, Pablo llevó en su propio cuerpo las experiencias de su Señor. Incluso, llegó a decir: *traigoen mi cuerpo las marcas del Señor Jesús*” (Gálatas 6:17). ¿Lo hizo al considerar esas marcas? No, Jesucristo mismo se imprimió personalmente en Pablo.

Cuando el Señor encuentra a un creyente que está completamente abandonado a Él en todas las cosas, *por fuera y por dentro*, con frecuencia lo elige para darle revelaciones especiales sobre su naturaleza. Si esa fuera su experiencia, acepte estas revelaciones con un corazón agradecido. Siempre reciba todo lo de Él con un corazón agradecido, sin importar lo que Él elija otorgarle.

Supongamos que el Señor le da una revelación especial. ¿Cuál debería ser su actitud? Deberá recibir la revelación como recibiría todas las otras cosas de parte de Él.

Existen cristianos a quienes Dios les ha dado alguna revelación de sí mismo, y esa revelación les ha traído regocijo durante años. En otras palabras, algunas veces el Señor le dará una revelación tan poderosa de Él mismo, que la experiencia de esa única verdad será su fortaleza durante años. Durante ese tiempo se sentirá atraído más y más íntimamente a Dios. Esto es maravilloso. Debería ser fiel a esa revelación tanto tiempo como dure.

Pero ¿qué sucede cuando esa revelación comienza a alejarse? ¿Qué hace cuando ya no le produce el mismo regocijo que le produjo alguna vez? Cuando esto sucede, simplemente, significa que Dios ha decidido ponerle fin a esa experiencia. ¿Cuál debería ser su actitud? Deberá entregarse libremente para que Él la retire. Póngala a un lado. El Señor desea moverse hacia una comprensión más profunda y central de Él mismo. Reciba todas las cosas del mismo modo. Entréguese, incluso, en temas de revelación. Esté siempre listo a abandonarse a cualquier cosa que parezca ser su voluntad. No tenga ningún deseo en su vida, excepto el de buscarlo

apasionadamente y habitar siempre con Él. Aprenda qué significa sumergirse continuamente en la más absoluta insignificancia delante de su Señor.

Aprenda, una vez que haga esto, a aceptar igualmente todos sus dones, sean luz o tinieblas. Trate lo fructífero y lo estéril del mismo modo.

Sea debilidad o fortaleza, dulzura o amargura, tentación, distracción, dolor, cansancio, incertidumbre o bendición, todo debe ser recibido por igual de parte de la mano del Señor. *Ninguna* de estas cosas deberían retrasar su curso ni por un solo momento.

Una última palabra sobre la revelación.

Si el Señor le da alguna revelación que no puede entender, no se desaliente; no tiene ninguna razón para preocuparse. Simplemente ame al Señor. Este amor incluye dentro de sí todo tipo de devoción por Él. Si usted es una persona que se ha entregado a Dios y solamente a Él, entonces no tendrá ningún problema para ver a Jesucristo revelado en la totalidad de su naturaleza. Alguna parte de la revelación de sí mismo puede ser muy clara; sin embargo, otras pueden no serlo.

Acepte a ambas como lo mismo. Cualquiera que ama a Dios ama todo lo que le pertenece a Él. Se goza en la revelación de Él que no entiende, así como de la revelación que sí entiende.

Si lo ama, amará todo lo que tenga que ver con Él.

Entrega y una vida santa

Cuál es el resultado de caminar continuamente delante de Dios en un estado de entrega? El resultado final es la santidad. Una vez que usted ha hecho parte de su vida esta relación con Dios, la santidad estará mucho más fácilmente a su alcance.

¿Qué queremos decir con “santidad”? Santidad es algo que viene de parte de Dios. Si es fiel en el aprendizaje de esta forma simple de experimentar a su Señor, tomará posesión de Dios. Y a medida que lo posea, heredará todas sus características. Esta es la santidad: cuánto más posea a Dios, más se volverá como ÉL*

Pero debe ser una santidad que ha surgido de *adentro* suyo. Si la santidad no es del fondo de su ser, solamente es una máscara. La mera apariencia exterior de santidad es tan posible de cambiar como una vestimenta. Pero cuando la santidad se produce en usted desde la *vida* que está en lo profundo de su ser, entonces, esa santidad es real, duradera y la esencia genuina del Señor. “*Toda gloriosa es la hija del rey en su morada...*” (Salmos 45:13).

¿Cómo, entonces, se logra la santidad?

El cristiano que ha aprendido a entregarse a Jesucristo y que camina una vida de abandono a Él, practica la santidad en su más alto grado. Sin embargo, nunca escuchará a una persona así, afirmar que posee ningún tipo particular de espiritualidad, en

*. Transformación.

absoluto. ¿Por qué? Porque ese cristiano ha llegado a unirse totalmente con Dios. Es el mismo Señor que guía a ese creyente a esta completa práctica de la santidad.

El Señor es muy celoso de cualquier santo que se ha entregado completamente a Él. No permite que ese creyente tenga absolutamente ningún deleite fuera de Él.

¿Es la entrega lo único que se necesita para llevarnos hacia la santidad? No, pero si uno llega a ser fiel seguidor de todo lo que hemos dicho hasta ahora, la santidad, *sin duda*, vendrá. Pero no olvide que *el sufrimiento* está incluido en la experiencia de la entrega. Es el *fuego* del sufrimiento lo que sacará a la luz el *oro* de la santidad.

No tema al pensar que no va a querer transitar este camino. En el nivel de experiencia del cual hablo ahora, existe un deseo de sufrimiento. Cristianos como estos arden de amor por el Señor. De hecho, si se les permitiera seguir sus propios deseos, se pondrían a sí mismos bajo grandes disciplinas, incluso, en una excesiva autonegación. Una vez que un amor así quema dentro del corazón de un creyente, este no piensa en nada sino en agradar a su amado Señor. Comienza a olvidarse de sí mismo. No, mucho más que eso, por amor del Señor, incluso, se *olvida* completamente de sí mismo. A medida que su amor por el Señor aumenta, del mismo modo crece su desprecio por la vida propia.

Deseo que pueda aprender este camino.

Oh, si esta simple forma de orar, esta simple experiencia de Jesucristo, pudiera ser adquirida por los hijos del Señor, la Iglesia completa de Dios sería fácilmente reformada.

Esta forma de orar, esta simple relación con el Señor, es muy adecuada para todos; es tan adecuada para el simple e ignorante, como para el que ha recibido mucha educación. Esta oración, esta experiencia que comienza tan sencillamente, tiene como final un amor totalmente entregado al Señor.

Sólo se requiere una cosa: *amor*.

San Agustín dijo: “Ama y haz lo que quieras”. Porque cuando has aprendido a amar, ya no tienes ni sientes el deseo de hacer aquellas cosas que podrían ofender a Aquel a quien amas.

La vida puertas adentro

En el último capítulo, dijimos como conclusión, que el creyente que está absolutamente enamorado del Señor, ni siquiera sentirá deseos de aquellas cosas que podrían ofender al objeto de su afecto. Ahora diré, que es únicamente por el abandono que se puede alcanzar una victoria *total* y conquistar sus *sentidos* y *deseos*.

¿Por qué es así?

En realidad, la razón es muy obvia. Primeramente, debe entender el funcionamiento de su interioridad. ¿De dónde sacan energía y vida sus cinco sentidos? De su alma. Su alma es la que le da vida y energía a los cinco sentidos; y cuando los *sentidos* se despiertan, a su vez, estimulan los *deseos*.

¿Cómo podemos hablar de una victoria total sobre los cinco sentidos, y las pasiones y el deseo que se despierta a través de ellos?

Si su cuerpo estuviera muerto, no podría sentir, y ciertamente no tendría deseos. Pero ¿por qué? ¿Por qué el cuerpo no tendría ningún deseo? Porque estaría desconectado del *alma*. Por lo tanto, permítame repetirle, sus sentimientos y sentidos toman poder en el alma.

Los cristianos han tratado de encontrar muchas formas de vencer sus deseos. Tal vez, la forma más común de abordarlos haya sido la disciplina y la autonegación. Pero, sin importar lo severa que pueda ser su autonegación, jamás conquistará en forma completa sus sentidos.

¡No, la autonegación no es la respuesta!

Aun cuando parezca que dio resultado, lo que la autonegación ha hecho en realidad, es cambiar únicamente la *expresión externa* de esos deseos.

Cuando uno trata con lo externo, lo que hace, en realidad, es alejar a su alma hacia afuera de su espíritu. Cuando más enfocada está el alma en estas cosas externas, más se aleja de su *centro* y ¡su lugar de descanso! El resultado de este tipo de autonegación es lo opuesto a lo que buscamos. Desafortunadamente, esto es lo que le sucede siempre a un creyente cuando vive su vida en la superficie.

Si permanece con los deseos de su naturaleza externa, y no les presta atención, estos, a su vez, se volverán más y más activos. En lugar de ser conquistados, obtendrán más poder. Podemos sacar como conclusión de todo esto, que aunque la autonegación puede verdaderamente debilitar el cuerpo, *jamás* le quitará agudeza a los sentidos.

Entonces, ¿qué esperanza tiene?

Existe una sola forma de conquistar sus cinco sentidos. Esa forma consiste en volverse a su interior. O, para decirlo de otro modo, la única manera de conquistar sus cinco sentidos, reside completamente en volver su alma a lo interior, a su espíritu, allí donde pueda poseer a un Dios *real*. Su alma debe volver toda la atención y energías *hacia adentro*, ¡no hacia afuera! Hacia adentro, a Cristo; no hacia afuera, a los sentidos. Cuando su alma se vuelve hacia adentro, en realidad, se *separa* de sus sentidos externos; y una vez que sus cinco sentidos se separan de su alma, no reciben más ningún tipo de atención. ¡La provisión para continuar vivos queda eliminada!

Quedan sin poder.

Ahora sigamos el recorrido del alma. Su alma ha aprendido en este punto a volverse al interior y acercarse a la presencia de Dios. El alma cada vez más y más se separa del yo. Puede llegar a experimentar una atracción poderosa hacia el interior, para buscar a Dios

en su espíritu, y descubrir que el hombre exterior se vuelve muy débil. (Algunos pueden sentir cierta inclinación a un desmayo).

Su principal interés, por lo tanto, es la presencia de Jesucristo. Su principal interés es habitar continuamente con el Dios que está en su interior. Entonces, sin pensar particularmente en la autonegación o en tener que “dejar de lado las obras de la carne”, ¡Dios hará que experimente una conquista natural de la carne! Puede estar seguro de lo siguiente: el cristiano que fielmente se abandona a sí mismo al Señor, pronto también descubrirá que se ha aferrado a un Dios que no descansará hasta que ¡ÉL mismo haya conquistado todo! Su Señor hará morir todo lo que todavía permanece en su vida y que debe morir.

Entonces, ¿qué se requiere de usted? Todo lo que necesita hacer es permanecer firme prestándole la mayor atención a Dios, *El* hará todas las cosas perfectamente. La verdad es que, no todos son capaces de una autonegación exterior estricta, pero *todos* pueden ir hacia su interior y entregarse completamente a Dios.

Es cierto que lo que ve y escucha continuamente está proporcionándole nuevos temas a su ya atareada imaginación. Mantiene a los pensamientos saltando de un tema a otro. Por lo tanto, hay lugar para la disciplina referente a lo que ve y escucha. Pero, tenga paz; Dios le enseñará todo acerca de eso. Todo lo que necesita hacer es seguir al Espíritu del Señor.

Tendrá dos grandes ventajas si procede de la forma que describí en este capítulo. Primeramente, al retirarse de los objetos externos, constantemente se acercará a Dios.

Cuanto más cerca esté de Dios, más recibe de su naturaleza.

Cuanto más reciba de su naturaleza, más será atraído a su poder que lo sostendrá.

En segundo lugar, cuanto más se acerque al Señor, mucho más se alejará del pecado. Por lo tanto, como ve, simplemente volviéndose al interior de su espíritu comienza a adquirir el hábito de estar cerca del Señor y lejos de todo lo demás.

Hacia el centro

En el último capítulo hemos analizado el trato con los sentidos externos. Esta fue nuestra conclusión: si en algún momento descubrimos que los deseos se han agitado, podemos hacerlos morir si nos retiramos hacia el interior, hacia un Dios presente. Cualquier otra manera de oponernos a nuestros incansables sentidos, simplemente los estimularán aun más.

Mientras llega a este nivel más profundo de conocimiento del Señor, en determinado momento, descubrirá un principio que llamaré la *ley de la tendencia central*.

¿Qué quiero decir con la “ley de la tendencia central”? Mientras persiste en mantener su alma en la profundidad de su ser interior, ¡descubrirá que Dios tiene una cualidad *magnética* que atrae! ¡Su Dios es como un imán!. El Señor naturalmente lo atrae cada vez más y más hacia Él.

Lo siguiente que notará, es que al moverse hacia el centro, el Señor también lo *purificará* de todas las cosas que no son de Él.

Esto está ilustrado en la naturaleza. Observe el océano. El agua en el océano comienza a evaporarse. A continuación el vapor comienza a moverse en dirección al Sol. A medida que el vapor abandona la Tierra, está lleno de impurezas; sin embargo, cuando asciende, se vuelve cada vez más refinado y puro.

¿Qué hizo el vapor?

Nada. Simplemente *permaneció pasivo*. ¡La purificación sucedió mientras el vapor era atraído a los cielos!

Existe una diferencia entre su alma y esos vapores. Aunque el vapor *solamente* puede ser pasivo, usted tiene el privilegio de cooperar *voluntariamente* con el Señor, mientras que Él lo lleva internamente hacia Él.

Cuando su alma se haya vuelto a Dios, el Dios que habita en su espíritu, descubrirá qué fácil resulta volverse una y otra vez a su interior. Cuanto más continúe volviéndose al interior, más cerca estará de Dios y más firme será su dependencia de Él.

Por supuesto, cuanto más cerca sea atraído hacia Dios, más se alejará de las actividades de su hombre natural. El hombre natural, seguramente, es lo totalmente opuesto a su atracción interior hacia Dios. No obstante, llegará un punto cuando finalmente se habrá afirmado en su constante volver a lo interior. Desde ese momento, ¡será natural para usted vivir delante del Señor! En el pasado era natural que usted viviera en la *superficie* de su ser; ahora será su hábito vivir en el *centro* de su ser donde habita el Señor.

Permítame recordarle que usted es como los vapores que ascienden a los cielos; no debe pensar que por medio de *sus* esfuerzos puede hacer que suceda todo esto. Lo único que puede hacer, en realidad, lo único que debería intentar hacer, es *seguir retirándose* de los objetos *externos*. Siga alejándose de los objetos exteriores y vuélvase constantemente hacia el interior de su espíritu. Es muy poco lo que *alguna vez* pueda hacer, ¡pero hay una cosa que sí puede hacer! Sí, usted es capaz de cooperar grandemente con la gracia divina.

Fuera de eso, sin embargo, no hay nada más que pueda hacer para continuar arraigado más fuertemente de su Señor.

Al comenzar esta empresa, todo esto le puede parecer de alguna manera difícil; pero tenga la seguridad de que esta forma de retirarse hacia lo interior es muy fácil. Progresará espiritualmente de forma muy natural y sin esfuerzo. Además, esto es porque Dios

tiene una atracción magnética. Él está en su interior, siempre atrayéndolo hacia Él.

Es posible ver este principio en los elementos naturales. El centro de cualquier cosa siempre ejerce una muy poderosa fuerza de atracción. Este hecho es *más* cierto en el ámbito espiritual. Por un lado, existe una fuerza de atracción en el centro de su ser; es poderosa e irresistible. Y por otra parte, existe también una muy fuerte tendencia en cada hombre a reunirse con su centro. No es solamente que el centro arrastra al objeto lejos de la superficie, sino que el objeto mismo *tiende* hacia el centro!

A medida que se perfecciona en Cristo, esta tendencia a ser atraído al interior, hacia el Señor, se hace más fuerte y activa.

¿Qué puede hacer más lento el proceso de esta *tendencia central*?

Únicamente algún obstáculo que esté entre el objeto externo (usted) y el imán interno (Cristo). Tan pronto algo se vuelve hacia su centro, irá hacia allí muy rápidamente, a menos que encuentre un impedimento.

Tomemos como ejemplo una piedra. Cuando se le cae una piedra de la mano, ¿qué sucede? Inmediatamente cae a la tierra desde donde vino alguna vez. La piedra regresa a su fuente original. Lo mismo sucede con el fuego y el agua. Siempre buscan retornar a sus centros.

Una vez que su alma comienza a ir hacia el interior, es atraída por la misma ley de la tendencia central. También cae gradualmente hacia su centro apropiado, que es Dios. El alma no necesita otra fuerza para ser atraída que el peso del amor.

Cuanto más pasivo y reposado permanezca, más rápidamente avanzará hacia Dios. Cuanto más libre esté de hacer su propio esfuerzo, más rápidamente se moverá hacia su Señor.

¿Por qué sucede esto? Porque existe una energía divina que lo atrae. Cuando esta energía divina está completamente libre de impedimentos, *El* tiene la completa libertad de atraerlo de la forma que Él quiera.

Jesucristo es el gran imán de su alma, pero únicamente de su alma. Él no atraerá las impurezas y mezclas que se han incorporado a ella. Cualquiera de esas impurezas impiden el poder completo de atracción del Señor.

Si no hubiera mezcla en su alma, el alma instantáneamente volaría hacia el Todopoderoso e irresistible Dios, para perderse en Él. Pero si está cargado con muchas posesiones materiales, o cualquier otra cosa, esta atracción se hallará obstaculizada. Muchos cristianos se aferran a alguna parte de este mundo de su yo, y presionan con sus manos tan fuertemente, que pasan sus vidas enteras haciendo progresos hacia el centro que solo tienen el ritmo de un caracol.

Gracias a Dios, algunas veces su Señor desde su infinito amor, golpea violentamente la carga que tiene en su mano. Es entonces, cuando usted se da cuenta hasta dónde ha tenido impedimentos y cuánto se ha retrasado. Amado cristiano, solamente permita que todo caiga. ¿Cómo? Simplemente quite sus manos del yo; retire sus manos de cualquier otra persona y cosas. Por supuesto que hacer esto es un gran sacrificio. Hasta podría ser llamado una “crucifixión”. Pero quedará asombrado al descubrir ¡que existe un espacio muy reducido entre su sacrificio y su resurrección!

¿Es correcto para el alma quedarse tan completamente pasiva?

Algunos parecen sentir que, de acuerdo a lo que he expresado, se requiere que el alma muera, que quede como algunos objetos inanimados, antes de que Dios haga su voluntad en ella. En realidad, lo que es cierto, es exactamente lo opuesto.

El principal elemento del alma es la *voluntad*, y ésta debe *desear* ser neutral y pasiva, y esperar enteramente en Dios. ¿Podría ser posible que vea que esta condición de extrema pasividad, este estado de no hacer nada y esperar en Dios, es en realidad, la *más alta* actividad de la voluntad? Escuche a su alma decir: “Deseo con todo el poder de mi ser que la voluntad de Dios se cumpla en mi interior.

Deseo estar aquí, sin ningún tipo de actividad ni poder, para que Dios pueda cumplir su deseo de poseerme completamente”.

Cuando el alma ha hecho esto, en realidad, ha ejercido la más alta acción posible de la voluntad. El alma ha tomado la acción de *rendirse* totalmente a otra voluntad: ¡la divina!

Por lo tanto, amado lector, preste toda su atención para aprender a volverse a su interior y habitar en su espíritu. No se desaliente por ninguna dificultad que pueda haber encontrado hasta aquí. Antes de que pase mucho tiempo, Dios le dará abundante gracia, y todo esto le resultará fácil.

Solamente agregaré una advertencia. Debe retirar con toda fidelidad y humildad su corazón de toda distracción y ocupación externa. Debe formar el hábito de volver continuamente a Dios, que es su centro, con apacible y tierno amor.

Oración continua

Si se mantiene fiel en aquellas cosas que hemos considerado hasta este momento, quedará sorprendido al sentir que el Señor gradualmente tomará posesión de la totalidad de su ser. Me gustaría recordarle que este libro no fue escrito para su deleite. Ni tampoco presenta, simplemente, algún método de oración. El propósito de este libro es ofrecer una forma en la cual el Señor *Jesús pueda tomar posesión completa de usted.*

A medida que el Señor comience gradualmente a hacer esto, a tomar completa posesión de usted, comenzará a disfrutar de un sentido de su presencia. Encontrará que este sentido de la presencia del Señor se volverá algo sumamente natural para usted. Ambas, la oración con la cual comenzó primeramente y el sentido de su presencia *que viene con esa oración*, llegarán a ser, en determinado momento, una parte normal de su experiencia diaria.

Una serenidad inusual y quietud se extenderá gradualmente sobre su alma. Su oración completa, su experiencia completa, comenzará a ingresar en un nuevo nivel.

¿Cuál es ese nuevo nivel? La oración. La oración que consiste en silencio. Y mientras se encuentra en ese silencio, Dios derrama hacia su interior un amor profundo, íntimo. Esta es una experiencia de amor que llenará y permeará la totalidad de su ser. No existe manera de describir esta experiencia, este encuentro.

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

Solamente diré que este amor que el Señor derrama en la profundidad de su ser, es el comienzo de una indescriptible bendición.

Desearía, si fuera posible, contarle en este pequeño libro, alguno de los niveles de experiencias permanentes que puede tener con el Señor, que surgen de este encuentro con Dios. Pero debo recordarle que este pequeño libro fue escrito para principiantes. Por lo tanto, confío que en un futuro podré relatarle esas experiencias aun más profundas.

Sin embargo, existe algo que me gustaría decir: cuando viene al Señor, gradualmente aprende a tener una mente quieta delante de Él. Una de las cosas más importantes que puede hacer es detener todo esfuerzo personal. De este modo, Dios mismo puede actuar por sí solo. Fue el salmista, al hablar con el Señor, que dijo: *“Estad quietos, y conoced que yo soy Dios...”* (Salmo 46:10).

Este versículo le proporciona un conocimiento sobre su propia mente. La naturaleza de su ser llega a estar tan agradablemente adherida a sus propios esfuerzos que, simplemente, no puede creer que algo pueda suceder dentro de su espíritu. A menos que la mente pueda sentir y entender, se negará a creer que el espíritu tenga una experiencia.

La razón de que algunas veces no puede *sentir* que Dios obra en su interior, es que la obra está dentro del ámbito del espíritu y no del de la mente. Algunas veces los procedimientos de Dios en usted son bastante rápidos y, sin embargo, la mente ni siquiera se da cuenta de que usted progresa. Los procedimientos de Dios en su interior, que van siempre en aumento más y más cada vez, absorben los procedimientos de su yo.

Permítame ilustrar esto.

Durante la noche, las estrellas brillan resplandecientes, pero apenas el Sol comienza a salir, las estrellas desaparecen gradualmente.

En realidad, las estrellas aún están allí; no han dejado de brillar; pero el Sol al ser más brillante impide que las veas. Lo mismo sucede en los temas espirituales. Existe una luz fuerte y universal

que absorbe todas las otras luces más pequeñas de su alma. Las luces menores de su alma van apagándose, y llegado el momento, desaparecen bajo la poderosa luz de su Espíritu. La actividad de su yo ya no se puede distinguir ni observar más.

El esfuerzo propio desaparece en el obrar de Dios.

Algunas veces surge la pregunta: “¿No es este tipo de experiencia de oración algo inactivo?”. La pregunta ni siquiera aparecería si estuviera precedida por la experiencia. Si usted hace algún tipo de esfuerzo para obtener esta experiencia de oración, esta experiencia más profunda con Jesucristo, estará iluminado y entenderá lo que se refiere al estado de su alma. No, el alma no está inactiva, al menos no por causa de vacío o carencia, sino que se ha *aquietado* por causa de la gran abundancia.

El cristiano que se ha apropiado de este encuentro lo entenderá y reconocerá que este *silencio* ¡es rico, completo y vivo! ¡Este silencio surge desde un depósito de abundancia!

Como ve, hay dos tipos de personas que se mantienen en silencio. La primera es aquella que no tiene nada que decir, y la otra es aquella que tiene demasiado para decir. En el caso de este encuentro más profundo con el Señor, el segundo caso es cierto. El silencio se produce por el exceso, no por la carencia. Morir de sed es una cosa; ahogarse es otra muy distinta. Aunque el agua es la que causa las dos: una es por falta de agua y la otra es porque hay demasiada, lo que da como resultado la muerte.

Esta experiencia con Cristo tiene su comienzo en una forma simple de orar. Sin embargo, gradualmente, sigue adelante partiendo desde allí.

La experiencia se profundiza hasta que la plenitud de la gracia aquietta completamente la actividad del yo. Por lo tanto, verá por qué es de enorme importancia que se mantenga lo más quieto posible.

¿Me permite ilustrar esto nuevamente? Cuando nace un bebé, saca la leche del pecho materno moviendo sus labios. Sin embargo,

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

una vez que la leche comienza a fluir, el niño, simplemente, la traga sin hacer ningún esfuerzo más. Si el bebé persiste en su esfuerzo se dañará, derramará la leche y tendrá que dejar de tomar.

Esta debe ser su actitud en la oración. Debe actuar del mismo modo, especialmente al comienzo. Tome todo suavemente. Pero a medida que Él fluya desde su espíritu a su alma, cese toda actividad.

¿Cómo comenzar? Debe mover sus labios y estimular sus afectos por amor al Señor. Tan pronto la leche del amor divino fluya libremente, quédese quieto, no haga nada. Más bien, muy simple y suavemente, aprópiase de esa gracia y amor. Cuando esta gracia, este sentido del amor del Señor, deja de fluir, es tiempo una vez más de estimular sus afectos hacia Él. ¿Cómo? Tal como lo hace un infante: moviendo sus labios.

Todo este tiempo permanezca muy quieto. Si presenta su ser ante el Señor de otra manera, no obtendrá el mejor uso de esta gracia. Como ve, sentir la presencia del Señor ha sido algo otorgado por el Señor, con el propósito de atraerlo hacia una reposada experiencia de amor. No es necesario decir que su presencia no le fue dada para que usted estimule la actividad de su yo.

Volvamos a la ilustración del bebé que es alimentado.

Digamos que el bebé ha bebido suavemente de la leche y lo ha hecho sin ningún esfuerzo. ¿Qué sucede ahora? Deberá admitir que a todos nos cuesta creer que podemos recibir nutrición en una forma tan pasiva, como el bebé recibe la suya. Y sin embargo, mire al bebé: cuánto más pacíficamente se alimenta, mejor prospera. Por lo tanto, nuevamente haré la pregunta: ¿Qué pasa con el bebé luego de que ha comido? Se duerme en el regazo de la madre.

Lo mismo es con su alma. Cuando el cristiano se ha calmado y aquietado en oración, frecuentemente cae en una especie de sueño místico; o para decirlo de otra manera, los poderes de su alma están completamente en descanso.

Es aquí, en este punto, donde usted comienza a ser introducido en un nivel más profundo de experiencia.

Ahora, el cristiano comienza a transitar por *una experiencia de completo descanso* delante del Señor. La mente está en descanso; el alma está en descanso; el ser completo ha llegado a una calma suave, quieta y pacífica delante del Señor. Nada lo molesta. Al principio experimentará esto, sólo ocasionalmente, pero con el tiempo su alma comenzará a hacerlo con frecuencia.

Tenga la seguridad de esto: Su alma será llevada a esta experiencia sin esfuerzo, sin dificultad y sin haber adquirido ninguna habilidad. Y todo lo que tiene que hacer es continuar con el Señor cada día, esperándolo para profundizar su experiencia.

Demos una mirada más atenta a lo que hemos dicho recién.

La vida interior, es decir, la vida íntima del espíritu, no es un lugar que se toma por la fuerza o con violencia. Ese reino interior, ese ámbito interno, es un lugar de paz. Solamente se puede conseguir por amor.

Si solamente usted persiste en la senda que le he señalado hasta ahora, será guiado hasta este quieto lugar de descanso.

Y más allá de este descanso hay, incluso, otra experiencia: la de la *oración continua*.

Cuando hablamos de oración continua, nos referimos a la oración que se origina en el interior. Se origina allí y opera, para llenar y permear su ser completo. Este no es un asunto difícil. En realidad, Dios no nos demanda nada extraordinario. Por el contrario, a Él le agrada mucho una conducta simple, de niño.

Me gustaría decirlo de la siguiente manera: Los logros espirituales más altos, en realidad, son aquellos que se alcanzan con mayor facilidad. Las cosas que son más importantes ¡son las menos difíciles!

Una vez más podemos ilustrarlo en la naturaleza.

Digamos que usted quiere llegar al mar. ¿Cómo lo hará? No necesita hacer nada excepto esto: embarcarse en un río. Llegado

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

el momento, llegará al mar sin ninguna dificultad, sin ningún esfuerzo personal.

Ahora bien, ¿le gustaría ir hacia la profundidad de Dios? Entonces, vuelva a los primeros pensamientos que hemos presentado al comienzo de este pequeño libro. Siga este dulce y simple camino. Persista en él y a su tiempo llegará al objeto deseado. Llegará a Dios y lo hará a una velocidad jamás imaginada.

Entonces, ¿qué falta? ¡Nada! Sólo necesita hacer un único esfuerzo: probar.

Si hace ese esfuerzo inicial, descubrirá que lo que he dicho, realmente, es demasiado pequeño para expresar el descubrimiento que le espera adelante. Su propia experiencia con Jesucristo lo llevará infinitamente más allá, incluso, de *este* nivel.

¿A que le puede temer? Amado hijo de Dios, ¿por qué no se lanza instantáneamente en los brazos del Amor?

La única razón por la que Él extendió esos brazos sobre la cruz fue para poder abrazarlo. Dígame, ¿qué riesgo posible existe en depender solamente de Dios? ¿Qué riesgo corre al entregarse a sí mismo completamente a Él? El Señor no lo engañará (es decir, a menos que sea para investirlo de una abundancia más grande de la que jamás se haya imaginado).

Sin embargo, aquellos que esperan todas estas cosas de parte del Señor por medio de su *esfuerzo personal* escucharán al Señor reprenderlos: “*En la multitud de tus caminos te cansaste, pero no dijiste: No hay remedio; hallaste nuevo vigor en tu mano, por tanto, no te desalentaste*” (Isaías 57:10).

Abundancia

En el último capítulo hablamos de entrar a un nivel mucho más profundo de experiencia con Jesús.

En el mismo punto de partida de este recorrido, descubrió que la única preparación necesaria era una quieta espera delante de Dios. Lo mismo sucede en este nuevo nivel de experiencia. Esta experiencia ya no es más excepcional, ni ocasional; gradualmente se transformará en su experiencia *diaria*. La presencia de Dios comenzará a derramarse en su interior. Llegado el momento preciso, será suya casi sin interrupción.

En el comienzo, usted era llevado a la presencia de Dios por medio de la oración; pero ahora, como la oración continúa, es *la oración* la que, en realidad, *se transforma* en su presencia. De hecho, ya no podemos decir más que es una oración que continúa. Realmente es su presencia la que continúa con usted. Esto va más allá de la oración. Ahora, una bendición celestial es suya. Empieza a descubrir que Dios está más íntimamente presente para usted que usted mismo, y comienza a tener una gran conciencia de la presencia del Señor.

He dicho anteriormente respecto a cada una de estas experiencias con el Señor, que *la única forma* de encontrarlo a Él es *yendo hacia el interior*. Es allí, y únicamente allí, que podrá encontrarlo. Ahora, descubrirá que tan pronto como cierra sus ojos, la oración lo envuelve. Se asombrará de que Él lo haya bendecido tanto.

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

Por lo tanto es en este punto que es apropiado introducirlo a otra experiencia; una experiencia que sucede en lo profundo de su ser.

Ha nacido en su interior una conversación interna con Dios.

Esta conversación es sumamente deleitosa, y lo más asombroso de ella es que ninguna circunstancia externa la puede interrumpir.

¡Ahora puede ver cuán lejos esa simple oración que ha comenzado lo puede llevar! Se puede decir lo mismo de la “oración de simpleza”, que lo que se decía de la sabiduría: “Todas las cosas buenas vienen con ella” (Apócrifos).

Y también lo mismo se puede decir de esta experiencia más profunda con el Señor. La santidad fluye tan dulce y fácilmente desde el interior del creyente que ha avanzado hasta aquí que, incluso, pareciera que es *su misma* naturaleza la que se derrama con tanta dulzura y suavidad. La fuente de agua viva dentro del espíritu salta con abundancia, y produce todo tipo de bondades.

¿Y qué sucede con el pecado? Llegado a este punto, parece estar tan lejos del creyente, que el creyente apenas si está consciente del mismo.

Cuando ha entrado a este ámbito más profundo de la experiencia con Jesucristo, ¿cuál debería ser su respuesta a las circunstancias, a los sucesos externos? Simplemente, permanecer fiel en este estado. Quedarse quieto delante del Señor. Dejar que este descanso simple, tranquilo en Él, siempre sea su preparación para todo. Debe tener esto en mente: Su único propósito es ser lleno hasta rebosar de la divina presencia de Jesucristo y, en lo más profundo de su ser, estar preparado para recibir de Él cualquier cosa que Él elija otorgarle.

Silencio

El punto al que este recorrido nos ha llevado es hacia un *estado de silencio y de oración continua*.

Volvamos un poco hacia atrás y miremos con más detenimiento este asunto del silencio. ¿Por qué, por ejemplo, es tan importante mantenerse en silencio delante del Señor en el momento en que venimos ante Él? En primer lugar, porque nuestra naturaleza caída es opuesta a la naturaleza de Dios. Las dos son totalmente distintas. En segundo lugar, Jesucristo es La Palabra, La Palabra *que habla*. Él puede hablar, *¡puede ser escuchado!* Pero para que usted pueda recibir La Palabra (Jesucristo) es *su* naturaleza la que debe cambiar para corresponderse con la de Él.

Permítame ilustrarlo un poco más.

Considere el acto de escuchar. Escuchar es una facultad *pasiva*. Si alguna vez quiere escuchar algo, debe prestar un oído pasivo.

Jesucristo es La Palabra Eterna. Él, y únicamente Él, es la fuente de una nueva vida para usted. Para que pueda tener una nueva vida, Él debe estar comunicado con usted. Él puede hablar. Puede comunicar. Puede impartir una nueva vida. Y cuando desea hablarle, Él demanda que le preste la más completa atención a su voz.

Ahora puede ver por qué La Escritura con tanta frecuencia lo alienta a escuchar, a estar atento a la voz de Dios.

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

*Estad atentos a mí, pueblo mío, y
oídme, nación mía; porque de mí saldrá
la ley, y mi justicia para luz de
los pueblos.*

—ISAÍAS 51:4

*Oídme, oh casa de Jacob, y todo el
resto de la casa de Israel, los que sois
traídos por mí desde el vientre, los que
sois llevados desde la matriz.*

—ISAÍAS 46:3

*Oye, hija, y mira, e inclina tu oído;
Olvida tu pueblo, y la casa de tu padre;
Y deseará el rey tu hermosura;
E inclínate a él, porque él es tu Señor.*

—SALMO 45:10-11

Así es como se comienza a adquirir este hábito del silencio. En primer lugar, olvídense de usted mismo. Es decir, deje a un lado todo interés personal.

En segundo lugar, escuche atentamente a Dios.

Estas dos simples acciones, gradualmente, comenzarán a producir en usted más amor por esa belleza ¡que es el Señor Jesús! Esta belleza será tallada en su interior *por* Él.

Una cosa más. Trate de encontrar un lugar tranquilo. El silencio exterior desarrolla el silencio interior; y el silencio exterior mejora el interior a medida que pone raíces en su vida.

Es imposible que usted realmente vaya a su interior, es decir, viva en su ser más íntimo donde vive Cristo, sin amar el silencio y el retirarse.

Oseas lo dijo bien:

...la llevaré al desierto,
y hablaré a su corazón.

— OSEAS 2:14

Tendrá su interior completamente ocupado con Dios. Por supuesto, esto es imposible si, al mismo tiempo, está exteriormente atareado con miles de pequeñas distracciones.

El Señor está *en* el centro de su ser; por lo tanto, Él debe *transformarse* en el centro de su ser.

¿Qué debe hacer cuando es arrastrado lejos de su centro, que es Dios? Sin importar lo que lo aleja, sea debilidad o falta de fe, debe inmediatamente volver a su centro.

Esté listo para volver, una y otra vez, no importa con cuánta frecuencia sea alejado. Esté listo a repetir este regreso con tanta frecuencia como le sucedan las distracciones.

No es suficiente volverse al interior, a su Señor, una hora o dos por día. Tiene poco valor volverse al interior, al Señor, a menos que el fin produzca como resultado una unción y un espíritu de oración que continúe con usted durante todo el día.

Una nueva mirada a la confesión de pecados

Dónde se ubica adecuadamente la *confesión* y el *examen* de la vida de un cristiano en lo que se refiere al pecado, cuando seguimos este recorrido? ¿Cómo tratar con estos importantes asuntos? Tomemos este capítulo para abrir una perspectiva más clara, *superior* del autoexamen y la confesión de pecado.

Se enseña comúnmente que el autoexamen es algo que debe preceder siempre a la confesión de los pecados. Aunque esto pueda ser correcto, la *forma* de autoexaminarse está dictada por el nivel de su experiencia cristiana.

Le recomendaría a un cristiano cuyo estado espiritual realmente ha avanzado al nivel que se describió en los capítulos precedentes, que cuando venga al Señor, en lo referido al pecado y la confesión, haga lo siguiente: *ponga el alma entera abierta delante de Dios*. Puede estar seguro de que el Señor no dejará de iluminarlo en lo que concierne a su pecado. Su Señor *resplandecerá* como una luz en su ser; y a través de su brillo, le permitirá ver la naturaleza de todas sus faltas.

Podría decir que cuando esta luz brillante, que es Cristo mismo, brilla en usted y sobre usted, se halla bajo examen. Dios le hace un examen cuando sucede esto. Dado que es su Señor el que

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

hace esto, y nadie más, usted simplemente debe permanecer pacífico y en calma delante de Él, mientras que realiza esta exposición.

Dependa de su Señor, no de usted mismo, para que Él exponga su pecado y le muestre la magnitud que tiene.

Por favor, entienda esta realidad: no es *su* diligencia, no es *lo que usted* examina de sí mismo lo que traerá luz sobre su pecado. Sólo Dios puede revelarle todo.

Como verá, si trata de hacer usted el examen, existe una gran probabilidad de que se engañe a sí mismo. Nunca se permitirá ver *realmente* cuál es su verdadero estado. Esta es una simple realidad de la naturaleza de su amor propio. “*¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo...!*” (Isaías 5:20).

¡Pero no es así cuando uno viene al Señor! Él es ¡tan minucioso, exacto y exigente! Delante de Él, se hallará en exposición completa ante el Sol de Justicia. Sus rayos divinos hacen visibles hasta las más pequeñas faltas. La forma apropiada de tratar con el pecado se vuelve muy evidente. Debe entregarse en las manos de Dios, tanto para el examen de su ser como para la confesión de sus pecados.

Un cristiano no inicia su experiencia espiritual con el Señor en este nivel que acabo de describir. Pero, por otra parte, a través de esta “oración de simpleza”, puede, a su tiempo, llegar a este nivel.

Una vez que ha establecido una relación así con su Señor, pronto descubrirá que ninguna falta que cometa se escapará de la reprobación de Dios. Por ejemplo, tan pronto cometa un pecado, inmediatamente lo reprenderá un sentir interno. Será un tipo de ardor profundo, interno.

Una tierna perturbación. Como ve, *todas* las cosas están expuestas bajo la mirada penetrante de su Señor. Él no permitirá *ningún* pecado escondido o encubierto.

En cuanto a usted, cuando el Señor haya establecido firmemente esta relación, sentirá que Él lo descubrirá tan completamente, todas las veces, que cuando su luz se concentre en el pecado de

su vida, le quedará un solo curso para seguir: lo único que podrá hacer es volverse con toda sencillez a Él, y allí aceptar todo el dolor y la corrección que Él le imponga.

Continúe esta experiencia con el Señor. Luego de un período de tiempo de experimentarla, el Señor se transformará cada vez más y más en el *constante* examinador de su alma. No será *usted* examinándose a sí mismo, ni sucederá por épocas. Será el Señor y ocurrirá *constantemente*.

Si se mantiene con toda fidelidad, entregándose al Señor de esta manera, llegará a darse cuenta de que la luz divina de su Señor, realmente, puede revelar su corazón mucho más efectivamente que lo que *todos* sus esfuerzos pudieron hacer jamás.

Ahora, vayamos un poco más adelante y consideremos la *confesión* de pecado.

Existe una comprensión mucho mayor que lo espera y una experiencia superior de confesión y arrepentimiento. Si verdaderamente desea caminar estos senderos, debe estar consciente de algo que, por lo general, no se comprende bien acerca de la confesión de pecado.

En el pasado cuando confesó sus pecados al Señor, ha sentido tristeza por eso, ¿verdad?

Existe *una* experiencia *mayor* de arrepentimiento y una más profunda confesión de pecado que la de sentirse apenado. De hecho, descubrirá que esos sentimientos de aflicción son reemplazados por otra cosa: amor y tranquilidad. Ese amor y esa tranquilidad suavemente saturarán su alma y una vez que esté completamente saturada, tomarán completa posesión de ella.

¿Un arrepentimiento dulce? ¿Una confesión de pecado que trae amor y tranquilidad? Si nunca se instruyó en esos temas, naturalmente deseará resistir este amor. En lugar de eso, tendrá la natural inclinación humana de intentar producir una actitud apenada, contrita ante Dios.

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

Con frecuencia se le ha dicho que un corazón apenado, contrito a causa de sus pecados, es algo que agrada mucho a Dios. Esto es verdad.

Pero considere lo siguiente: intentar por sus propios esfuerzos producir un corazón contrito le hace perder el *genuino* arrepentimiento. ¿Qué *es* un genuino arrepentimiento? ¿Ha tenido alguna vez una experiencia real, genuina de arrepentimiento? Trate de recordar. ¿No era un profundo sentimiento de amor el que se derramaba en su interior?

Es ese amor, es esa profunda sensación de amor en su interior, la que es mucho más *pura* y una expresión *mayor* de arrepentimiento; mucho mayor que *cualquier otra cosa* que pudiera producir por su propio esfuerzo. Este amor toma todos los otros sentimientos de arrepentimiento, los resume en uno, y expresa la totalidad de ellos *mucho más* perfectamente que si cada parte del arrepentimiento fuera expresada de manera individual al Señor.

Una vez que el Señor ha establecido esta relación en su vida, no será necesario que se preocupe de producir *sus* sentimientos por su pecado. Dios forjará su expresión de arrepentimiento en usted en una forma pura.

Dios odia al pecado, y experimentar un arrepentimiento que viene completamente de su parte lo llevará a odiar al pecado tal como Él lo odia.

Amado lector, no esté ansioso ni dispuesto a la acción. El amor más puro que jamás pueda conocer es el que le llega cuando el Señor obra en su alma. Entonces, déjelo obrar *a Él*. Permanezca en el lugar que Él le asigne. Acepte la instrucción de un hombre muy sabio que dijo:

Deposite su confianza en Dios; permanezca
quieto en el lugar que Él lo puso.

—APÓCRIFO

A medida que camine en la experiencia que acabamos de describir, observará algo. ¡Se asombrará de lo *difícil* que le resultará *recordar* sus pecados! ¿Olvidar sus pecados? ¿Es apropiado? ¡Sí! Y una experiencia así no tiene por qué incomodarlo. *Verá que olvidar sus pecados es una prueba de que ha quedado limpio.*

Es *bueno* haber olvidado sus pecados. Es mejor que olvide *cualquier cosa* que lo preocupe porque, de esa manera, *únicamente* se acordará de Dios.

Recuerde lo que fue presentado en este capítulo, es una experiencia *mayor* de confesión y *más profunda* de arrepentimiento; sin embargo, puede estar absolutamente seguro de que a medida de que experimente al Señor así, *El* no permitirá que sus pecados pasen sin exponerlos. Por otra parte, si es *usted* el que hace la exposición, *muchos* de ellos podrían quedar ocultos. ¡No es así cuando el Señor lo examina! A diferencia de usted, *Él* traerá todas sus faltas a la luz. Por lo tanto, déjele a Dios el examen. Descubrirá que su corazón es revelado mucho más que si es usted quien intenta hacerlo por medio de sus propios esfuerzos.

Amado lector, esto debe quedar claro: estas instrucciones no se pueden aplicar a un cristiano, mientras que su nivel de experiencia está con el alma en un estado activo. Estas instrucciones *no* son para el alma que aún está activa. En ese nivel de experiencia está absolutamente bien, y es necesario, que el alma por sí misma se esfuerce en tratar con el pecado.

El alma de un cristiano se esfuerza a sí misma en proporción al lugar en que se encuentra en su progreso espiritual. Cuanto más avanza el alma hacia su centro, es decir, cuando más se aleja de la superficie, *menos* se esforzará por sí misma. (Esto es así al tratar con el pecado, la confesión de pecado y en todos los otros aspectos de la vida también).

Cuando llegue a este nivel mucho más avanzado, le exhorto, más allá de sus circunstancias, a comenzar todos sus intentos para llegar ante el Señor a través de una simple y serena espera ante *Él*.

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

Al hacerlo, permita que *Él* actúe libremente en su interior. Él jamás podría ser recibido de una mejor manera que por Él mismo.

La escritura

En los últimos capítulos hemos analizado una experiencia más profunda con Cristo, y en el último capítulo consideramos cómo tratar con los pecados y la confesión. Ahora, consideremos qué otras experiencias con Cristo le esperan a medida que esa experiencia con Él se profundiza más.

Tomemos, en primer lugar, La Escritura. ¿Existe un uso más profundo que se pueda hacer de La Escritura que el que fue mencionado hasta ahora?

Recuerde, por favor, de un capítulo anterior, que leer La Escritura es un camino *hacia* la oración. Recuerde, también, que lo que usted *lee* puede llegar a transformarse en *oración*. ¿Existe todavía algo más que La Escritura pueda proporcionar? Sí, se puede usar La Escritura en una forma, incluso, más refinada de la que se ha mencionado antes. Consideremos ese camino. Daré una breve descripción práctica.

En primer lugar, llegue ante el Señor y comience a leer. Detenga la lectura tan pronto como se sienta atraído por su ser interior. Deje de leer cuando sienta que el Señor lo atrae hacia el interior de Él mismo. Ahora, simplemente permanezca en quietud. Quédese allí por un tiempo. Luego, momentáneamente, continúe con la lectura; pero lea sólo un poco. Siempre pare de leer cada vez que sienta que una atracción divina lo lleva aún más hacia lo profundo de su ser.

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

¿Qué puede esperar después de este estado?

De tanto en tanto *comenzará* a tener un *estado de silencio interior*. ¿Cuál debe ser su respuesta a una experiencia así? Una de las cosas que debe hacer es la siguiente: ya no se obligue más a tener oraciones habladas (en este momento orar en voz alta, o de *cualquiera* de las formas convencionales, lo alejará de una experiencia interior y lo llevará nuevamente a una oración externa, superficial).

Va a ser *atraído* al silencio, por lo tanto, no existe ninguna razón para forzarse usted mismo a hablar.

Pero, si no habla, ¿qué *deberá* hacer? ¡Nada! ¡Simplemente entréguese a esa atracción que lo lleva a su interior! Ríndase al llamado de su espíritu. Su espíritu lo atraerá a las profundidades de su ser interior.

Una palabra más.

Durante todo el tiempo en que tenga esta experiencia de Cristo, lo más sabio que puede hacer es alejarse de cualquier forma preestablecida, patrón, o *manera*. En lugar de eso, *ríndase completamente a la dirección del Espíritu Santo*.

Cuando sigue a su espíritu, cada encuentro que tiene con el Señor es *perfecto...* sin importar cómo sea ese encuentro.

¿Pedidos en la oración?

A medida que continúe en esta aventura con Cristo, que comenzó bajo la forma simple de la oración, descubrirá que lo espera otra experiencia, y es esta: no se sorprenda demasiado si descubre que ya no puede elevar más oraciones de petición.

Puede ser que descubra que las oraciones de *petición* se vuelven difíciles de hacer. Sí, es verdad que en el pasado usted elevaba peticiones y súplicas con toda facilidad. Hasta ahora, orar de esa forma nunca fue difícil. Pero en esta nueva relación con su Señor, ¡es el Espíritu el que ora! Y a medida que el Espíritu ora, *Él lo* ayuda en su debilidad. Intercede por usted. Y *Él es quien* ora de acuerdo a la voluntad de Dios.

*... pues qué hemos de pedir como conviene,
no lo sabemos, pero el Espíritu mismo
intercede por nosotros con gemidos indecibles.*

— ROMANOS 8:26

Existe su voluntad, existe la voluntad de Dios. Existe su plan, existe el plan de Dios. Existe la oración que usted hace, existe la oración de *Él*. Usted debe concordar con los planes de Dios. *Él* quita todos sus esfuerzos y trabajos y los sustituye por los de *Él*.

Por lo tanto, ríndase. Permita que Dios haga en su interior lo que *Él* desee.

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

En sus oraciones, que *El* ora, también está su voluntad. Deje que *El* ore. Deje de lado sus propias oraciones, sus propios deseos y sus propios pedidos. Sí, usted tiene una voluntad; sí, tiene deseos y pedidos. No obstante, deje que *Él* tenga la voluntad y el deseo que está en las oraciones que *El* ora.

Pero esta relación avanza más hacia lo profundo.

Con el fin de que Dios haga aquello que se encuentra en su oración, usted, que es el que ora, debe abandonar el apego a todas las cosas. Esto significa que debe vivir una vida *¡en la cual no exista nada que desee!* No se apegue a nada, sin importar lo bueno que sea o parezca ser.

Distracciones

Ahora que ya hemos explorado algunos de los encuentros que tendrá durante esta aventura, algunas de las cosas que el Señor le presentará y otras que le demandará, apartemos este capítulo para considerar un asunto práctico. Como ha leído en capítulos previos, habrá distracciones, especialmente al comenzar. Y durante algún tiempo después, su mente se distraerá de la oración. Consideremos brevemente este problema.

¿Qué hacer con aquellas cosas que lo distraen? ¿Cómo manejar aquello que más lo aleja de su ser interior? Si peca (o aun si solamente se trata de una distracción por alguna de las circunstancias que lo rodean), ¿qué debe hacer?

Debe volver inmediatamente al interior de su espíritu.

Una vez que se ha alejado de Dios, debe regresar a Él tan rápidamente como le sea posible. Allí, nuevamente con Él, reciba cualquier reprimenda que Él decida imponerle.

Pero aquí hay algo por lo cual debemos ser sumamente cuidadosos: *no* se desespere si su mente se aleja por las distracciones. Siempre evite ponerse ansioso por sus fallas. En primer lugar, una distracción así agita su alma y lo distrae de los asuntos interiores hacia los exteriores. En segundo lugar, su aflicción, realmente, surge de una raíz secreta de orgullo. Lo que experimenta es, en realidad, amor por su propio valor.

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

Para decirlo de otra manera, simplemente está herido e irritado al ver quién es usted *realmente*.

Si el Señor es tan misericordioso como para darle un verdadero espíritu de humildad, no se sorprenderá ante sus fallas, fracasos ni aun de su propia naturaleza esencial.

Cuanto más claramente vea su verdadero ser, con más claridad también verá cuán miserable es, en realidad, la naturaleza de su ser, y entonces, abandonará su ser por entero a Dios. Al ver que tiene una necesidad tan desesperada de Él, se esforzará para mantener una relación más íntima con Él.

Esa es la forma que deberá caminar, tal como el mismo Señor dijo:

*Te haré entender, y te enseñaré
el camino en que debes andar;
Sobre ti fijaré mis ojos.*

—SALMO 32:8

Tentación

Las tentaciones, tanto como las distracciones, son un gran problema que encontrará al comenzar su aventura hacia Dios. Sea muy cuidadoso en la actitud que tome hacia ellas. Si intenta luchar directamente con esas tentaciones, lo único que logrará es fortalecerlas y, en el proceso de esta lucha, su alma será arrastrada alejándose de esta relación íntima con el Señor.

Como ve, una relación estrecha, íntima con Cristo *siempre* debería ser el único propósito de su alma. Por lo tanto, cuando se sienta tentado a pecar o atender a las distracciones externas, en el momento, lugar o provocación que sea, *simplemente aléjese* de ese pecado.

Y al regresar, acérquese a su Señor.

Es así de simple.

¿Qué hace un niño cuando ve algo que lo asusta o confunde? No intenta quedarse y pelear contra eso. En realidad, casi ni mira lo que lo asusta. Más bien, el niño rápidamente corre a los brazos de su madre. Allí, en aquellos brazos, está a salvo.

Exactamente de la misma forma, debe alejarse de los peligros de la tentación ¡y *correr* a su Dios!

Dios está en medio de ella; no será conmovida.

Dios la ayudará al clarear la mañana.

— Salmo 46:5

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

Usted y yo somos muy débiles. En el mejor de los casos somos *muy* débiles. Si usted, débil como es, intentara atacar a sus enemigos, saldrá herido con frecuencia. Exactamente con la misma frecuencia, será derrotado.

Existe otra forma.

En tiempos de tentación y distracción, permanezca por fe en la sencilla presencia de Jesucristo. Inmediatamente, encontrará una provisión de fortaleza.

Este era el recurso y sostén de David:

A Jehová he puesto siempre delante de mí; Porque está a mi diestra, no seré conmovido. Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma; Mi carne también reposará confiadamente (Salmo 16:8-9).

Y además, Éxodo dice: *Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos* (Éxodo 14:14).

Consumidos

Me gustaría tomar este capítulo para hablar sobre un elemento muy importante en la oración. Un elemento que es casi totalmente ignorado.

Si le dijera que uno de los más grandes elementos de la oración es la adoración profunda, interior, estoy segura que estaría de acuerdo. Ambos concordaríamos que sin una adoración profunda íntima ofrecida al Señor, simplemente, no tendríamos una *verdadera* oración. La *verdadera* oración, por necesidad, tiene a la adoración como el elemento central.

Pero hay otro elemento en la oración, tan central como éste, igual de esencial que la adoración. Y es exactamente aquí cuando llegamos al tema central del hombre y Dios; es más, sin este elemento no existe oración real; sin él no es posible llegar a sumergirse en las mismas profundidades de Jesucristo. Sin este elemento no existe verdadera oración, ni entrada a lo profundo de Cristo. Tampoco habría una manera en que Dios le pudiera llevar hacia los fines que Él planificó para usted.

¿Y cuál es este aspecto de la oración?

Rendir el yo es una parte necesaria para la oración y para poder experimentar las profundidades de Jesucristo.

(Por lo tanto, una vez más hemos ido más allá de la oración. La verdadera oración demanda de aquel que ora un total abandono

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

de sí mismo. Además, Dios desea que un estado así, finalmente, sea suyo en *todo* momento).

Es el apóstol Juan quien habla de la *oración* como un incienso; un incienso cuyo humo asciende a Dios y que Él recibe. Así se expresa: *...y se le dio mucho incienso* [al ángel] *para añadirlo a las oraciones de todos los santos* (Apocalipsis 8:3), énfasis añadido

Cuando venga al Señor, derrame su corazón en la presencia de Dios. La oración *es* el derramamiento de su corazón ante Él. La Escritura dice: *"... he derramado mi alma delante de Jehová"* (1 Samuel 1:15). Este derramamiento es un incienso y este incienso es la entrega total de su ser ante Él.

El incienso que ofrecieron los magos, puesto a los pies de Cristo en el establo de Belén, es una ilustración de la oración derramada ante Él.

¿Qué es la oración? Es un moderado calor de amor. ¡No, es mucho más! ¡La oración es derretirse! La oración es el alma disolviéndose y elevándose. Este calor de amor, este derretirse, disolverse y elevarse hacen que el alma ascienda a Dios.

Mientras el alma se derrite, se empiezan a elevar desde ella fragancias dulces. Estas fragancias se derraman desde un fuego consumidor de amor... de ese amor que está en usted. Es el fuego consumidor de amor de su ser más íntimo, un fuego de amor por Dios.

Una ilustración de este incienso, de este amor y de este derramamiento se encuentra en Cantar de los Cantares. La joven doncella dice: *"Mientras el rey estaba en su reclinatorio, Mi nardo dio su olor"* (Cantares 1:12). Analicemos la escena con más detenimiento.

En primer lugar, miremos el reclinatorio.

Este reclinatorio al que se hace referencia aquí, es la parte más interna de su ser, su espíritu. Y allí *en* su espíritu habita Dios. ¡Oh, cuando aprenda cómo habitar allí con Él! su divina presencia disolverá las durezas de su alma. Y a medida que las durezas de su alma se derritan ¡preciosas fragancias saldrán de ella!

Miremos ahora al Rey. Mire a “el amado”. Al ver el alma de-
rretida de la esposa, dice:

*¿Quién es esta que sube del desierto como columna de humo, Sahu-
mada de mirra y de incienso y de todo polvo aromático?*

— CANTARES 3:6

Ahora debemos hacer la pregunta central: *¿Cómo* asciende el
alma a Dios?

El alma asciende a Dios cuando usted entrega su *yo*. ¡Al ren-
dirlo al poder destructor del amor divino! Sí, ¡entregándolo al po-
der aniquilador del amor divino!

Esta entrega del yo es esencial, absolutamente esencial, si se
va a sumergir, experimentar y habitar en forma continua en las
profundidades de Jesucristo. ¡Únicamente por medio de la des-
trucción y aniquilación del yo, se le hará un homenaje a la sobe-
ranía de Dios!

Como ve:

El poder del Señor es grandioso, y Él únicamente es honrado
por el humilde.

— APÓCRIFO

Veamos si podemos entender esto con un poco más de claridad.

Es a través de una completa destrucción del ser que usted
reconoce la suprema existencia de Dios.

Debe llegar el momento en que usted ¡haga cesar *toda* vida en
el ámbito del yo! Debe *dejar* de *existir en su yo*, para que de esta
forma, el Espíritu de La Palabra Eterna pueda existir en usted.

Al rendir su propia vida, ¡deja un lugar para que Él pueda
venir! ¡Y es cuando usted muere que Él vive!

¿Se puede hacer esto en forma práctica? ¡Sí!

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

Debe rendir su ser completo a Jesucristo, y dejar de vivir para siempre en su yo, a fin de que Él pueda transformarse en su vida.

Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.

— COLOSENSES 3:3

Mueran en Mí todos los que verdaderamente me buscan.

— APÓCRIFO

Pero ¿cómo muere uno en Dios? ¡*Al dejar* su yo para poder perderse en Él!

Solamente podrá perderse en Él si aniquila su yo. ¿Y qué tiene que ver esto con la oración? La aniquilación del ser *es* ¡la verdadera oración de adoración! Es una oración que usted debe aprender y hacer cuando comprenda, lo más que pueda, la totalidad de su significado más profundo. *Esta* es la experiencia que le rinde a Dios y sólo a Dios, toda “... *la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos*” (Apocalipsis 5:13).

Esta experiencia, esta oración, es la *oración verdadera*. ¡Esta es *la verdad!* Aniquilarse es adorar a Dios en espíritu y en verdad (Juan 4:23).

Toda adoración verdadera es “en espíritu”. Para estar “en espíritu”, el alma es aniquilada. “En espíritu” usted entra en la pureza de ese Espíritu que ora en su interior; es alejado de sus propios métodos de oración que parten del alma de los humanos. Es “en verdad” porque está en la realidad, donde *todo* es de Dios y *nada* es del hombre.

Amado lector, existen, en realidad, solo dos verdades: el Todo y la Nada.

Todo lo demás es una mentira. Dios es Todo; usted es nada. La única manera en que puede rendir honor a Dios es por medio

de su propia aniquilación. Tan pronto como esta obra maravillosa sucede, Dios se muda a su interior.

Existe un principio natural aquí: El Señor jamás permite en la naturaleza la permanencia de un hueco o vacío. Él viene al lugar de la nada, del vacío, e instantáneamente lo llena con Él mismo.

Él se pone en el preciso lugar de aquello ¡que Él mismo ha hecho morir!

Pero ¿no es la aniquilación algo amargo? ¡Ay, si tan sólo conociera la virtud y la bendición que recibe el alma cuando ha pasado esta experiencia! Pruébela y no deseará nada más. *Esta* es “la perla de gran precio”, “el tesoro escondido”, “quien la halla, va y vende todo lo que tiene y la compra” (Mateo 13:44-45).

Esta es .. *una fuente de agua que salte para vida eterna*” (Juan 4:14).

¿Recuerda que el Señor Jesús dijo: “... *el reino de Dios está entre vosotros*”? (Lucas 17:21). Esto es cierto de dos maneras:

En primer lugar, cuando Dios se transforma en amo y Señor en su interior de una forma tan completa, que *nada* suyo se resiste a su dominio. Es entonces que su ser interior, su espíritu, *es* su reino. Así es cuando Dios *lo posee*.

En segundo lugar, existe el tema de que usted posea a Dios. Cuando poseemos a Dios, también poseemos su Reino, y en su Reino hay plenitud de gozo. El propósito máximo para nosotros es que podamos disfrutar a Dios...en *esta vida*. ¡Disfrutar a Dios! *Este* es el mismo propósito para el cual fuimos creados.

¡Que pena que tan pocos se den cuenta de que esto se puede obtener y apropiarse con tanta facilidad!

¡Servir a Dios es reinar!

Silencio, en las profundidades

Consideremos ahora el rol que juega el silencio al avanzar en nuestra experiencia con Cristo, puesto que el silencio tiene mucho que ver con el experimentar al Señor en un plano más profundo.

En ciertas ocasiones algunas personas han escuchado la expresión: “la oración del silencio” y han sacado como conclusión que, el rol que juega el alma en esta oración es limitado de insensibilidad e inactividad. Esto, por supuesto, no es así. De hecho, el alma juega un rol más importante y amplio que en la oración hablada.

¿Cómo es posible esto?

El alma puede estar activa y aun así completamente silenciosa. Esto es porque es el mismo Señor quien se ha transformado en el que mueve el alma. El alma actúa en respuesta al mover de *su* Espíritu.

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios (Romanos 8:14).

Por lo tanto, entrar en “la oración del silencio” no significa el cese de toda acción. En lugar de eso, significa que su alma actúa según se mueve su espíritu.

Tal vez, Ezequiel nos puede ayudar para ver esto. Ezequiel tuvo una visión de ruedas. Las ruedas que vio tenían el Espíritu viviente en ellas. Donde iba el Espíritu, allí iban las ruedas. Si el Espíritu se detenía, las ruedas también. Si el Espíritu ascendía de la Tierra hacia los cielos, las ruedas se levantaban a sus costados.

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

El Espíritu estaba en esas ruedas y el Espíritu era el que movía las ruedas (Ezequiel 1:19-21). El alma es como esas ruedas. Puede estar activa al atender sus propias cosas, o puede esperar hasta que algo más profundo se active. Entonces, el alma llega a ser como esas ruedas, y sigue al Espíritu a donde vaya. El alma debería, del mismo modo, rendirse a la guía del Espíritu viviente en su interior. El alma debería esperar y ser fiel para actuar *únicamente* cuando el Espíritu se mueve.

Puede tener la seguridad de que el Espíritu *jamás* exalta la naturaleza del yo (el alma, para seguir su propia inclinación; con mucha frecuencia solo exalta el ser.) ¿Qué hace el Espíritu? El Espíritu se mueve hacia adelante, sumergiéndose hacia el *último* fin. ¿Y cuál es ese último fin? Unirse a Dios.

Por lo tanto, no permita que el alma haga nada por sí misma en la oración. El alma debe, simplemente, seguir al Espíritu ¡hasta que llegue a su máximo fin!

Por medio de esta ilustración, puede ver que el alma no cesa toda acción; simplemente, su acción está en perfecta concordancia con el Espíritu.

Ahora, consideremos “la oración de silencio” en una forma práctica. ¿Cómo podemos experimentar al Señor en una actitud de silencio?

Como ve, cuando su alma está activa por sí misma, es decir, activa *aparte* de la actividad del Espíritu, por su misma naturaleza, su actividad ¡es forzada y agotadora! El esfuerzo del alma en oración *siempre* es de ansiedad y lucha.

¡En realidad, esto es una ventaja para usted! ¡Fácilmente puede distinguir si el alma funciona!

¡Oh, todo es tan diferente cuando el alma responde al mover del Espíritu, cuando responde a algo que es mucho más profundo en el interior de su ser!

Cuando el alma responde al Espíritu, la acción es libre, fácil y natural. Parecerá que el alma no hace casi ningún esfuerzo.

Me sacó a lugar espacioso; me libró, porque se agradó de mí (Salmo 18:19).

Una vez que su alma vuelve al interior y su mente se establece en el Espíritu, desde ese momento en adelante, la atracción interna del Espíritu del Señor es muy poderosa. De hecho, la atracción de su espíritu hacia el alma es más fuerte que ninguna otra fuerza; más fuerte que todas esas cosas que lo podrían llevar nuevamente a la superficie.

¡La verdad es que nada regresa tan rápidamente a su centro como lo hace el alma hacia el Espíritu!

¿Está activa el alma en este momento? ¡Sí! Pero la actividad es tan elevada, natural, pacífica y espontánea ¡que le parecerá que su alma no hace absolutamente ningún esfuerzo!

¿Alguna vez se dio cuenta de que cuando una rueda gira lentamente, es más fácil verla en su totalidad? Pero a medida que comienza a andar más rápidamente, es muy poco lo que se puede distinguir de ella. *Así es* el alma cuando descansa en Dios. Cuando el alma descansa en Dios, su actividad es espiritual y muy elevada. No obstante, el alma no hace *ningún* esfuerzo. Está llena de paz.

Por lo tanto, mantenga su alma en paz.

Cuanto más en paz esté su alma, más rápidamente podrá ir hacia Dios, su centro.

¿Cómo es posible esto? Porque el alma está rendida al Espíritu ¡y es el Espíritu el que se mueve y dirige!

¿Quién lo atrae con tanta fuerza al interior? No es otro que Dios mismo. ¡Oh, su atracción lo hace correr hacia Él!

La muchacha de Cantar de los Cantares entendió esto, porque dijo:

Atráeme; en pos de ti correremos... (Cantares 1:4).

“¡Atráeme a ti, oh, mi Divino Centro, por los secretos manantiales de mi existencia, y todos mis poderes y sentidos te seguirán!”.

El Señor es tan simple para atraerlo. Su atracción es, a la vez,

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

una unción de sanidad como un perfume para llevarlo hacia Él. La doncella en Cantar de los Cantares lo dijo:

... *Tu nombre es como unguento derramado...* (Cantares 1:3).

“Señor, tú nos seduces por la *fragancia* de tu mismo ser, y nos atraes hacia las profundidades de tu mismo ser”.

Su poder de atracción es extremadamente fuerte y, sin embargo, el alma lo sigue libremente y sin ser forzada. ¿Por qué? ¡Porque la atracción del Señor es tan deleitosa como poderosa!

Aunque su atracción es poderosa, lo hace con dulzura.

Cuando la joven doncella dijo: “*Atráeme; en pos de ti correremos. ..*” hablaba, en primer lugar, de su espíritu, que es el centro de su ser. Es el espíritu el que es atraído. El Señor habla a su espíritu; Él lo llama para que lo siga, atrayéndolo hacia el centro donde solamente existe Él mismo. Por lo tanto, su espíritu es atraído en primer lugar. Usted, a su vez, sigue la atracción del centro. Y hace eso cuando vuelve su atención y todos los poderes de su alma hacia Él. “*Atráeme*”. Vea cuán único es su centro, su espíritu, a medida que Él lo atrae hacia sí, hacia Él mismo, hacia la parte más interna de su centro. “*Nosotros correremos tras de ti*”. Vea cómo los sentidos y poderes del alma siguen la atracción del centro.

No promovemos la idea de que el alma sea perezosa o inactiva. Alentamos la actividad superior en la cual puede participar el alma: una total dependencia del Espíritu de Dios. Este debería ser siempre su principal interés. “*Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos...*” (Hechos 17:28).

Esta dependencia del Espíritu de Dios sencilla, humilde, es necesaria por encima de todas las otras cosas. Esta dependencia constante de nuestra parte, pronto hará que el alma alcance esa unidad y simplicidad para la cual fue creada.

Somos muy complejos; nuestras almas son capaces de tener muchas actividades distintas. Debemos dejar esos caminos para poder ser libres, y de ese modo entrar en la simplicidad y unidad

de Dios. ¡Ay, poder regresar hacia Dios, hacia a Aquel en cuya imagen fuimos originalmente formados! (Génesis 1:27).

Su Señor es simple; “Él es uno. Pero cuando uno entra en la unidad de Dios, esta no excluye la enorme variedad que resulta de la expresión de su naturaleza.

Así como podemos entrar a su unidad cuando estamos unidos a su Espíritu, del mismo modo, podemos concretar los diversos aspectos de su voluntad cuando estamos unidos a Él. Y podemos hacer esto sin tener que dejar ese estado de unión con Dios. La diversidad de su voluntad *se puede* hacer sin sacrificar nuestra unidad con Él.

Entonces, observa ¡hasta dónde la simple “oración de silencio” nos puede llevar!

¡Continuemos, entonces!*

Ríndase a la guía del Espíritu de Dios. Al depender de su acción, y no de la acción del alma, las cosas que haga serán valiosas para Dios. Solamente lo que usted haga de *esta* forma, será de valor para Dios y su obra sobre esta Tierra.

Veamos esto desde el punto de vista de Dios:

Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.

—JUAN 1:3

En el principio mismo fue Dios quien formó al hombre por medio de su Palabra. Hizo al hombre a su propia imagen. Dios era Espíritu y le dio al hombre un espíritu para que pudiera venir a Él, y así fusionar su propia vida con la del hombre.

*. A medida que el alma es atraída hacia esta relación, descubre algo nuevo; y es lo siguiente: El Espíritu, al igual que el alma ¡también es muy activo! Está pleno de actividad. Sin embargo, no es igual a la del alma. Cuando *usted* es movido por el Señor, su actividad es mucho más energética que la de su propia naturaleza. El Espíritu es más activo que *ninguna* otra fuerza.

EXPERIMENTE LAS PROFUNDIDADES DE JESUCRISTO

Este, por supuesto, fue el estado del hombre anterior a la caída.

En el momento de la caída, el espíritu del hombre fue apagado. Dios perdió la posibilidad de moverse en el interior del espíritu del hombre. El hombre perdió la capacidad de contener la vida de Dios y de llevar la imagen divina.

Quedaba sumamente claro que si Dios restauraba al hombre al estado original, el cual había sido su primera intención, el espíritu del hombre *tenía* que ser restituido.

Y ¿cómo podía Dios restaurar el espíritu del hombre? ¿Cómo podía restituir la imagen de Dios en el hombre?

No había otra manera: sólo por medio de Jesucristo. Tenía que ser el mismo Señor Jesús el que le diera vida al espíritu del hombre y restaurara la imagen de Dios. ¿Por qué? Porque únicamente Jesucristo es la imagen exacta de su Padre. Sólo Él trae la vida de Dios al interior del hombre.

Ninguna imagen se repara por esfuerzo propio. La imagen quebrada debe permanecer pasiva bajo la mano del artífice.

¿Cuál sería su actividad en esta restauración? Su única actividad debería ser rendirse completamente a las labores internas del Espíritu. Jesucristo ha venido a su interior, a sus partes más internas. Ríndase al obrar del Señor allí.

Si una tela no está firme, el artista no puede pintar un cuadro fiel sobre la misma. Es igual en su caso. Cada movimiento del yo produce un error. La actividad del yo interrumpe y frustra el diseño que Jesucristo desea grabar sobre usted. Debe, en lugar de eso, simplemente permanecer en paz. Responder *únicamente* al obrar del Espíritu.

Jesucristo tiene vida en sí mismo (Juan 5:26) y es *El* quien debe dar vida a cada cosa viviente.

Este principio, el principio de la total dependencia del Espíritu y completa negación a la actividad del alma, se puede ver en la Iglesia.

Mire a la Iglesia. El Espíritu de la Iglesia es un Espíritu que se

mueve, que da vida. ¿Está la Iglesia inactiva, estéril e infructuosa? ¡No! La Iglesia está *plena* de actividad. Pero su actividad es: una completa dependencia del Espíritu de Dios. Ese Espíritu es el que la mueve. El que le da vida.

Este principio funciona en la Iglesia y es el mismo que hace que esta sea lo que es. ¡Exactamente el mismo principio debería operar en usted! Lo que es verdad para ella debería ser para sus miembros. Para ser su hijo espiritual, debe ser guiado por el Espíritu.

El Espíritu en usted *está* activo. La actividad que se produce en su vida, como resultado de seguir al Espíritu, es muy superior a ninguna otra.

(Una actividad es digna de elogio hasta donde lo es su fuente. Una actividad que resulta de seguir al Espíritu es más digna de alabanza, que ninguna otra que venga desde cualquier otra fuente. Cualquier cosa que se produce desde el Espíritu de Dios es divina. Cualquier cosa que se produce desde el yo, sin importar lo buena que parezca ser, es únicamente humana, solamente del yo).

Su Señor declaró, cierta vez, que únicamente Él tiene vida. Todas las otras criaturas han “tomado prestada” la vida. El Señor tiene vida *en* sí mismo. Esa vida, que está *en Él*, también lleva consigo *su* naturaleza. Esta es la vida única que Él desea darle a usted. Desea darle vida divina, y desea que viva por medio de esa vida, en lugar de la vida de su alma. Al mismo tiempo, tiene que hacer lugar, tiene que negar la vida de su alma, es decir, negar la actividad de su propia vida. La única forma en la que puede hacer lugar para que la vida de Dios habite y viva en usted, se desarrolla cuando usted pierde su vida del viejo Adán y niega la actividad del yo.

¿Por qué? Porque esta vida que recibe es la misma vida de Dios; ¡la misma vida por la que Él vive! Pablo dijo:

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.

Repito: la única manera en que su vida se transforme en una experiencia práctica, se desarrolla cuando usted muere a su yo y a toda actividad propia, de manera que la actividad de Dios pueda sustituirla.

Volvamos atrás, entonces, a lo que dijimos al comienzo del capítulo. La "oración de silencio" no prohíbe la actividad; la alienta. Alienta la actividad divina de su espíritu; desalienta la actividad inferior de su alma. Una oración así, entonces, debe depender absolutamente del Espíritu de Dios. La actividad del Espíritu debe *tomar el lugar* de la propia. Un intercambio así sólo ocurre con el consentimiento del hombre.

Al dar su consentimiento, debe también, por supuesto, comenzar a cesar en su actividad propia. El resultado será que, poco a poco, la actividad de Dios tomará completamente el lugar de la actividad del alma.

Hay un hermoso ejemplo de esto en los evangelios. Recordará que Marta hacía algo que era muy correcto y aun así ¡el Señor la reprendió! ¿Por qué? Porque lo que ella hacía, lo hacía en su propia fuerza. Marta no seguía el mover del Espíritu en su interior.

Debe darse cuenta, lector, que el alma del hombre naturalmente es inquieta y turbulenta. Su alma logra muy poco aunque siempre parezca ocupada.

El Señor le dijo a Marta: "... *afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada*" (Lucas 10:41-42).

Y, ¿qué había elegido María? Eligió descansar pacífica y tranquilamente a los pies de Jesús. ¡Había dejado de vivir para que Cristo fuera su vida!

Esta ilustración destaca, simplemente, cuán necesario es que usted se niegue a sí mismo y deje toda actividad propia para seguir a Jesucristo. *Si su Espíritu no lo guía, no podrá seguirlo.*

Cuando la vida de Él entra, su vida debe salir. Pablo dijo: "*Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él*" (1 Corintios 6:17).

Cierta vez, David dijo que era bueno acercarse al Señor y poner la confianza en Él (Salmo 73:28) ¿Qué significa “acercarme a Dios”? Acercarse a Dios, en realidad, es *¡el comienzo de la unión!*

Al comenzar este capítulo hablamos de la oración de silencio. Luego, continuamos con el alma que seguía al Espíritu en perfecta unión. Ahora, hemos llegado al final, a la más profunda experiencia con Dios, a la máxima experiencia cristiana: la unión con Dios.

La experiencia de la unión con Dios nos llega por medio de cuatro niveles: *comienzo, avance, logro y consumación*. (Analizaremos la experiencia de la unión en el capítulo final de este libro).

La experiencia de la unión comienza muy simplemente, cuando nace en usted el deseo de Dios. Y, ¿cuándo ocurre eso? Cuando el alma comienza a volverse hacia el interior, a la vida del Espíritu; cuando el alma comienza a caer bajo la atracción poderosa, magnética de ese Espíritu.

*¡Es en este punto, cuando nace el intenso deseo de estar unido a Dios! Una vez que su alma ha comenzado a volver al interior del Espíritu, se acerca cada vez más y más a Dios. Esta es la *progresión* hacia la unión.*

Finalmente, el alma llega a ser *un* espíritu con Él. Es aquí, por fin, que el alma, que ha transitado tan lejos de Dios, ¡regresa nuevamente al lugar para el que fue creada!

Debe entrar a este ámbito. ¿Por qué? Porque *este* es el propósito de *todo* el obrar de Dios en usted.

... Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él.

— ROMANOS 8:9

Para que usted sea completamente de Cristo, debe estar lleno de su Espíritu y vacío de su propia vida. Pablo nos dice exactamente cuán necesario es estar lleno de este Espíritu:

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.

— ROMANOS 8:14

¡Existe un Espíritu! Y el Espíritu que nos hace hijos de Dios, es el mismo que hace la obra de Dios en lo profundo de nuestro ser.

Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!

— ROMANOS 8:15

¿Quién es este Espíritu que obra en usted? No es otro que el Espíritu de Jesucristo. A través de este Espíritu se nos permite compartir el lugar de hijos junto con Él.

El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.

— ROMANOS 8:16

Cuando uno se rinde a la guía de Aquel que es maravilloso, siente en su interior que es un hijo de Dios. Además, conoce el gozo agregado de recibir, *no (...) el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino... el espíritu de adopción por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!*" (Romanos 8:15). Espere esto como resultado de su andar. Descubrirá que puede actuar libremente y sin dificultades y, al mismo tiempo, con fuerza y certeza.

El obrar del Espíritu en lo profundo de su ser, debe constituirse en la *fuentes* de toda su actividad. Permítame repetirlo: Toda actividad, tanto la que está en la superficie y es visible, como la que está escondida y es interna, deben provenir del obrar del Espíritu.

Pablo ilustra esto en el libro de Romanos. Nos muestra nuestra

ignorancia, incluso, en lo que oramos. Declara que es el Espíritu el que *debe* orar:

Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.

— ROMANOS 8:26

Esto es completamente simple: *¡No sabemos lo que necesitamos!* No sabemos cómo orar por las cosas que necesitamos. En realidad, *¡nosotros no sabemos cómo orar!* ¡Ah, pero el Espíritu que vive en nosotros sabe qué y cómo orar! El Uno a quien le ha entregado su ser ¡lo sabe todo!

Si esto es así, ¿no debería permitir que Él derrame gemidos indecibles a su favor?

No siempre puede estar seguro de su propia oración. Pero, ¡oh, el Espíritu! *siempre* es escuchado cuando ora.

El Señor Jesús le dijo a su Padre: *“Yo sabía que siempre me oyes...”* (Juan 11:42). Se desprende, entonces, que si usted le permite libremente al Espíritu que ore e interceda, en lugar de hacer sus propias oraciones, las oraciones que Él haga desde su interior serán escuchadas ¡siempre!

¿Es esto una certeza?

Escuche las palabras de Pablo, ese místico experimentado y maestro de la vida interior:

Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.

— ROMANOS 8:27

El Espíritu ¡únicamente busca aquello que es la voluntad de Dios! ¡Al fin, he aquí Uno que está completamente abandonado a

la voluntad de Dios! El Espíritu expresa en oración *únicamente* lo que es la voluntad de Dios.

La voluntad de Dios es que usted sea salvo. Su voluntad es que sea perfecto. Por lo tanto, el Espíritu intercede en usted por todo lo necesario para su perfección.

Si el Espíritu es completamente capaz de atender a todas sus necesidades, ¿por qué debería usted cargarse innecesariamente a sí mismo con preocupaciones? ¿Por qué cansarse con tanta actividad y no entrar jamás en el descanso de Dios?

El Señor le invita a echar todas sus preocupaciones sobre Él.

El Señor, que está lleno de misericordia, cierta vez, se quejó de que el alma gasta su fuerza y tesoros en miles de cosas exteriores. Y sin embargo, todos los deseos del alma pueden satisfacerse fácilmente.

*¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan,
y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídme atentamente,
y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura.*

—ISAÍAS 55:2

¡Acérquese a conocer el gozo de escuchar a Dios de esta manera, amado lector! De qué manera grandiosa se fortalece el alma al *escuchar* así a su Señor.

Calle toda carne delante de Jehová...

—ZACARÍAS 2:13

Todas las cosas deben detenerse cuando *Él* aparece.

El Señor lo llama a un abandono mucho mayor. Un abandono en el que no retenga *nada*. Él le aseguró que no hay nada que temer, porque lo cuida de una manera muy especial.

*¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz,
para dejar de compadecerse del hijo de su vientre?
Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti.*

— ISAÍAS 49:15

¡Cuánto aliento hay en estas palabras! ¿Quién, luego de escucharlas, temerá abandonarse completamente al llamado de Dios?

El estado constante

Comenzaremos este capítulo con el siguiente punto, que es simple: sus experiencias espirituales entran dentro de dos categorías: las externas (de la superficie) y aquellas que se ubican internamente en la profundidad de su ser interior. Existen actividades o acciones que usted forma: algunas son superficiales; otras, más profundas.

Sus actividades externas son las que se pueden ver en el exterior. Tienen que ver, más o menos, con las cosas físicas. Ahora, esto es lo que usted debe ver: no existe un verdadero bien en ellas, ni crecimiento espiritual. ¡Y *escasa* experiencia con Cristo!

Por supuesto, hay una excepción. Si sus acciones externas son el resultado (el subproducto) de algo que ha sucedido en lo profundo de su ser, entonces, estas acciones exteriores reciben un valor espiritual y *poseen una* verdadera virtud. Pero las actividades externas tienen únicamente el valor espiritual proporcional respecto del que reciben de su fuente.

Nuestro camino, por lo tanto, está claro. Debemos prestar completa atención a aquellas actividades que suceden en lo profundo de nuestro ser íntimo. *Estas* son las actividades del Espíritu. El Espíritu es hacia adentro, no hacia afuera. Usted va hacia el interior de su espíritu y, cuando lo hace, se aleja de las actividades y distracciones externas.

La actividad interior comienza, simplemente, cuando se vuelve hacia adentro, a Jesucristo, porque allí es donde Él está, dentro de su espíritu.

Debería regresar continuamente a su interior, a Dios.

Préstele toda su atención; derrame toda la fuerza de su ser absolutamente sobre Él.

Vuelva a unificar todos los movimientos de su corazón en la santidad de Dios.

— APÓCRIFO

David lo expresó tan bien, cuando dijo: "Guardaré toda mi fuerza para ti" (Salmo 59:9).

¿Cómo se hace esto? Volviéndose verdaderamente a Dios, que siempre está allí, en su interior.

Isaías dijo: "... *volved en vosotros...*" (Isaías 46:8). Cada uno de nosotros, al pecar, nos hemos alejado de nuestro corazón, y es *únicamente* el corazón lo que Dios desea.

*Dame, hijo mío, tu corazón,
y miren tus ojos por mis caminos.*

— PROVERBIOS 23:26

¿Qué significa darle su corazón por entero a Dios? Darle el corazón completo a Dios significa tener toda la energía de su alma siempre centrada en Él. Es de esa manera que somos conformados a su voluntad.

Si está en este nuevo viaje, su espíritu aún no está fuerte. Su alma fácilmente se alejará a lo exterior, a las cosas físicas; es muy fácil que se distraiga del Señor, su centro.

Cuánto será lo que se aleje de Él, va a depender de cuánto se entregue a las distracciones y hasta dónde permita ser arrastrado hacia las cosas de la superficie. Del mismo modo, los medios

que use para regresar a Dios, dependerán de cuán lejos se haya alejado de Él. Si sólo ha sido un poco, únicamente necesitará volverse un poco.

Tan pronto observe que se aleja del Señor, deberá *deliberadamente* volver su atención hacia su interior, al Dios viviente. Vuelva a entrar en su espíritu; regrese en el mismo momento a aquel lugar donde realmente pertenece: en Él. Cuanto más completo sea ese volver, más completo será su regreso al Señor.

Descanse con la seguridad de que permanecerá allí, en Dios, tanto tiempo como su atención se mantenga centrada en el Señor Jesucristo. ¿Qué lo sostendrá allí? Lo sostendrá la influencia poderosa de volver su corazón a Dios, que usted hace simple, sencillamente.

Repita, una y otra vez, este simple regreso hacia el interior, al Señor, con tanta frecuencia como distracciones haya en su vida. Tenga la seguridad que, llegado el momento, este regresar se transformará en una experiencia firme.

Pero ¿qué hará hasta ese momento?

Hasta ese momento, regrese a Él cada vez que se aleje. Cuando algo se repite una y otra vez, se transforma en un *hábito*. Esto es así, también para su alma. Luego de mucha práctica, su alma formará el *hábito* de regresar al interior, a Dios.

En otras palabras, cuanto más progrese en Cristo, más permanecerá con Él, sin tener que, repetidamente, alejarse y tener que regresar. Su vuelta se hará cada vez menos y menos desde lo externo. Llegado el momento, el regreso se hará imperceptible como acción superficial o consciente y se realizará en lo profundo de su ser.

Lo que comenzó como algo bastante esporádico, algo que fue una acción consciente, deliberada, se hace habitual y sigue, sin interrumpirse. Un acto constante, interno de permanencia comienza a suceder en su interior. *

*. Para algunos cristianos, este permanecer con Dios llega lenta, gradualmente. El progreso se aprecia únicamente cuando se lo observa luego de un cierto período de tiempo.

¿Qué significado tiene este continuo permanecer en su interior?

Estar *continuamente* en lo profundo de su ser interior significa, simplemente, que una vez que se volvió al interior, a Dios, por medio de un acto directo, *permanece* en su presencia. No tiene más necesidad de volverse a Cristo: usted ya permanece con Él en los aposentos de su espíritu. El único momento en el que necesita insistir para volver nuevamente, es cuando su permanencia se interrumpe por alguna razón.

En este punto de su vida espiritual, no debe intentar volver al Señor por ningún medio externo. Incluso, descubrirá que es difícil hacer un acto deliberado, exterior, para tratar de volver, cuando ya ha comenzado a tener esta permanencia interior.

Como verá, ya está en el interior, ha vuelto al Señor; cualquier actividad externa solamente lo llevará lejos de esa unión con Él.

Formar la acción de volver adentro, *¡es esa la meta!* Cuando este accionar se forme en usted, se expresará como un constante permanecer en su espíritu y un continuo intercambio de amor entre usted y el Señor. Una vez que se obtiene esta meta, ya no existe más ninguna necesidad de tratar de hacerlo por medio de actos *externos*. Puede llegar a olvidar el acto externo de tratar de amar al Señor y ser amado por Él. En lugar de eso, simplemente siga como está. Sencillamente, deberá permanecer cerca de Dios *por medio de* este continuo permanecer en su interior.

En este estado de volver continuamente hacia Dios, usted permanece en el amor de Dios, y el hombre que permanece en el amor, permanece en Dios (1 Juan 4:16). Descanse. Pero ¿qué significa eso? *Descanse* en el acto *continuo de permanecer*.

Ahora bien, en este estado de descanso, ¿su alma está activa o pasiva? ¡Está activa! Usted no está en un estado pasivo, aun

Para otros cristianos, hay una permanencia continua desde el mismo principio. No importa cuál sea la porción que Dios haya decretado para usted. Simplemente, vuelva a su interior, a Dios.

cuando descansa. Pero ¿qué actividad puede haber en el descanso? Descansa en el acto de permanecer en su amor. ¿Puede ser eso una actividad? ¡Sí! Dentro de su espíritu ocurre un acto. Es *un dulce sumergirse en la Deidad*.

La atracción hacia el interior, el empuje magnético, se hace más y más poderosa. Su alma, al habitar en amor, es llevada por esta poderosa atracción y se hunde constantemente más en las profundidades de ese amor.

Como verá, esta actividad interior, se ha transformado en algo mucho mayor que lo que era cuando su alma comenzó, en un principio, a volverse al interior. Bajo la poderosa atracción de Dios que lo lleva hacia Él, ¡la actividad interior ha aumentado!

La diferencia es que al comenzar la actividad era más externa: ahora la actividad se ha movido hacia el interior; se ha hecho más profunda, interna, escondida e imperceptible desde el exterior.

Para aquel cristiano que está totalmente entregado a Dios (es decir, un cristiano que practica *esta* actividad continuamente) ¡no existe *ni siquiera conciencia de todas estas cosas!* No puede sentir esta actividad, porque todo es un regreso directo hacia el interior, hacia Dios. *Nada* es externo o superficial.

Esta es la razón por la que algunos cristianos que llegan a tocar este estado, relatan que no hacen *nada*, que no hay actividad ni ningún regreso que suceda en su interior.

Sin advertirlo, están equivocados sobre su propio estado interior; en realidad, están más activos que nunca antes y continuamente vuelven a Dios (*actúan* cada vez que vuelven al interior y regresan a Dios).

Mejor sería decir que no *sienten* ninguna actividad distinta, *no* que no tienen ninguna actividad en su interior.

Es verdad que no *actúan* (o vuelven) *por ellos mismos*. Sin embargo, *son* atraídos y siguen la atracción. *El amor* es el peso que los hunde.

Si usted se cayera en el mar y ese mar fuera infinito, caería de

una profundidad a otra durante toda la eternidad. Lo mismo le sucede a un cristiano que está en ese lugar de permanencia continua. Ni siquiera es consciente de su descenso y, sin embargo, se hunde con inconcebible rapidez hacia las profundidades más internas de Dios.

Hemos llegado al punto en el cual podemos sacar algunas conclusiones concernientes al tema de este capítulo.

En primer lugar, no digamos que no formamos el acto de volver a Dios. Lo hacemos. Cada uno de nosotros vuelve a su interior. La forma en que lo hacemos, es un asunto totalmente diferente. La manera en que nos volvemos al interior no es igual para todos.

Este es el error del cristiano nuevo. Cada persona que desea volver a Dios para permanecer con Él, espera simplemente, en forma natural, *sentir* la presencia del Señor y experimentarlo *exteriormente*.

Esto no siempre puede ser así.

¡La experiencia externa es para *el principiante*! Existen otras experiencias, las cuales son *mucho más* profundas y más íntimas. Los cristianos que han progresado de alguna manera en su experiencia espiritual, son los que pueden asirse de esas experiencias más profundas.

¿Se debe despreciar el sentir externamente la presencia del Señor? ¡Seguramente que no! Es verdad que los actos externos son toques muy débiles del Señor; y además, tienen pequeño valor. Si usted se detiene allí, se privará de las experiencias más profundas de un cristiano más maduro. Pero, y deberá tener esto muy claro, es un enorme error para un cristiano nuevo, para usted, intentar tener un andar más profundo, interior, sin experimentar *primera-mente* el regreso externo a Cristo y sin *conocer* ese sentir *externo* de su presencia.

El escritor de Eclesiastés lo dijo: "*Todo tiene su tiempo...*" (Eclesiastés 3:1). Esto es especialmente cierto respecto de su alma. Cada estado de transformación que atraviesa el alma tiene un comienzo, un progreso y una consumación. Detenerse al comienzo de cualquiera de estos niveles es una insensatez. Debe atravesar un

período de aprendizaje y luego un período de progreso. En principio, uno debe esforzarse con diligencia, ¡pero finalmente cosecha el fruto de su labor!

Permítame hacer una ilustración. Cuando los marineros sacan un barco de un puerto es muy difícil dirigirlo hacia el mar. Deben usar todas sus fuerzas para sacar ese barco hasta afuera del puerto. Pero una vez que está en el mar, se mueve con facilidad en cualquier dirección que elijan los marinos.

Lo mismo sucede con usted cuando comienza a regresar a Dios. Es como ese barco. Al principio está atado fuertemente por el pecado y el yo. *Solamente* a través de una gran cantidad y de repetidos esfuerzos puede volver al interior. Pero, llegará un momento en que aquellas sogas que lo ataban ¡tendrán que soltarse!

¡Vuelva siempre a su interior!

¡Hágalo a pesar de los fracasos! ¡A pesar de todas las distracciones que lo tratan de apartar!

Si permanece fiel y decidido en este continuo regresar, gradualmente saldrá del puerto de su yo. Y dejándolo muy atrás, se dirigirá hacia el *interior* para permanecer en su interior con Dios, ¡porque *ese* es su destino final!

¿Qué sucede una vez que el barco ha salido del puerto? Se aleja más y más mar adentro, y cuanto más lejos está del puerto, se mueve con mayor facilidad.

Finalmente, llega un momento, cuando ¡puede utilizar sus velas! Sus remos resultan inútiles. ¡Los deja a un lado! ¡Ahora su andar es rápido!

¿Y qué hace el piloto? Está contento porque puede extender las velas y tomar el timón. Todo lo que hace ahora es mantener el movimiento veloz de la embarcación *suavemente* en su ruta.

“Extender las velas” es mantener su corazón lejos de las distracciones que lo alejan de su ruta. “Tomar el timón” es hacer volver el corazón, con amabilidad. Guiarlo firmemente por medio del mover del Espíritu de Dios.

Ahora, al comenzar a moverse hacia Él, Dios tomará gradualmente la posesión de su corazón. Él lo consigue del mismo modo; poco a poco, a medida que la brisa gentil llena las velas y mueve hacia adelante la embarcación.

Cuando los vientos son favorables, el piloto descansa de su trabajo. El piloto descansa y deja que el viento sea el que mueva el barco. ¡Oh, qué progreso se logra sin que se produzca el menor cansancio!

Logran mayor progreso en una hora sin esfuerzo, que lo que jamás pudieron hacer antes cuando aplicaban toda su fuerza. Si se usaran los remos ahora, solamente harían andar más lentamente al barco y producirían fatiga. Los remos son inútiles e innecesarios.

Acaban de ver una descripción de su propio recorrido *interior*.

Si *Dios* es quien lo mueve, irá mucho más adelante en menos tiempo que todo lo que *alguna vez*, por propio esfuerzo y repetidamente, podría llegar a alcanzar.

Amado lector, ¡pruebe este camino! Llegado el momento descubrirá que es el más fácil del mundo.

A los obreros cristianos

Al acercarnos al final de este pequeño libro, me gustaría dirigir una palabra de exhortación a aquellos obreros cristianos que están a cargo de los nuevos convertidos.

Consideremos la situación actual. Por todas partes los cristianos buscan que los perdidos se conviertan a Jesucristo. ¿Cuál es la mejor forma de hacer esto? Y una vez que los hombres se convierten, ¿cuál es la mejor forma de ayudarlos para obtener una perfección total en Cristo?

La manera de alcanzar a los perdidos es hacerlo por medio del *corazón*. Si a un nuevo convertido se lo introdujera a la *oración real* y a tener *una verdadera experiencia íntima con Cristo* tan pronto se convierte, podríamos ver incontables cantidades de convertidos que siguen delante hasta llegar a ser verdaderos discípulos.

Por otra parte, está a la vista que la forma actual de tratar únicamente con los temas externos de la vida del nuevo convertido produce poco fruto. Poner sobre el recién convertido el peso de incontables normas y todo tipo de estándares, no lo ayuda a crecer en Cristo. He aquí lo que se debería hacer: el nuevo cristiano debería ser guiado hacia Dios.

¿Cómo?

Volviéndose a su interior, a Jesucristo, para entregar al Señor la totalidad de su corazón.

Si usted es una de las personas que tienen a su cargo nuevos

creyentes, guíelos a un *verdadero conocimiento interior* de Jesucristo. ¡Ay, qué diferencia se notará en las vidas de esos nuevos cristianos!

¡Considere los resultados!

Veremos al sencillo granjero, mientras ara el campo, pasar sus días en la bendición de la presencia de Dios. Al pastor, mientras cuida sus rebaños, con el mismo rendido amor por el Señor que tenían los cristianos primitivos. Al obrero de la fábrica, mientras que trabaja con su hombre exterior, renovando las fuerzas de su hombre interior.

Verá a cada una de estas personas dejar a un lado todo tipo de pecado en sus vidas; todos llegarán a ser hombres y mujeres espirituales con sus corazones orientados al conocimiento, para experimentar la presencia de Jesucristo.

Para un nuevo cristiano, para todos, en realidad, el corazón es sumamente importante si es que va a continuar en Cristo. Una vez que el corazón ha sido ganado por Dios, todo lo demás, llegado el momento, se cuidará por sí solo. Esta es la razón por la que Dios requiere el corazón por encima de todo lo demás.

Amado lector, es por medio del Señor que gana su corazón, y de ninguna otra manera, que todos sus pecados se pueden dejar a un lado. Si se puede ganar el corazón, Jesucristo reinará en paz y la Iglesia entera será renovada.

De hecho, nuestro análisis se basa en aquello mismo que hizo que la Iglesia primitiva fuera apagándose en su vitalidad y hermosura: la pérdida de una relación profunda, íntima y espiritual con Cristo. Por contrapartida, la Iglesia rápidamente podría ser *restaurada* ¡si esta relación íntima se recuperara!

Eso no es todo. En este mismo momento los líderes cristianos están bastante preocupados y con temor de que el pueblo del Señor caiga en algún error doctrinal. ¡Pero cuando los cristianos le creen a Jesucristo y se acercan cada vez más a Él, existe muy poco peligro de que algo así suceda jamás!

Tenga la seguridad de que si un cristiano se aleja del Señor, puede discutir sobre doctrina y enredarse en argumentos todo el día, ¡pero nada de eso le ayudará! Las discusiones interminables solamente traen *más* confusión. Lo que ese creyente necesita es que alguien lo dirija, simplemente, a creer en Jesucristo y a ir a su interior, hacia Él. ¡Cualquier creyente que haga esto, rápidamente será guiado de regreso a Dios!

¡Cuánto daño imposible de expresar han sufrido los nuevos cristianos, y en todo caso, *la mayoría* de los cristianos, debido a la pérdida de una relación interior, espiritual, con Jesucristo!

Usted que tiene autoridad sobre los nuevos creyentes, un día, deberá dar cuenta a Dios por aquellos que el Señor les confió. Tendrá que dar cuenta por no haber descubierto por usted mismo este tesoro escondido, esta relación íntima con Cristo; y también será responsable por no haber *entregado* ese tesoro a aquellos que están a su cargo.

Tampoco podrá, en aquel día, excusarse al decir que este caminar con el Señor era demasiado peligroso, o que las personas simples, sin educación, no son capaces de entender las cosas espirituales. La Escritura simplemente no respalda esas conjeturas.

¿Cuáles son los peligros de caminar de esta manera? ¿Existe alguno?

¿Qué peligro puede haber por caminar en el único verdadero camino: en Jesucristo? ¿Qué peligro existe al vivir rendido completamente al Señor Jesús y con la atención continuamente puesta en Él? ¿Algún peligro podría presentarse por poner toda su confianza en su gracia y por amarlo completamente, con todo el amor y la pasión que es capaz de derramar su corazón?

En cuanto a los simples, los que carecen de educación, *no es* verdad que son incapaces de tener esta relación íntima con Cristo. Lo contrario es cierto. En realidad, son los más adecuados para esto.

El Señor ama a los que andan en sencillez (Proverbios 12:22).

Su humildad, la simple confianza en Dios y la obediencia

hacen que sea más fácil volverse al interior y seguir al Espíritu del Señor. ¡Están más preparados que la mayoría! Verá: estos creyentes sencillos no están acostumbrados a analizar; no tienen el hábito de discutir sobre todos los temas; y rápidamente ponen a un lado sus propias opiniones.

Sí, es verdad que carecen de una gran educación y entrenamiento religioso; *por lo mismo*, están más libres y son más rápidos para seguir la guía del Espíritu. Otras personas, con más dones, más educación, entrenados en teología, con frecuencia están atrapados ¡y hasta encguecidos por su riqueza espiritual! Esas personas, con frecuencia, ofrecen una mayor resistencia a la unción interior y a la guía del Espíritu del Señor.

El salmista nos dice: ... [El] hace entender a los simples. (Salmo 119:130), énfasis añadido

Además, se nos ha asegurado que Dios ama entregarse a los que lo necesitan. *Jehová guarda a los sencillos. Estaba yo postrado, y me salvó.* (Salmo 116:6).

Si usted es una persona que tiene a su cargo nuevos creyentes, sea muy cuidadoso. No impida que estos pequeños vengan a Jesucristo. Recuerde que Él les dijo a sus primeros discípulos: "... *Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos*" (Mateo 19:14). (Fue el intento de los discípulos de impedir que los niños vinieran a Jesucristo lo que le hizo afirmar esto).

Ha sido un hábito del hombre a través de los siglos, sanar a las personas aplicando algún remedio en la parte exterior del cuerpo; cuando, en realidad, la enfermedad está en lo profundo de su ser. ¿Por qué los convertidos permanecen básicamente sin cambios a pesar de tanto esfuerzo? Porque aquellos que están a cargo de los nuevos convertidos, solamente han tratado con los temas *externos* de las vidas. Existe un camino mejor: ¡vaya directamente al corazón!

Establecer leyes y tratar de cambiar el comportamiento exterior, *no* producirá una obra que permanezca en la vida de un cristiano.

Entonces, ¿cuál es la respuesta? ¡Otórguele al nuevo convertido la llave a su espíritu, a las partes interiores de su ser! Entréguele este secreto a él en primer lugar y descubrirá que su vida exterior cambiará natural y fácilmente.

Lograr todo esto es muy fácil. ¿Cómo? Simplemente enséñele a un creyente a buscar a Dios dentro de su propio corazón. Muéstrelle al nuevo cristiano que puede poner su mente en Jesucristo y volver a Él cada vez que se haya alejado.

Además, muéstrelle que debe hacer todo y soportar todo con la mirada puesta en agradar a su Dios ¡Qué diferencia notará! El nuevo convertido será guiado a Jesucristo; descubrirá que el Señor Jesús es la fuente de toda gracia; y verá que en *El* está todo lo que se necesita para la vida y la piedad.

A usted, mayordomo de las almas de los hombres, lo animo a guiar a estos jóvenes en Cristo *de esta* forma. ¿Por qué? Porque *esta es la manera* de Jesucristo. No soy yo, sino Cristo mismo el que lo exhorta por medio de su propia sangre derramada por estos creyentes:

Hablad al corazón de Jerusalén... (Isaías 40:2), énfasis añadido

¡Predicadores de su Palabra! ¡Dispensadores de su gracia! ¡Ministradores de su vida! *Ustedes* deben establecer su Reino. Para poder establecer ese Reino, tienen que hacer que Dios sea *el que gobierne* sobre el corazón.

Enfatizo nuevamente: el corazón es la llave. Solamente el corazón puede oponerse a la soberanía de Dios. Pero, por el contrario, al obtener el corazón, la soberanía del Señor en la vida del creyente es confesada y sumamente honrada.

... a él santificad; sea él vuestro temor (...)

Entonces él será por santuario...

Enseñe esta simple experiencia, esta oración del corazón. No enseñe métodos, ni alguna forma superior de oración. *Enseñe la oración del Espíritu de Dios*, no la inventada por el hombre.

¡Preste atención, usted, que enseña a los creyentes a orar con formas elaboradas y repeticiones carentes de significado! En realidad, usted *produce* el problema más grande que tienen los nuevos cristianos. Los hijos han sido desorientados por los mejores padres. El nuevo creyente se vuelve *demasiado* consciente de su estilo de oración, y se preocupa mucho por la forma de orar. Además, le han enseñado un lenguaje demasiado refinado y excesivamente elevado.

El camino simple hacia Dios ha permanecido oculto.

¿Es usted un nuevo seguidor de Cristo? Vaya, entonces, como hijo humilde, a su amante Padre. Háblele a *El* honestamente con sus propias palabras. ¡No importa lo poco elaboradas o simples que sean esas palabras, para Él no son así!

Puede parecer que sus palabras son poco claras y algo confusas. Puede parecer, a veces, que está tan lleno de amor y tan anonadado ante su presencia que no sabe cómo hablar. ¡Está bien! Su Padre está *mucho más* agrado con *estas* palabras, que ve que se derraman desde un corazón lleno de amor, que lo que pudiera estar con palabras elaboradas y resonantes, pero secas y desprovistas de vida.

Las emociones simples, francas, de amor expresan *infinitamente más* para Él, que las palabras de cualquier lenguaje.

Por alguna razón los hombres tratan de amar a Dios a través de formas y leyes. ¿Se da cuenta de que por medio de esas mismas formas y leyes ha *perdido* mucho de ese amor?

¡Qué innecesario resulta enseñar el arte de amar!

El lenguaje del amor es extraño y anormal para el hombre que no ama. ¡Ah, pero es *perfectamente* natural para el que ama!

Y ¿Cómo debe amarlo?

¡Es asombroso y un deleite ver que son los cristianos más

simples quienes con frecuencia progresan mucho más en una relación interior con Jesucristo! ¿Por qué? ¡Porque el Espíritu de Dios, simplemente, no necesita nuestros adornos!

¡Los más simples lo pueden conocer y de la manera más profunda, sin tener que recurrir a rituales o formas teológicas de conocimiento! ¡Si le agrada, Él puede transformar a obreros de fábricas en profetas! No, Él no ha alejado al hombre del templo interior de oración. ¡Todo lo contrario! ¡Es Él quien *ha abierto* de par en par las puertas para que todos puedan entrar!

Dice a cualquier simple:

Ven acá.

A los faltos de cordura dice:

Venid, comed mi pan,

Y bebed del vino que yo he

mezclado.

— PROVERBIOS 9:4-5

El Señor Jesús le agradeció al Padre: “... *porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños*” (Mateo 11:25).

El máximo logro cristiano

Legamos ahora al último nivel de la experiencia cristiana.
La unión divina.

Esto no se puede producir simplemente a través de su propia experiencia. La meditación no traerá la unión divina; ni lo hará el amor, la adoración, la devoción o el sacrificio. Ni tampoco tiene importancia cuánta luz le haya dado el Señor.

Llegado el momento, tendrá que ser un *acto de Dios* el que haga realidad la unión.

En el Antiguo Testamento La Escritura dice: "... *no me verá hombre, y vivirá*" (Éxodo 33:20). Si su oración aún contiene algo de su propia vida, esa oración no puede ver a Dios. *Su propia vida* no conocerá la experiencia de unión con *la vida de Él*.

Todo lo que sea obra suya, *todo* lo que provenga de su vida, aun la oración más inspirada, primero debe ser destruida antes de que suceda la unión.

Todas las oraciones que proceden de su mente son meros *preparativos* para llevarlo a un estado pasivo; toda actividad de contemplación de su parte, también es simplemente, una preparación para llevarlo a un estado pasivo.

Son preparativos. *No son el fin*. Son un *camino* hacia el fin.

¡El *fin* es la unión con Dios!

El propósito de este libro no es mostrarle la oración ni aun la experiencia, sino llevarlo al estado cristiano final: la unión con Dios.

Recordará que Juan nos relata en Apocalipsis 8:1 que hubo silencio en el cielo. Esta es una ilustración sobre el centro de lo más profundo del hombre. En ese lugar todo debe quedar en silencio cuando la majestad de Dios aparece.

El esfuerzo del ser se debe detener. ¡Más todavía! La misma existencia del ser debe ser destruida.

Existe algo en este universo que es exactamente lo opuesto a Dios, y es el *yo*. La actividad del ser es la fuente de toda naturaleza del mal, así como de los hechos malvados del hombre. ¡Por otra parte, *la pérdida* de ese “yo” en el alma, aumenta la pureza de la misma! En realidad, ¡la pureza del alma aumenta en exacta proporción a la pérdida del yo!

Mientras emplee la naturaleza de su yo en cualquiera de sus formas, algunas imperfecciones existirán en usted. Pero una vez que deje su yo, las fallas dejarán de existir y todo se tornará en pureza e inocencia.

Fue la entrada del *yo* lo que vino al alma como resultado de la caída, lo que estableció una diferencia entre el alma y Dios.

¿Cómo pueden dos cosas tan opuestas como el alma y Dios llegar a unirse alguna vez? ¿Cómo pueden la pureza de Dios y la impureza del hombre hacerse una? ¿Cómo podrían la simplicidad (o singularidad) de Dios y la multiplicidad (interminable inestabilidad) del hombre derretirse y formar un solo elemento?

Con toda seguridad, se requiere mucho más que solo los esfuerzos que *usted* pueda hacer.

Entonces, ¿qué se necesita para que la unión se produzca? Un movimiento de parte del mismo Dios Todopoderoso. Esto *es lo único* que puede lograr la unión.

Para que dos cosas se vuelvan una, las dos deben tener naturalezas similares. Por ejemplo, la impureza del barro no se puede unir con la pureza del oro. Se debe someter al fuego para destruir las impurezas y dejar el oro puro. Esta es la razón por la que Dios envía fuego a la Tierra (que es llamado “su sabiduría”) para reducir

todo lo que es impuro en usted. Nada puede resistir el poder de ese fuego. Consume *todo*. Su sabiduría derrite todas las impurezas de un hombre, con un propósito: *dejarlo en condiciones para la unión divina*.

Hay impureza en usted, más de lo que pueda concebir jamás. Y eso es fatal para la unión con Dios. Pero el Señor lo quema para hacerse uno con usted; por lo tanto, Él *consumirá* la escoria que haya en usted (no se sorprenda cuando esto suceda en la realidad).

¿Cuál es el nombre de esta impureza? Yo. El "yo" es la fuente de toda contaminación; ¡es lo que impide cualquier alianza con la pureza!

Los rayos del Sol pueden brillar sobre un pantano, pero esos rayos jamás se unirán con el pantano.

Pero existe algo más aparte del "yo" que impide la unión.

Esto que se llama *actividad* está, en sí misma, en oposición a la unión. ¿Por qué? Porque Dios es una infinita quietud. Su alma, si ha de estar unida al Señor, debe ser parte de su quietud.

La actividad impide la asimilación.

Es por esta razón que jamás podremos llegar a una unión divina, excepto que pongamos a la voluntad humana a descansar. Jamás podrá llegar a ser uno con Dios, en su experiencia, hasta que no vuelva a estar tan tranquilo como en el momento de su creación.

Dios desea transformar su alma en un alma pura. Él la purifica por medio de su Sabiduría, tal como un refinador purifica el metal en el horno. *El fuego es lo único que puede purificar el oro*.

Además, el fuego que nos consume, finalmente, es su más alta sabiduría. Este fuego, gradualmente, consume todo lo que es terrenal; se lleva toda la materia extraña y separa estas cosas del oro.

El fuego parece saber que la mezcla terrenal no puede ser transformada en oro. El fuego debe derretir y disolver esa escoria por la fuerza, de manera que pueda librar al oro de toda partícula extraña. Una y otra vez, el oro debe ser echado en el horno hasta

que haya perdido todo rastro de polución. ¡Ay, cuántas veces el oro se vuelve a poner en el fuego! Muchas, muchas más veces de las que parecieran necesarias. Sin embargo, tenga la seguridad de que el fundidor ve impurezas donde nadie más las puede ver. El oro debe regresar al fuego una y otra vez, hasta que se haya establecido una prueba positiva de que ya no se puede purificar más.

Llega el momento, al fin, cuando el orfebre no puede encontrar más mezcla de la que adultera al oro. Cuando el fuego ha perfeccionado la *pureza*, o tal vez, debería decir *la simpleza*, el fuego ya no lo toca más. ¡Si el oro permaneciera en el horno durante una eternidad, su impecabilidad no se mejoraría más ni tampoco disminuiría su sustancia!

Ahora, el oro está en condiciones para ser usado en la más exquisita artesanía. En el futuro, si el oro se ensucia y pareciera perder su belleza, no es más que una impureza que accidentalmente toca únicamente la superficie.

Esta impureza no es ningún impedimento para usar la vasija de oro. La partícula extraña que se adhiere por sí sola a la superficie, está muy lejos de parecerse a esa corrupción profunda que se produce en la naturaleza escondida del oro.

Sería extraño que un hombre rechace una vasija pura, de oro, porque tuviera algo de suciedad externa por encima, y eligiera algún metal más barato solamente porque su superficie estuviera lustrada.

Por favor, no me malentienda. No excuso el pecado en la vida de una persona unida a Dios. Una idea así jamás se me ocurrió. Me refiero aquí, únicamente, a los defectos naturales; a los defectos que Dios deliberadamente deja aun en las vidas de sus más grandes santos, para guardarlos del orgullo y de la alabanza de los hombres que juzgan solamente según la apariencia exterior.

Dios permite que algunos defectos permanezcan en sus más queridos santos, para poder preservarlos de la corrupción y “esconderlos en lo secreto de su presencia” (Salmo 31:20).

Para continuar, miremos el contraste que existe entre el oro puro y el impuro.

¿Alguna vez consideró que un orfebre jamás mezclaría oro puro e impuro? Existe escoria en el oro barato; por lo tanto, jamás permitiría que se mezcle con su oro costoso, purificado.

¿Qué hace, entonces, el orfebre? Después de todo, *¡quiere* mezclarlos! Lo que debe hacer es someter al oro impuro al fuego. Hará esto una y otra vez hasta que el oro de calidad inferior llegue a ser tan puro como el oro más refinado. Entonces, y sólo entonces, estarán unidos los dos, mezclados en uno.

Exactamente este pensamiento está presente en la declaración de Pablo:

...la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará.

— 1 CORINTIOS 3:13

Luego, agrega Pablo:

Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego.

— 1 CORINTIOS 3:15

Pablo indica que existen obras tan impuras y mezcladas, que aunque el Señor, en su misericordia, acepta al hombre, ese hombre debe atravesar por fuego para ser purgado de su *yo*.

El mismo sentido se encuentra en Romanos 3:20. Aquí, Dios dice que examina y juzga nuestra justicia. Romanos declara que por los hechos de la ley ningún hombre será justificado; la justificación es por la justicia de Dios, y nos apropiamos de la justificación por medio de la fe en Jesucristo.

Como puede ver, la justicia de Dios y su sabiduría deben venir como un fuego despiadado y devorador. Ese fuego destruye todo

lo que es terrenal. El fuego consume la actividad sensual, carnal y toda la obra del “yo”.

Toda esta *purga* es necesaria *antes de que el alma se pueda unir a Dios*.

Puede estar seguro, amado lector, que *¡jamás* estará lo suficientemente motivado, como para permitir que este proceso de purga le suceda! El hombre, por naturaleza, es muy reticente a someterse a una transformación así. Todos nosotros estamos enormemente enamorados del yo y muy temerosos de su destrucción. Tenga la seguridad de que usted jamás lo consentiría, si no fuera que *Dios* tomara la decisión de hacerlo en usted. Es *Él* quien viene con poder y autoridad. Dios debe tomar la responsabilidad de traer al hombre a la unión con *Él*.

Pero ¿es posible esto? ¿Actuará Dios sobre el hombre sin su consentimiento? ¿Es esto un quiebre de los principios divinos, una imposición de Dios por encima del libre albedrío del hombre? Después de todo, la idea del “libre albedrío del hombre” señala que el hombre puede resistirse al obrar de Dios en su vida.

Bien, volvamos a aquella hora en que nos convertimos. En ese momento, usted hizo una rendición sin reservas de su ser a Dios. No solamente eso, se rindió a *todo* lo que Dios desea para usted. Fue en ese mismo momento que dio su total consentimiento a cualquier cosa que Dios quisiera pedirle.

¡Ay! Pero, también es verdad, que cuando su Señor en los hechos comenzó a quemar, destruir y purificar su vida, usted no reconoció que era la mano del Señor la que lo hacía. Verdaderamente, no reconoció esa operación como algo *bueno*. ¡Tuvo exactamente la impresión opuesta!

Veía cómo todo ese hermoso oro que estaba en usted, a causa del fuego, se transformaba en *negro* en vez de volverse resplandeciente, tal como esperaba. Miraba las circunstancias a su alrededor que producían toda esa tragedia en su vida. Pensó que toda la pureza de su vida se había perdido.

Si en ese momento el Señor hubiera venido para pedirle su consentimiento activo, con un gran esfuerzo y con gran dificultad hubiera sido capaz de darlo. Lo más probable es que no pudiera dar su consentimiento en absoluto.

Sin embargo, hay algo que puede hacer en momentos como esos. Puede mantenerse firme con un consentimiento pasivo, para soportar tan pacientemente como pueda, todo lo que Dios ha traído a su vida.

¿Qué digo?

Es posible que no pueda dar al Señor su consentimiento activo en una hora tan oscura y difícil, pero tampoco le será posible poner una obstrucción en su camino. No puede decir "sí". No puede decir "no"

¿Qué puede hacer?

Presionado entre estos dos extremos, descubre que no puede hacer *nada*. En una situación así, le ha dado al Señor ¡su *consentimiento pasivo!* Dios no comete una usurpación cuando ¡asume el poder completo y la guía total!

¿Comprende cómo se desarrolla el proceso?

Comienza en el momento de la conversión con *actividad propia*. Pero gradual, aunque progresivamente, se acerca a la *pasividad*. En el recorrido entre esos dos puntos su alma paulatinamente es purificada de todas esas actividades del alma que son tan perceptibles y variadas.

En este proceso que transcurre entre la actividad propia y la pasividad, usted comienza a reconocer a aquellos elementos que lo separan de Dios. (Y las cosas que he mencionado en este capítulo tienen que ver con esos elementos que están entre usted y su centro, Dios). Entonces, al dar el consentimiento pasivo para el obrar del fuego purificador de Dios, Él lo lleva, nivel a nivel, hacia un estado cada vez más pasivo.

Su capacidad para transformarse en pasivo aumenta gradualmente. Su capacidad para estar pasivo delante de Dios y bajo el

peso de la cruz (no decir ni un “sí”, ni un “no” activo a su obrar) aumenta de una manera secreta, escondida.

Ahora atraviesa el primer nivel luego de que fue atraído hacia las profundidades de Dios. Él lo *confirma* a su pureza.

Pero existen dos niveles. El segundo es *la uniformidad* con Dios.

Hemos visto que existe una progresión en el primer nivel al ser conformado a Dios. También hay un progreso en el segundo nivel.

El esfuerzo personal decrece. Llegado el momento, cesa completamente. Cuando el esfuerzo personal cese, se encontrará pasivo ante Dios.

Ha llegado a la uniformidad.

Esto se halla más allá de un estado pasivo. O al menos es el máximo fin del estado pasivo. Es en este punto en el que usted comienza a rendirse a los impulsos del Espíritu divino *hasta quedar totalmente* absorbido por Él. Está en armonía total con su voluntad en todas las cosas, en todo momento.

De esto se trata la unión. La unión divina. El yo se termina. La voluntad humana está totalmente pasiva y responde a cada movimiento de la voluntad de Dios.

No es necesario que le advierta que *se trata* de un proceso que, sin ninguna duda, lleva largo tiempo.

¿Fue la actividad un esfuerzo que tenía que formar parte de esto con el fin de poder llegar a tales profundidades en Cristo? Sí. La actividad es *la puerta*. Sin embargo, no debemos quedarnos en la puerta. En realidad, su propósito, su tendencia, debe siempre inclinarse hacia un punto: la máxima perfección.

Por favor, quiero que sepa que todas las “ayudas” y “muletas” deben dejarse de lado durante este recorrido, o de otra manera, no podrá alcanzar la meta. Sí, la naturaleza propia no solamente debe dejarse a un lado, sino también, de la misma manera, las “ayudas” que les presenté al comienzo de este libro. Esas son muletas elementales para ayudarlo en el *comienzo* y durante el *proceso*. Pero

todas esas cosas se deben dejar a un lado, a medida que alcanza-toda la profundidad final en Cristo.

Esas ayudas fueron muy necesarias a la entrada de este camino, pero después, en realidad, son perjudiciales. Aun así, algunos cristianos continuarán aferrados obstinadamente a estas muletas.

Esto fue lo que le hizo declarar a Pablo:

... olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

— Filipenses 3:13-14

Un viajero salió para hacer un largo recorrido. Llegó a la primera posada y allí se quedó para siempre. ¿Cuál fue la razón? Le habían dicho que muchos viajeros habían venido por este camino y se habían quedado *en esta misma posada*; y que aun el amo de la casa, cierta vez, habitó allí.

¡Ay, alma! Todo lo que se desea para ti es que continúes hacia el fin. Toma el camino más corto, el más fácil. Ahora el mapa ya está trazado para ti. Sólo recuerda esto: no te detengas en el primer nivel.

Sigue el consejo de Pablo: permite que el Espíritu de Dios te guíe (Romanos 8:14). Ese Espíritu te conducirá, para que no tengas ninguna equivocación hacia el propósito final para lo cual fue creada tu alma. Ese propósito final es gozar de Dios.

Detente por un momento y mira, simplemente, lo razonable que es el sendero que está ante ti.

En primer lugar, todos tenemos que admitir que Dios es el Supremo Bien. Indudablemente, entonces, la máxima bendición es unirse a Él.

Y, además, cada santo tiene su gloria *en Él* ¿No es así? Sin embargo, la gloria en cada uno de nosotros es muy distinta. ¿Por qué? Porque difiere de acuerdo al grado de unión que cada cristiano tenga con Dios.

Tal como hemos visto, el alma no puede conseguir esta unión por medio del esfuerzo, la mera actividad o por su propio poder. Esto es así, porque solamente Dios es el que transmite de sí mismo al alma del hombre, y Él lo hace en proporción a la capacidad del alma para permanecer pasiva. Una capacidad pasiva grande, noble y extendida ayudan al Señor a derramarse en el alma.

Únicamente puede estar unido a Dios con simpleza y pasividad. Con simpleza, porque Dios lo es todo, y con pasividad porque la voluntad humana debe concordar con la voluntad divina en todas las cosas.

Esta unión es bella en sí misma. Por lo tanto, se desprende que el camino que lleva a la pasividad, y de allí, hacia Cristo, no puede ser otra cosa que algo bueno. Este camino es el que está más libre de peligro y el mejor.

¿Pero existe algún peligro por conocer la unión con Dios? Algunos dicen: "Sí" y desalientan aun la misma idea. Pero, ¿hubiera forjado el Señor esta experiencia, este perfecto camino, este andar necesario si fuera peligroso? ¡No! Un estado así está a disposición de todos y el camino que implica puede ser transitado por todos.

Todos los hijos de Dios están llamados a deleitarse en Dios; un deleite que se puede conocer tanto en *esta* vida como en la venidera. Nuestro estado en aquel día será de eterna felicidad en unión con Dios. *Nuestro llamado en esta vida es el mismo.*

Al aproximarnos al final de este libro, hemos ordenado unos pocos pensamientos.

Le hablé de deleitarse en Dios, no de los dones de Dios. Los dones no constituyen el máximo bien. *Los dones no pueden satisfacer su alma o su espíritu.* Su espíritu es tan noble y grandioso que los dones más elevados que Dios tiene para darle, no pueden traer felicidad al espíritu. No lo hará a menos que el Dador también se dé a sí mismo.

Amado lector, el deseo completo del Ser Divino se puede describir en una sola oración: Dios desea entregarse completamente a cada criatura que pronuncia su nombre. Y Él hará esto,

entregándose a sí mismo a cada uno de nosotros de acuerdo a nuestra capacidad individual.

Pero ¡qué penoso! ¡El hombre es una criatura increíble! ¡Cuánta reticencia muestra para permitir que su ser sea atraído hacia Dios! ¡Cuán temeroso, qué notablemente temeroso es para prepararse para una unión divina!

Una última palabra.

Es casi seguro que alguien le dirá que no es correcto ponerse en un estado de unión con Dios. Estoy completamente de acuerdo.

Pero agregó esta palabra: nadie *puede* ponerse por sí mismo en unión con Dios. Será imposible, sin importar cuánto se esfuerce. La unión del alma con Dios es algo que solamente Dios hace. Por lo tanto, no hay razón para hablar en contra de aquellos que parecen intentar unirse con Dios; una unión así (Dios con el ser) ni siquiera es posible.

Puede ser que también encuentre a alguien que le diga: "Algunas personas oirán sobre esto y afirmarán que han conseguido este estado cuando, en realidad, no es así". Oh, amado lector, un estado así no se podría imitar, así como tampoco un hombre hambriento, a punto de morir de hambre, podría convencerlo de que está satisfecho.

Un deseo, una palabra, un suspiro, una señal, *algo* inevitablemente se le escapará y, por eso mismo, delatará el hecho de que se encuentra lejos de estar saciado.

Debido a que uno no puede conseguir, por esfuerzo propio, la unión con Dios, no es nuestra pretensión llevar a nadie a eso. Todo lo que uno puede hacer es señalar el camino que oportunamente lo lleva allí. ¡Oh, también otra cosa: uno debe rogarle al alma en búsqueda que no se detenga en ningún lugar a lo largo del camino!

(Amado lector, no se establezca en ninguna parte del camino, ni se apegue a las prácticas externas que al principio lo ayudaron a comenzar. Todo esto, como orar La Escritura y contemplar al

Señor, se debe dejar atrás en el momento en que reciba una señal para hacerlo).

Alguien experimentado en ayudar a otros, sabe que no puede llevar a otro cristiano a tener esta relación con Dios. Todo lo que puede hacer es señalar al agua de vida y prestar ayuda al que la busca. Esto es lo máximo que, por supuesto, puede y debe hacer. Sería cruel mostrarle un manantial a un hombre sediento y luego atarlo, de tal manera, que no pueda llegar hasta esa corriente. Algunos hablan de unión divina, pero jamás liberan de sus ataduras al que la busca. Sucede esto y, el humilde santo, llegado el momento, se muere de sed.

Entonces, pongámonos de acuerdo en lo siguiente: existe la unión divina y hay un camino para llegar a ella. El camino tiene un comienzo, una progresión y un punto de llegada. Además, cuanto más se acerca a la consumación, más dejará de lado aquellas cosas que fueron de ayuda al principio.

Por supuesto, existe algo en el medio, porque no se puede ir de un principio hasta el final sin que haya un espacio intermedio. Pero si el fin es bueno, santo, necesario y la entrada también lo es, ¡tenga la seguridad de que el recorrido entre esos dos puntos también es bueno!

¡Oh, la ceguera de la mayor parte de la humanidad
se enorgullece de la ciencia y la sabiduría!

¡Oh, Dios mío, que has escondido estas cosas
maravillosas de los sabios y entendidos y las has
revelado a los niños!

J.G.

Desde la prisión

Durante el primer encarcelamiento de Jeanne Guyon, en la ciudad de St. Antoine, Francia, algunas de las cartas que le enviaron desde fuera de la prisión le llegaron. Se le permitió que respondiera, al menos, una parte de esas preguntas. Solo han sobrevivido unas pocas cartas escritas por Jeanne Guyon, en respuesta a esa correspondencia.

Una de ellas fue en respuesta a una mujer que recientemente había leído este libro y que le hacía una cantidad de preguntas prácticas. La respuesta de Jeanne Guyon se conservó y ha llegado hasta nosotros. Es apropiado cerrar este libro con extractos de esa notable misiva:

Es un gran gusto escuchar sobre las manifestaciones de la misericordia de Dios hacia usted y ver el progreso de su alma en la experiencia espiritual. Quiera Dios terminar las obras que ha comenzado en usted. Estoy segura de que lo hará si usted permanece fiel.

¡Ay, la inexpressable felicidad de pertenecer a Jesucristo! Pertenecer a Jesucristo es el verdadero bálsamo que dulcifica todos los dolores y penas que son parte inseparable de esta vida terrenal.

Permítame aventurarme a hacer unas observaciones prácticas.

Cuando comience a leer, deténgase todas las veces durante unos breves momentos; entréguese a esperar en Dios y orar en silencio. Especialmente, haga esto cuando ha leído un pasaje que la ha afectado. Permita que la lectura tenga un efecto apropiado. Responda a eso que siente en su interior y que le vino mientras leía el pasaje.

Responda a su toque.

Leer de este modo la edificará y nutrirá su alma.

Sí, las partes de su interior, su alma y su espíritu, necesitan nutrición igual que su cuerpo. A menos que su alma se nutra con algo que la fortalezca, el estado espiritual de la misma, sencillamente, se marchitará y decaerá.

En cuanto a su cuerpo, le recomiendo que no trate de imponerse mortificaciones por usted misma. Su débil salud no se lo permite. Si tuviera un cuerpo fuerte o si permitiera que sus apetitos la gobernaran, probablemente le daría un consejo diferente.

Pero hay un tipo de mortificación que sí le recomiendo muy especialmente. Mortifique todo lo que aún le quede como remanente de sus afectos y deseos contaminados; mortifique su propia voluntad; sus gustos, su disposición, aquellas cosas a las que naturalmente se sienta inclinada; sus hábitos.

Por ejemplo, aprenda a soportar pacientemente. Dios enviará frecuentes y probablemente grandes sufrimientos a su vida. Este es su Obrar. Él lo ha elegido; acéptelo.

Aprenda a soportar todo lo que le sucede, aun la confusión, pero aprenda a hacerlo por un único motivo: el amor a Dios. Acepte todo, ya sean malos tratos, abandono, o cualquier otra cosa que pueda presentarse en su camino. Para resumir: Puede mortificar su ser al soportar en todo tiempo, de manera serena, todo aquello que sea contrario a su vida natural. Deje morir los desagradables

sentimientos que surgen en su interior cuando las cosas desagradables entran en su vida. Cuando haga esto, ubíquese junto con los sufrimientos de Cristo.

Remedios amargos, es cierto. Pero tomándolos hará honor a la cruz.

Especialmente, honra la obra de la cruz en usted, si muere completamente a todo lo suyo que es llamativo y atractivo. Pero esta muerte no sucede en forma externa. La mortificación y la muerte suceden en su experiencia interior.

Aprenda, entonces, la lección de transformarse en alguien pequeño, en llegar a ser nada. Un hombre que ayuna, y deja todas aquellas cosas que su apetito desea en forma inadecuada, hace algo bueno. Pero el cristiano que ayuna por sus propios deseos y voluntad, y que se alimenta solamente de la voluntad de Dios, hace algo mucho mejor. Esto es lo que Pablo llama: "La circuncisión del corazón".

Finalmente, me parece a mí, que usted aún no está lo suficientemente adelantada en su experiencia interior como para practicar la oración silenciosa durante un largo e ininterrumpido período de tiempo. Pienso que será mejor que combine la oración hablada con la silenciosa. Eleve expresiones como las siguientes ante su Señor:

"¡Oh, Dios mío, déjame ser completamente tuya!"

"Déjame amarte completamente por lo que eres tú, porque eres infinitamente amoroso".

"¡Oh, Dios mío, sé mi todo! Has que todo lo demás sea como nada para mí".

Eleve estas y otras palabras parecidas; ofrézcalas desde su corazón. Además, pienso que estas expresiones deberían estar separadas unas de otras por breves intervalos de silencio.

Es de esta manera que gradualmente formará el importante hábito de la oración silenciosa.

Tome la Cena del Señor con tanta frecuencia como pueda. Jesucristo, que está en esa ordenanza, es el pan de vida. Él nutre y vivifica nuestras almas.

La recordaré cuando adore delante de Él.

Quiera Él establecer su Reino en su corazón, para que reine y gobierne en usted.

Jeanne Guyon
desde la prisión,
St. Antoine, Francia.

E P Í L O G O

La historia de este libro

Este libro tiene una de las más increíbles historias que cualquier otro que se haya escrito.

Un Método de Oración hizo su primera aparición en Francia alrededor de 1685. Inmediatamente, Dios lo utilizó como un instrumento para despertar a los creyentes por toda Francia. La oposición también fue inmediata. ¡Tiene en sus manos un libro que fue quemado públicamente! No obstante, su popularidad siempre equiparó su oposición. Por ejemplo, un grupo de sacerdotes católicos romanos vinieron a la ciudad de Dijón, Francia, cuando el Señor tocaba muchas vidas a través de este libro. Los sacerdotes, que se oponían tanto al libro como a la obra que el Señor hacía en Dijón, fueron puerta por puerta y reunieron de ese modo trescientas copias y las quemaron! Trescientas copias de un libro es una cantidad notable para encontrar en una ciudad durante el 1700.

Un francés tomó 1500 copias y las hizo circular por toda su comunidad. Como resultado, la ciudad completa fue profundamente afectada.

De todos los escritos de Jeanne Guyon, se la recuerda principalmente por su autobiografía y por este pequeño libro; sin embargo, fue *esta* obra que ahora se titula *Experimente las profundidades de Jesucristo*, lo que provocó que el sistema político y religioso de su época se lanzara en su contra. Junto con una copia de su obra *Cantar de los Cantares*, este libro fue puesto en manos

de Luis XIV, como una evidencia para su arresto. Posteriormente, ante un tribunal religioso, estos escritos se citaron como la principal evidencia en su contra. Sobre la base de este libro fue denunciada como hereje y encarcelada, llegado el momento, en la ignominiosa Bastilla.

Así fue la historia de este libro durante la vida de Jeanne Guyon. Pero ese no fue más que el comienzo. Los hombres y movimientos que Jeanne Guyon ha influenciado, por sí solos, alcanzarían para llenar varios volúmenes. Permítanme citar unos pocos.

Poco tiempo después de su muerte, al parecer, los primeros Cuáqueros comenzaron a usar este libro y, probablemente más que ninguna otra pieza de literatura, afectó la totalidad de ese movimiento. En realidad, aunque el movimiento de los Cuáqueros ya tenía cien años de antigüedad antes de que se encontraran con este libro, Guyon probablemente influenció espiritualmente a los Cuáqueros, tanto como lo hizo su fundador George Fox.

Otros de los que recibieron influencia de este libro fueron Zinzendorf y los Moravos.

Todavía un poco más adelante, un esforzado joven llamado Juan Wesley, leyó el libro (junto con otras obras de Jeanne Guyon) y quedó profundamente conmovido. La influencia que ejerció en su vida, en parte explica su intensa piedad y profundidad espiritual.

El movimiento “de la santidad” de fines del 1800, con énfasis en la santificación, puede rastrear su origen pasando por Wesley, hasta llegar a este libro y su autora. (El movimiento carismático que comenzó a principios de 1900, con su asombroso poder e increíble superficialidad, señaló el final del anterior empuje del movimiento de la santidad y su énfasis en la profundidad espiritual, entre otros muchos vestigios del Wesleyanismo! ¡En realidad, la idea de las lenguas y la llenura de poder adquirieron virtualmente toda su fuerza en *la vida cristiana más profunda*, tanto en ese movimiento como en muchos otros!).

El siguiente fue Jesse Penn-Lewis, una dominante figura espiritual de comienzos de este siglo, quien fue grandemente influenciado por las obras de Jeanne Guyon.

Muchos otros grupos y movimientos han sido influenciados por los escritos de Jeanne Guyon, pero una de las mayores influencias que este libro produjo fue durante 1920 en China. En ese momento, este libro llegó a un joven destinado por Dios para ser uno de los más conocidos siervos suyos de este siglo. Esta obra llegó a las manos del muchacho Watchman Nee. Junto con la *Autobiografía* de Jeanne Guyon, constituyó una de las más grandes influencias de su vida; y como resultado de eso, el libro se transformó indirectamente en una marca en las vidas de muchos de sus colaboradores.

Hubo otros hombres y movimientos afectados por las obras de Jeanne Guyon, pero creo que ya ha quedado claro. El extenso efecto de este libro se transforma aun en más asombroso, cuando uno se da cuenta que ha sido, desde su primera edición, ¡casi imposible de entender! Aun en la versión original en francés, el libro es impreciso y complicado, con un vocabulario por momentos tan exacto y sin embargo, tan oscuro, que leerlo siempre ha sido un ensayo sobre la frustración. La traducción en inglés no ayudó en nada.

A pesar de todo esto, todavía tiene entre sus manos una obra que ha influenciado la vida de más cristianos famosos que, tal vez, cualquier otra pieza de literatura que haya sido escrita en los últimos 300 años.

Llegó un momento en que, como se imaginarán, el libro no se imprimió más; por más de 50 años estuvo prácticamente olvidado. Durante este tiempo, hasta donde sé, ¡la única edición disponible en circulación fue una muy, muy deficiente y además mimeografiada!

Si piensa que exagero al describir la dificultad para entender los escritos de Jeanne Guyon, pruebe con este pasaje:

*¿ Usted se pregunta por qué se sigue este recorrido?
 El objeto total del camino recorrido hasta aquí,
 ha sido conseguir que el alma pase de la multiplicidad
 a lo preciso perceptible sin multiplicidad; de lo
 preciso perceptible a lo preciso imperceptible; luego
 a lo perceptible impreciso, que es un deleite general
 mucho menos atractivo que el otro. Es vigoroso al
 principio y lleva al alma a lo que se percibe, que
 es un placer más puro pero menos exquisito que el primero;
 de lo percibido, a la fe sostenida y al obrar por amor;
 pasando así desde lo perceptible a lo espiritual,
 y de lo espiritual a la fe pura, que debido a que
 hace que nos muramos a toda experiencia
 espiritual, nos hace morir a nosotros mismos en
 Dios, para que podamos vivir, de allí en más,
 únicamente desde la vida de Dios**

Ahora que acaba de leer este muy típico párrafo de sus escritos, espero que no piense demasiado mal por haber cambiado las estructuras en algunos de los pasajes más imprecisos. Si no lo hubiéramos hecho así, no hubiera tenido mucho sentido reeditar el libro.

La mayoría de la literatura cristiana verdaderamente provechosa escrita sobre la experiencia cristiana más profunda, se hizo después del 1500 y antes del 1800. (Al parecer, muy poco y con peso duradero se escribió en este siglo o el anterior).

Desafortunadamente, una parte de la mejor literatura cristiana acerca de la experiencia cristiana más profunda, ha quedado prisionera en el lenguaje incomprensible de otros siglos. Entre lo mejor de toda esta literatura, y lo más difícil para leer, están las obras de Jeanne Guyon.

*. Unión con Dios.

De los capítulos uno al cuatro, Jeanne Guyon comparte con usted una forma única de “orar La Escritura”. Descubrirá que es una experiencia asombrosa. En años recientes apareció una adaptación de su método, pero verá, al leer este libro, que jamás tuvo como intención que persona alguna se detuviera allí. Tenía *mucho más* grandes océanos para que usted pudiera descubrir, y jamás fue su intención que usted se quedara en lo superficial.

Dios mediante, esperamos que tenga oportunidad de leer, en un lenguaje moderno, otras obras de la pluma de esta vasija femenina*. Permítame explicarle por qué.

El estado actual de la experiencia espiritual en la Iglesia

Desde finales del primer siglo, ningún otro libro se ha destacado por su profundidad espiritual. De hecho, la mayoría de las centurias han sido sumamente superficiales salvo, por supuesto, un manojito único de gloriosas luces resplandecientes, por lo general, no más que unas pocas docenas de hombres y mujeres, que han iluminado en medio de las tinieblas.

Esta era, en la que usted vive, ha demostrado ser, incuestionablemente, la más Bibliocéntrica desde los días de los fariseos; ¡pero también rivaliza con aquella época en ser la que menos enfatiza en la profundidad espiritual! (¡Y los hombres de hoy se molestan

*. **SeedSowers** ha publicado actualmente cinco de sus libros: *Unión con Dios, Cantar de los Cantares, Guyon habla nuevamente, Génesis, Torrentes Espirituales y comentarios sobre La Biblia.*

tanto como los hombres de aquel tiempo, cuando alguien les señala este hecho!).

No es este el único record que tiene nuestra era. Logramos un sin número de records. Por ejemplo, hasta el 1300, generalmente, se llevaba el trofeo por haber sido la era financieramente más corrupta de la historia de la Iglesia. Ese era el tiempo en que, por dinero, se podían borrar los pecados de los mismos libros de Dios. Nosotros no hacemos eso, pero con nuestros correos electrónicos masivos, sobres de respuesta comercial, folletos a cuatro colores, fundaciones, campañas profesionales de recaudación de fondos, el lema “vivir por fe”, estatus» de exención de impuestos y sermones sobre mayordomía, al llegar a los 35 años, muchos ministros del evangelio se han transformado en algunos de lo mejores promotores y recaudadores de fondos que existen.

Se podría decir lo mismo del intelectualismo. Los años 1700, en general, han sido considerados como la mayor marca del intelectualismo en la fe cristiana, pero en la actualidad, más hombres caminan por la Tierra con doctorados de teología que en *ninguna* otra época. Insatisfechos con la profundidad espiritual, este clima intelectual ha llevado a que estos hombres proclamen que la solución es más cantidad, y mejor y superior educación cristiana. Esta es la era de infinitas resmas de papel sobre una interminable variedad de temas; una era que produce hombres que dan conferencias alucinantes sobre la *doctrina* de la oración y sin embargo, conocen muy poco de la experiencia espiritual más profunda. Esta era *nunca*, para hablar en forma general, ha conocido a Cristo en forma profunda. Sofisticada, despectiva, estéril y desapasionadamente hemos arrancado de la mano de los años 1700, el trofeo de ser la era más intelectual de la historia de la Iglesia.

La época comprendida entre el 1100 y 1400, ha sido generalmente considerada como la más oscura y corrupta de la historia de la Iglesia; una época en la que el papado era entregado al mejor

postor y la Iglesia era la fuerza política y financiera más poderosa sobre la Tierra.

Pero vivimos en una época en que las iglesias parecen castillos de libros de cuentos. Los siervos de Dios hoy, si miraran hacia atrás, hacia el primer siglo, y descubrieran que el obrero no poseía *nada*, en toda su vida, podrían considerar sectaria a una ideología de este tipo. Bastante distintos a sus padres, lo cristianos primitivos, que eran los naturales enemigos de su comunidad, que peleaban por el *privilegio* de vivir sus vidas enteras sin deber absolutamente nada, excepto las ropas que tenían sobre sus espaldas, y que se gloriaban en morir como mendigos.

Aquellos que servimos al Señor “a tiempo completo” en esta era, nos debemos preparar para ser recordados, considerados en conjunto, como los más ricos, mercantiles, sofisticados, mundanos, materialistas y cómodos hombres de toda la historia de la religión.

Hay, incluso, un trofeo más que esta era, por encima de cualquier otra, ganará (es decir, a menos que suceda un cambio radical muy pronto). En cada era de la historia de la Iglesia han quedado registrados los nombres de unos pocos hombres y mujeres devotas, cuyo sello distintivo fue por su asombrosa profundidad espiritual y máxima entrega devocional. Hubo hombres así, aun durante los días más negros de la época oscurantista. En todas las épocas, *siempre* hubo, al menos, un puñado de hombres que lo conocieron a Él profundamente. ¿Se irá nuestra *era* sin tener un testimonio así? Desde un punto de vista puramente histórico, *vamos a* ser categorizados como los creyentes más universalmente superficiales que jamás cruzaron las páginas de la historia de la Iglesia.

Mi juicio meditado es que alguna generación futura va a considerar a este siglo como el más oscuro en cuanto a la experiencia y la profundidad espiritual de la historia de la Iglesia. Esto será así, *a menos* que algo muy radical suceda... lo más pronto posible.

Más corrupto que los oscuros tiempos previos a Lutero; más impotentes e intelectuales que durante el apogeo del Calvinismo;

más pervertidos financieramente que en la época que provocó el estallido de Juan el Bautista; más enfermo con la atracción de poder espiritual que en ninguna otra época, y aun así, ejerciendo ese poder exterior con menos transformación interna que nadie desde el rey Saúl. Enamorados de los dones, aunque escasamente conocedores del Dador, nuestra era ha producido la gente más comercial, materialista, seguidora de modas, que jamás aclamó su nombre.

¿Es esta afirmación un poco dura? Les responderé al señalar un último trofeo que esta era puede llegar a ganar. Pareciera que estamos más ciegos que nunca a la falta de profundidad espiritual que todas las otras épocas juntas.

Es verdad que hemos construido más edificios y fundado más organizaciones religiosas que todas las eras pasadas combinadas, pero también es igual de cierto, que esos convertidos han establecido nuevos records de brevedad de tiempo en el cual han seguido al Señor con una dedicación entregada.

Si la historia de la Iglesia nos es de alguna guía, podemos en forma optimista buscar alguna forma de volver. ¡La profundidad espiritual merece un regreso! No puedo pensar en nadie con mayor idoneidad para despertar nuestra atención, derretir nuestros corazones e introducirnos a algunas de las profundidades de Cristo, que no sea la dama que escribió este pequeño libro.

Quiera Dios considerar adecuado bendecirnos de ese modo, en medio de una era de tanta superficialidad espiritual.

El futuro de este libro

Parece haber un renacimiento del interés sobre la vida de Jeanne Guyon. Si es así, confío que algún día los católicos romanos mirarán de otra forma a una de sus hijas más distinguidas. Roma, con

frecuencia, ha matado a sus siervos y luego ha vuelto a ellos y los ha santificado. El catolicismo nunca ha producido, según sus estándares, una mujer más apta para la canonización que Jeanne Guyon.

Mientras tratamos el tema de la iglesia católica, me gustaría hacer la siguiente observación. Es asombroso que el catolicismo romano, con tantas de sus tradiciones, rituales y enseñanzas de raíz pagana, haya producido persistentemente *más* seguidores devotos de Cristo ¡que nosotros los *protestantes*! Los cristianos de mayor profundidad de la historia de la Iglesia, de manera consecuente, *no* han sido protestantes! Los católicos van en segundo lugar y los protestantes en el tercero, en el orden de contribución a la historia de la Iglesia de cristianos con mayor profundidad y ejemplos de vida cristiana más profunda, con un amor apasionado, torrencial por Jesucristo.

¿Quién va primero, entonces? Si miramos con mayor detenimiento, descubriremos esparcidos a través de todos los siglos de historia de la Iglesia *pequeños grupos* de cristianos, ni católicos, ni protestantes, que han sido portadores de la señal de esta entrega.*

Este libro, probablemente, encontrará una cálida recepción en los tres grupos. En realidad, corre el peligro de ser tan bien recibido que no llegue a conseguir la atención disciplinada que requiere.

Existe una vasta audiencia cristiana que, literalmente, se devorará la literatura “devocional” tan rápido como salen de las prensas. Tengo la idea de que muchos cristianos encontrarán aquí, meramente, un libro devocional más para leer, contemplar, aplicar por unos pocos días y luego dejar a un lado.

Luego están aquellos que transformarán el contenido de este libro en una serie de sermones sobre la oración.

*. Algunos de los grupos que aparecieron a través de los siglos como seguidores puros y fieles de Jesucristo, y que no han sido ni protestantes ni católicos son: los Cátaros, Priscilianistas, Paulicianos, Bogomiles, Valdenses y Albigenses, Lolardos, Unitas Fratrum, Moravos y los Hermanos. Tal vez le interese leer *La Antorcha del Testimonio* donde se cuenta la historia de estas personas.

Este tesoro revolucionario merece un destino mejor.

Existen algunos lectores, sin embargo, que reconocerán el carácter único de este libro y la profundidad espiritual de su autora. Estos serán los cristianos que tomarán la senda señalada por este libro y beberán hasta el fondo de esta grandiosa aventura *interna*. Para ese lector, está a la espera el descubrimiento más maravilloso, precioso y probablemente menos esperado que jamás conocerá: las inagotables riquezas que se hallan al encontrarse con Jesucristo.

Si es usted justamente el que entra en esta categoría, me gustaría expresarle algo que me preocupa. Tengo la impresión de que al Señor le gustaría muchísimo avanzar para superar este tema de los cristianos aislados, que son bendecidos aislada y “profundamente en Cristo”. Es mi esperanza que muy pronto, nosotros los cristianos, pasemos de ser unos avaros espirituales que acumulan profundas experiencias en soledad con Cristo... y en lugar de eso, vayamos hacia adelante, hacia una aventura más corporativa de una vida cristiana de mayor profundidad.

Esto nos lleva hacia otra categoría de cristianos y, básicamente, este libro ha sido publicado para usted. Y por eso, por encima de todos los demás, espero que se apropie de este libro y no lo deje hasta que todo su contenido se haya vuelto realidad.

¿A quién le hablo?

A todos aquellos que tienen el corazón dispuesto para lanzarse a la grandiosa, pero terriblemente peligrosa, aventura de la restauración de la vida de la Iglesia.

Permítame explicarle.

El tema de esta era

Jeanne Guyon, cierta vez, hizo la observación de que en cada era Dios plantea un tema espiritual. Durante la vida de Pablo fue

“obras y fe”. Cada era, desde entonces, también ha tenido su controversia; y en cada era a partir de Constantino, nuestro Dios se ha dedicado a restaurar aquéllas preciosas experiencias de la Iglesia primitiva que se han perdido. En su propia era, Dios utilizó a Jeanne Guyon para plantear el tema de *la morada interior* de Cristo. Es decir, que el Señor está en su interior, y obra de afuera hacia adentro, para que pueda conocerlo y experimentarlo al vivir en esa cámara interna donde Él hace su morada. (¡Todavía es un tema bueno para la actualidad!). Ella presentó el tema del Cristo *interior*.

Pero Dios no dejó de plantear temas en el siglo XVII. Todavía propone otros; Él es un Dios restaurador.

¿Existe un tema espiritual en nuestra era?

Bien, ¡sí no existe, debería! Si los hombres y mujeres de hoy, de a miles, comenzaran a experimentar las profundidades de Jesucristo de una manera real y transformadora, simplemente, no habría lugar para que su experiencia fuera parte de los ritos del cristianismo actual, sean estas formas protestantes o católicas. Ningún movimiento está estructurado en el presente como para contener a un grupo masivo de personas devotas que caminen en profundidades espirituales. O, para decirlo de otra manera, ambos movimientos *están* estructurados hacia otros énfasis; son, por naturaleza, estructuras que impiden los torrentes de amor desatado que serían derramados hacia Dios. El mismo elemento, el centro mismo, composición y estructura del actual protestantismo y catolicismo, ¡frustran un encuentro más profundo con el Dios viviente!

Cuando uno visualiza a un pueblo que ama a Cristo con pasión, que está totalmente abandonado a Él; un pueblo que lo conoce bien y no reconoce a nadie más sobre la Tierra excepto a Él, ¿se le presenta a la mente el servicio de los domingos a la mañana en la iglesia? Un pueblo como el que acabo de describir,

simplemente, no encaja, al menos no por mucho tiempo, en el molde estructurado del cristianismo de las principales corrientes.

Un avivamiento que experimente a Cristo en profundidad, naturalmente, va a generar el deseo de esto indefinible que algunas veces llamamos “vida de la Iglesia”.

¿Qué es la “vida de la Iglesia?” No sé cómo dar una definición, pero es la Iglesia gloriosa, asombrosa y devastadora; la Iglesia celosa, que consume la totalidad de su vida; la Iglesia magnética; que reclama cada momento de su ser; la Iglesia viviendo y libre; ¡la Iglesia con alas y en vuelo! No un lugar, sino un pueblo, que vive en las cosas celestiales, constantemente consumido por *El* y *ciego* a todo lo demás. La Iglesia como fue una vez, como debe ser, puede ser *\y será!* Una esposa apasionada, que busca a su Señor, enamorada locamente de Él y de su Amor. ¡Un pueblo que lo conoce y experimenta a Él!

Considere esto, querido lector: Jesucristo lo ama. Él lo salvó. Usted lo ama. Esa es la razón por la que lee este libro: para conocerlo mejor. Usted, un individuo, desea *conocerlo*. Pero Dios *jamás* tuvo la intención de que lo busque a Él *en soledad* e *individualmente*.

Por favor, ¡recuerde que la mitad del Nuevo Testamento está escrito a *las iglesias*, no a individuos! (Si dejamos de lado a las cuatro biografías del Señor, casi *todo* el Nuevo Testamento está dirigido a iglesias vibrantes, libres, desatadas. Iglesias que se reunían en hogares, cuya gente compartía la vida unos con otros y se amaban unos a otros, y a su Señor, indescriptiblemente). Aquellas iglesias fueron increíbles, no tanto porque no tuvieran problemas, o porque fueran moralmente perfectas, sino por su experiencia, búsqueda diaria, corporativa de Jesucristo, por el sencillo gozo de conocerlo a Él conjunta, diaria y constantemente.

¡Que este llegue a ser el tema en la vida de *algunos!* Sí, el tema de la restauración de la *experiencia*, de eso tan hermoso llamado “la Iglesia”.

Usted y yo no tenemos alternativa; si nos sumergimos en las profundidades infinitas de Jesucristo, llegará un momento en que seremos atraídos al tema de la vida de la Iglesia. El deseo máximo de Dios no es que usted sea rico y feliz, o que tenga una hermosa vida devocional, o miles de otras cosas que quiera pensar. Vuelva a leer lo que ha quedado registrado. La pasión, el corazón de La Escritura es Cristo y la Iglesia. Usted y yo no podemos conocer a Cristo como es debido, si no conocemos la experiencia viviente de la Iglesia.

No puede tener salvación sin un Cristo viviente. No puede llegar al fin completo de la vida cristiana más profunda, sin una experiencia viviente de Cristo *y* un andar activo dentro de la experiencia de la vida de la Iglesia.

Dios, simplemente, estableció su gran propósito teniendo a Cristo y a la Iglesia como el *centro*. Lo transformó en la misma naturaleza de las cosas. Puede oponerse, si elije hacerlo, pero no podrá derrotarlo. Dios hizo de Cristo y la Iglesia *lo central*. Este hecho está en la misma corriente de vida del universo. Puede intentar algún otro tipo de abordaje, pero no resultará. Se moverá *en contra* de los designios de Dios. Cristo y la Iglesia son la suma total de los planes de Dios. El universo fluye en esa dirección; cualquier otra forma es contra la corriente.

Usted necesita a Cristo, no en su mente, sino en un encuentro consumidor. Necesita a la Iglesia, no como un edificio hecho de piedra, sino para vivir la totalidad de sus días, su vida entera.

Por lo tanto, amado lector, este libro se dirige a todo el pueblo de Dios, pero esta vez, se dirige principalmente, a aquellos que desean experimentar las profundidades de las que habla este libro, en el contexto de la vida de la Iglesia. Solamente será el cristiano que se ubique en la atmósfera de la vida de la Iglesia el que conocerá las profundidades completas de Cristo. Parece ser que el Señor hizo las cosas de manera que toda su *plenitud* se conozca únicamente allí.

El Antiguo Testamento contó todo sobre Cristo, pero cuando los hombres de la antigüedad leyeron el Antiguo Testamento, no lo llegaron a ver allí. Dios es así. Él guarda su más alta revelación levemente velada. ¿Por qué? Para que los hombres no la pisoteen debajo de sus pies.

Pero, entonces, un día ¡vino Cristo! De pronto, Dios levantó el velo. Los hombres pudieron ir al Antiguo Testamento ¡y ver de principio a fin a Cristo con tanta facilidad! Pero, al mismo tiempo que Dios levantó lo antiguo, ¡hizo algo más! Puso un velo sobre lo nuevo. Mientras Cristo vivió sobre la Tierra, los hombres que lo escucharon no pudieron llegar a comprender el significado completo de sus palabras. Cristo estaba velado a todos, excepto para el manojito de discípulos (y aun sus discípulos no llegaron a comprenderlo completamente hasta que su Señor vino *al interior* de ellos).

Desde los días de Constantino (325 d.C.) una gran parte del propósito original de Dios se ha perdido. Desde la Reforma, desde Lutero, Dios ha restaurado aquellas cosas, pero continúa con el principio de velar su obrar *actual* sobre la Tierra. Cuando levanta el velo de lo último que Él restauró, se vuelve y pone un velo a su actividad más nueva. Él hace esto para evitar que las cosas que son tan apreciadas para Él sean despreciadas.

Se nos dice, por ejemplo, que el 80 por ciento de todas las enseñanzas evangélicas y fundamentales de la actualidad provienen del movimiento de los Hermanos de Plymouth, de principios del 1800. Este pareciera ser un hecho histórico fijo. ¡Pero jamás hubiera convencido a los teólogos de principios del 1800 que esto era así!

No fue hasta la mitad del 1800 que la corriente principal del cristianismo comenzó a leer los escritos de los Hermanos y, finalmente, comprendieron la riqueza que tenían. Inmediatamente, los ministros comenzaron a preparar sermones basados en lo que leían en las obras de los Hermanos. Las congregaciones de

los domingos por la mañana estaban muy impresionadas. Pero la estructura existente no podía recibir *todo* lo que los Hermanos habían dicho. Lo que ellos habían enseñado tenía que moderarse un poco para que fuera adecuado.

El problema lo resolvieron fácilmente; los hombres, simplemente, dejaron afuera el punto principal. (Ahora sabe por qué Dios veló su obra entre los Hermanos durante una generación completa).

Pero ¿por qué el Señor permitió de todas maneras que la obra de los Hermanos llegara alguna vez a la vista del público? ¿Por qué permitió que en algún momento el maravilloso conocimiento y experiencia que ellos tenían se volviera algo común y diluido? Parece ser que cuando el mensaje de los Hermanos se transformó en buen material de sermón para los domingos por la mañana, su más grande contribución a la historia de la Iglesia empezó a llegar a su fin.

¿Por qué? Porque Él ya había seguido adelante. Dios continuó y dejó a los Hermanos como una de sus obras del *pasado*. Él se iba a realizar una obra de recuperación *en algún otro lugar*, una obra más profunda, y en parte, escondida a la vista.

El Señor se ha desplazado por varios movimientos cristianos desde entonces. Lo que está escondido a una generación se predica como sermones de los domingos en la próxima. El Señor, entonces, sigue adelante, y le da a una nueva obra la sabiduría original de la primera y *agrega* algo a esa revelación... al dar ámbitos completamente nuevos para descubrir, experimentar y restaurar.

En la actualidad, los ministros de toda la Tierra proclaman cosas reveladas a pequeños y oscuros grupos de la generación pasada.

(Hoy también, los ministros entregan asombrosos mensajes sobre cosas de las que no saben absolutamente nada y que jamás han experimentado. Esencialmente, repiten lo que han leído en los libros. Y la gente que los escucha sentada en los bancos, está muy impresionada. La parte que puede herir, por supuesto, la dejan afuera).

No se aflija ni llore. Todo está bien. ¡En algún lugar de la Tierra en estos días, nuestro Dios se mueve hacia una revelación más alta y a nuevos niveles de restauración!

Ahora bien, ¿qué tiene que ver todo esto con este libro?

Sencillamente lo siguiente: por casi 300 años los contenidos de este libro no estuvieron a disposición del público lector general. ¿Por qué? Pienso que fue, probablemente, porque contiene una parte del más alto conocimiento y las revelaciones más profundas de los secretos *para experimentar la presencia* de Cristo, que jamás se haya volcado en papel. Pero durante 300 años, debido al lenguaje oscuro en el cual estaba escrito, Dios permitió que este libro caminara a través de la historia parcialmente escondido de la vista.

¡Este es un elogio bastante grande para la autora y el libro! Pareciera que Dios tuvo que esperar casi 300 años antes de abrirlo a los ojos de todos, porque no existió nada más profundo y rico que lo superara.

Ahora aparece esta obra. Como libro, existen pocos, si es que hay alguno, que estén a su altura. Pero ¡en algún lugar Dios ha seguido adelante! Su revelación acerca de la experimentación de su Hijo, una vez más se ha ampliado; nuevos ámbitos se han abierto. El libro aún no tiene igual, pero la experiencia que está documentada aquí, no es el sitio en donde Dios se ha quedado. En alguna parte allí afuera, nuestro Señor se ha movido más adelante y mucho más alto.

Cómo usar este libro

¿Cuál es la mejor manera de usar este libro? Dedicándole una gran cantidad de tiempo. Una palabra más. En los años venideros le recomendaría, especialmente, que regrese a este libro una y otra vez. Su mensaje se ampliará a medida que usted madure en Cristo.

El mensaje de este libro lo atrapa a los 20; lo despierta a los 30; lo quebranta a los 40 y aun lo llamará hacia las profundidades de Cristo en los años posteriores.

Vuelva una y otra vez.

Cuando este libro llegó por primera vez a mis manos, fue bajo la forma descuidada de una edición mimeografiada. Quienquiera que preparó esa simple edición le agregó un prefacio. Aún recuerdo la esencia de las palabras iniciales. Cerraré este epílogo con aquellas palabras. Decía más o menos así:

Que este pequeño libro haya llegado a sus manos,
es una indicación de que Dios desea hacer una
obra especial en su corazón.